

BIBLIOTECA UNIVERSAL



BIBLIOTECA UNIVERSAL

COLECCION
DE LOS
MEJORES AUTORES

ANTIGUOS Y MODERNOS
NACIONALES Y EXTRANJEROS.

—
TOMO XCVI.
—

VELEZ DE GUEVARA Y TIMONEDA

—
EL DIABLO COJUELO

Y
ALIVIO DE CAMINANTES

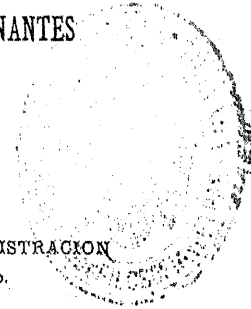


MADRID

—
DIRECCION Y ADMINISTRACION

Madera, 8, bajo.

1884.





EL DIABLO COJUELO

VERDADES SOÑADAS Y NOVELAS DE LA OTRA VIDA

TRADUCIDAS A ESTA

POR LEIS VELEZ DE GUEVARA

TRANCO PRIMERO

Daban en Madrid, por los fines de Julio, las once en punto, hora menguada para las calles por falta de la luna, jurisdiccion y término redondo de todo requiebro lechuzo, y patarata de la muerte. El prado de San Jerónimo boqueaba coches en la última jornada de su paseo, y en los baños de Manzanares, los Adanes y las Evas de la corte, fregados más de la arena que limpios del agua, decian el *Ite rio est*; cuando D. Cleofas Leandro Perez Zambullo, hidaigo á cuatro vientos, caballero huracan, y encruojada de apellidos, galan de noviciado, y estudiante de profesion, embarazado con un

MADRID

Imp., lit. y est. de LA BIBLIOTECA UNIVERSAL
Calle Fuencarral, 137.

1884

broquel y una cortadora espada, aprendía á gato por el caballete de un tejado, huyendo de la justicia, que le venía á los alcances por un estrupo que no lo había comido ni bebido, que en el pleito de acreedores de una noble de ce'la al uso estaba graduado en el lugar veintidoseno, pretendiendo que el pobre licenciado escotase solo lo que tantos habían merendado. Y como solicitaba escaparse de él (para uno son sentencia definitiva del cura de la parroquia, y auto que no lo revoca sino el vicario, responso juez de la otra vida), no dificultó arrojarse desde el ala del susodicho eminente tejado, como si las tuviera, á la burrada de otro que estaba confinante, nordesteado de una luz que por ella escasamente se brujuicaba, estrella de la tormenta que corría, en cuyo desvan puso los piés y la boca á un mismo tiempo, saludándolo como á puerto seguro de tales naufragios y dejando burlados á los ministros del agarro y los honrados pensamientos de doña Tomasa de Bitigudiño, doncella chanflona, que se pasaba de noche como cuarto falso, que para que surtiese efecto su bellaquería había cometido otro estelionato más con el capitán de los jinetes á gatas que corrían las costas de aquellos tejados en su demanda, y volvían co ridos de que se les hubiese escapado aquel saltador bajel de capa y espada que llevaba cautiva la honra de aquella señora mohatrera

de doncollazgos, que juraba entre sí tomar satisfaccion de este cesaire en otro inocento chapeton de embustes doncelliles, fiada en una venerable madre á quien ella llamaba tia: liga donde había caído tanto pajaro forastero.

A estas horas el estudiante, no creyendo su buen suceso y deshollinando con el vestido y los ojos el zaquizamí, admiraba la region donde había arribado, por las extranjerías extravagancias de que estaba adornada la tal espelunca, cuyo avariento farol era un candil de garabato, que se descubría sobre una mesa antigua de cañona, y papeles infinitos, así compuestos y desordenados, escritos de caracteres matemáticos, unas efemérides abiertas, dos esferas y algunos compases y cuadrantes; ciertas señales de que vivía en el cuarto de más abajo algun astrólogo, dueño de aquella confusa oficina y embustera ciencia; y llegándose D. Cleofas curiosamente, como quien profesaba letras y era algo inclinado á aquella profesion, á revolver los trastos astrológicos, oyó un suspiro entre ellos mismos, que pareciéndole imaginacion ó ilusion de la noche, pasó adelante con atencion papeleando los memoriales de Euclides y embelecos de Copérnico; escuchando segunda vez repetir el suspiro, entonces, pareciéndole que no era engaño de la fantasía, sino verdad que se había venido á los oídos, dijo con desgar-

ro y ademan de estudiante valiente: ¿Quién diablo suspira aquí? Respondióle al mismo tiempo una voz entre humana y extranjera: Yo soy, señor licenciado, que estoy en esta redoma, adonde me tiene preso este astrólogo que vive ahí abajo, porque también tiene su punta de la mágica negra y es mi alcaide dos años habrá. Luego familiar eres, dijo el estudiante. Harto me holgara yo, respondieron de la redoma, que entrara uno de la santa Inquisición para que, metiéndole á él en otra de cal y canto, me sacara á mí de esta jaula de papagayos de piedra azufre. Pero tú has llegado á tiempo que me puedes rescatar, porque éste, á cuyos conjuros estoy asistiendo, me tiene ocioso, sin emplearme en nada, siendo yo el espíritu más travieso del infierno. Don Cleofas, espumando valor, prerogativa de estudiantes de Alcalá, le dijo: ¿Eres demonio plebeyo, ó de los de nombre? Y de gran nombre, le repitió el vidrio endemoniado, y el más celebrado en entrambos mundos. ¿Eres Lucifer? le repitió D. Cleofas. Ese es demonio de dueñas y escuderos, le respondió la voz. ¿Eres Satanás? prosiguió el estudiante. Ese es demonio de sastres y carniceros, volvió la voz á repetir: ¿Eres Bercebú? volvió á preguntarle D. Cleofas, y la voz á responderle: Ese es demonio de tahures, amancebados y carreteros. ¿Eres Barrabás, Belial, Astarot? finalmente le dijo el estudiante:

Esos son demonios de mayores ocupaciones, repondió la voz; demonio más por menudo soy, aunque me meto en todo; yo soy las pulgas del infierno, la chisme, el enredo, la usura, la mohatra; yo traje al mundo la zarabanda, el deligo, la chacona, el bullicuzcuz, las cosquillas de la capona, el guiriguirigay, el zampapalo, la mariona, el avilipinta, el pollo, la carretería, el hermano Bartolo, el carcañal, el guineo y el clorin colorado; yo inventé las pandorgas, las jácaras, las palapatas, los comos, las mortecinas, los títeres, los volatines, los saltambancos, los maescorrales, y al fin yo me llamo el Diablo Cojuelo. Con decir eso, dijo el estudiante, hubiéramos ahorrado lo demás; usted me conozca por su servidor, que ha muchos días que le deseaba conocer. Pero no me dirá, señor Diablo Cojuelo, ¿por qué le pusieron este nombre, á diferencia de los demás, habiendo todos caído desde tan alto, que pudieran quedar todos de la misma suerte y con el mismo apellido? Yo, Sr. D. Cleofas Leandro Perez Zambullo, que ya le sé el suyo, ó los suyos, dijo el Cojuelo, porque hemos sido vecinos, por esa dama que galanteaba y por quien le ha corrido la justicia esta noche y de quien despues le contaré maravillas, me llamo de esta manera porque fué el primero de los que se levantaron en la rebelion celestial y de los que cayeron y todo; y como los demás dieron sobre mí,

me estropearon; y así quedé más que todos señalado por la mano de Dios y de los pies de todos los diablos, y con este sobrenombre; mas no por eso menos ágil para todas las facciones que se ofrecen en los países bajos, en cuyas empresas nunca me he quedado atrás, antes me he adelantado á todos, que camino del infierno tanto anda el cojo como el viento, aunque nunca me he estado más sin reputacion que ahora en poder de este vinagre, á quien por trato me entregaron mis propios compañeros, porque los traia al retortero á todos, como dice el refran de Castilla, y cada momento á los más agudos los daba gato por demonio. Sácame de este Argel de vidrio, que yo te pagaré el rescate en muchos gustos, á fe de demonio, porque me precio de amigo de mi amigo, con mis tachas buenas ó malas. ¿Cómo quieres, dijo D. Cleofas mudando la cortesía con la familiaridad de la conversacion, que yo haga lo que tú no puedes, siendo demonio tan mañoso? A mí no me es concedido, dijo el espíritu, y á tí sí, por ser hombre con el privilegio del bautismo y libre del poder de los conjuros, con quien han hecho pacto los príncipes de la Guínea infernal. Toma un cuadrante de esos y haz pedazos esa redoma, que luego en derramándome me verás visible y palpable.

No fué escrupuloso ni perezoso D. Cleofas, y ejecutando lo que el espíritu le dijo,

hizo con el instrumento astronómico jigote el vaso, inundando la mesa sobredicha en un licor turbio, escabeche en que se conservaba el tal diablillo; y volviendo los ojos al suelo, vió en él un hombrecillo de pequeña estatura, afirmado en dos muletas, sembrado de chichones mayores de marca, calabacino de testa, y badea de cogoto, chato de narices, la boca formidable y apuntalada en los colmillos solos, que no tenía más muela ni diente; los desiertos de las encías erizados, los bigotes como si hubiera barbado en Hircania; los pelos de su nacimiento ralos, uno aquí y otro allí, á fuer de los espárragos, legumbre tan enemiga de la compañía, que si no es para venderlos en manojos no se juntan. Bien hayan los berros, que nacen unos entrepernados con otros, como vecindades de la corte: perdóne la malicia de la comparacion.

Asco le dió á D. Cleofas la figura, aunque necesitaba de su favor para salir del desvan, ratonera del astrólogo en que habia caído huyendo de los gatos que le siguieron, salvo el guante á la metáfora, y asíndole por la mano el Cojuelo y diciéndole: Vámos, D. Cleofas, que quiero comenzar á pagarte en algo lo que te debo, salieron los dos por la buharda como si los dispararan de un tiro de artillería, no parando de volar hasta hacer pié en el chapitel de la torre de San Salvador, mayor atalaya de Madrid,

tiempo á que su reloj daba la una; hora que tocaba á recoger el mundo poco á poco al descanso del sueño, treguas que dan los cuidados á la vida, siendo comun el silencio á las fieras y á los hombres; medidas que á todos hace iguales, habiendo una notable priesa á quitarse zapatos y medias, calzones y jubones, basquiñas y berdugados, guardainfantes, polieras, enaguas y guardapiés, para acostarse hombres y mujeres, quedando las humanidades menos mesuradas, y volviéndose á los primeros originales que comenzaron en el mundo, horros de todas estas ventajas; y engestándose al camarada, el Cojuelo le dijo: D. Cleofas, desde esta picota de las nubes, que es el lugar más eminente de Madrid, mal año para Menipo, en los diálogos de Luciano te he de enseñar todo lo más notable que á estas horas pasa en esta Babilonia española, que en la confusión fué esotra con ella, segunda de este nombre. Y levantando á los edificios los techos por arte diabólica lo hojaldrado, se descubrió la carne del pastelón de Madrid, como entonces estaba patentemente, que por el mucho calor estivo estaba con menos celesías y tanta variedad de sabandijas racionales en esta arca del mundo, que la del diluvio, comparada con ella, fué de capas y gorras.

TRANCO II

Quedó don Cleofas absorto en aquella pepitoria humana de tanta diversidad de manos, piés y cabezas, y haciendo grandes admiraciones, dijo: ¿Es posible que para tantos hombres, mujeres y niños hay lienzo para colchones, sábanas y camisas? Deja-me que me asombre, que entre las grandezas de la Providencia divina no es esta la menor. Entonces el Cojuelo, previniéndole, le dijo: Advierte que quiero empezar á enseñarte distintamente en este teatro, donde tautas figuras representan, las más notables, en cuya variedad está su hermosura. Mira allí primeramente cómo están sentados muchos caballeros y señores á una mesa opulentísima, acabando una media noche, que eso les han quitado á los relojes no más. Don Cleofas le dijo: Todas estas caras conozco, pero sus bolsas no, sino es para servir las. Hanse pasado á los extranjeros, porque las trataban muy mal estos príncipes cristianos, dijo el Cojuelo, y se han que lado con las caponas sin ejercicio. Dejémoslos, dijo Don Cleofas, que yo aseguro que no se levanten de la mesa sin haber concertado un juego de cañas para cuando Dios fuere servido; y pasemos adelante que á estos magnates los más de los días les beso yo las manos, y estas caravanas las ando yo las

más de las noches, porque he sido dos meses culto vergonzante de la proa de uno de ellos y estoy encurtido de excelencias y señorías, solamente buenas para veneradas. Mira allí prosiguió el Cojuelo, cómo se está quejando de la orina un letrado, tan ancho de barba y tan espeso, que parece que saca un delfin la cola por las almohadas. Allí está pariendo doña Fábula, y don Toribio, su indigno consorte, como si fuera suyo lo que pare, muy oficioso y lastimado, y está el dueño de la obra á pierna suelta en esotro barrio, roncando y descuidado del suceso. Mira aquelpreciado de lindo, ó aquel lindo de los más preciados, cómo duerme, con bigoterías torcidas de papel en las guedejas y el copete, sebilló en las manos y guantes descabezados y tanta pasa en el rostro, que pueden hacer colacion en él toda la Cuaresma que viene. Allí más adelante está una vieja, grandísima hechicera, haciendo en un almirez una medicina de drogas restringentes para remendar una doncella sobre su palabra, que se ha de desposar mañana. Y allí en aquel aposentillo estrecho están dos enfermos en dos camas y se han purgado juntos, y sobre quién ha hecho más cursos, como si le hubieran de graduar en la facultad, se han levantado á matar á almohadazos. Vuélve allí, y mira con atencion cómo se está untando un hipócrita á lo moderno para hallarse en una

gran junta de brujas que hay entre San Sebastian y Fuenterrabía, y á fé que nos habíamos de ver en ella si no temiera el riesgo de ser conocido del demonio que hace el cabron, porque le dí una bofetada á mano abierta en la antecámara de Lucifer sobre uzas palabras mayores que tuvimos, que tambien entre los diablos hay libro del duello, porque el autor que le compuso es hijo de vecino del infierno. Pero mucho más nos podemos entretener por acá, y más si pones los ojos en aquellos dos ladrones que han entrado por un balcon en casa de aquel extranjero rico con una llave maestra, porque las ganzúas son á lo antiguo, y han llegado donde está aquel talego de vara y média, estofado de patacones de á ocho, á la luz de una linterna que llevan, que por ser tan grande y no poder arrancarle de una vez por el riesgo del ruido, determinan abrirle é hinchar las faltriqueras y los calzones y volver otra noche por lo demás; y comenzando á desatarlo, saca el tal extranjero, que estaba dentro de él guardando su dinero por no fiarse de nadie, la cabeza, diciendo: Señores ladrones, acá estamos todos, cayéndose espantados, uno á un lado y otro á otro, como resurreccion de aldea, y se vuelven gateando á salir por donde entraron. Mejor fuera, dijo don Cleofas, que le hubieran llevado sin desatar en el capullo de su dinero, porque no le sucediera

eso desaire, pues que cada extranjero es un talego bautizado, que no sirve de otra cosa en nuestra república y en la suya por nuestra mala maña. Pero ¿quién es aquella abada con camisa de mujer, que no solamente la cama le viene estrecha, sino la casa y Madrid, que hace roncando más ruido que la Bermuda, y al parecer cámaras de tinajas y como jigotes de bóvedas? Aquella ha sido cuba de Sahagun, y no profesó, dijo el Cojuelo, sino es el mundo de ahora, que está para dar un estallido, y todo junto puede ser siendo quien es, que es una bodegonera tan rica, que tiene, á dar rocin por carnero y gato por conejo á los estómagos del vuelo, seis casas en Madrid; y en la puerta de Guadalajara más de veinte mil ducados, y con una capilla que ha hecho para su entierro y dos capellanías que ha fundado, se piensa ir al cielo derecha, que aunque pongan una garrucha en la estrella de Vénus y una alzaprima en las siete Cabrillas, me parece imposible que suba allá aquel tonel, y como ha cobrado buena fama, se ha echado á dormir de aquella suerte.

Aténgome, dijo don Cleofas, á aquel caballero tasajo que tiene el alma en cecina, que he echado de ver que es caballero de un hábito, que le he visto en una ropilla á la cabecera y no es el mayor remiendo que tiene, y duerme enroscado como lamprea

empanada, porque la cama es media sotanilla, que le llega á las rodillas no más. Aquel, dijo el Cojuelo, es pretendiente y está demasiado de gordo y bien tratado para el oficio que ejercita. Bien haya aquel tabernero de corte que se quita de esos cuidados y es cura de su vino, que le está bautizando en sus pellejos y las tinajas, y á estas horas está hecho diluvio en pena con su embudo en la mano, y antes de mil años espero verle jugar cañas por el nacimiento de algun príncipe. ¿Qué mucho, dijo don Cleofas, si es tabernero y puede emborrachar á la fortuna? No hayas miedo, dijo el Cojuelo, que se vea en eso aquel alquimista que está en aquel sótano con unos fuelles, respirando una hornilla llena de lumbre, sobre la cual tiene un perol con mil variedades de ingredientes, muy presumido de acabar la piedra filosofal y hacer el oro; que ha diez años que anda en esta pretension, por haber leído el arte de Reimundo Lulio y los autores químicos que hablan en este mismo imposible. La verdad es, dijo don Cleofas, que nadie ha acertado á hacer el oro sino es Dios, y el sol con comision particular suya. Eso es cierto, dijo el Cojuelo, pues nosotros no hemos salido con ello. Vuelve allí y acompáñame á reir de aquel marido y mujer, tan amigos de coche, que todo lo que habian de gastar en vestir, calzar y componer su casa lo han empleada

en aquel que está sin caballos ahora, y omen, cenan y duermen dentro de él, sin que hayan salido de su reclusion ni aun para las necesidades corporales en cuatro años que ha que le compraron, que están encochados como emparedados, siendo tanta la costumbre de no salir de él, que les sirve el coche de conchas como á la tortuga y al galápago, que sacando cualquiera de ellos la cabeza fuera de él, la vuelvo á meter luego, como quien la tiene fuera de su natural y se resfrían y acatarran en sacando pié, pierna ó mano de esta estrecha region, y pienso que quieren ahora labrar un desvan en él para ensancharse y alquilarle á otros dos vecinos, tan inclinados á coche, que se contentaran con vivir en el caballete de él. Esos dijo don Cleofas, se han de ir al infierno en coche y alma. No es penitencia para menos, respondió el Cojuelo: diferentemente le sucede á esotro pobre y casado, que vive en esotra casa más adelante, que después de no haber podido dormir desde que se acostó, con un órgano al oído de niños, triples, contraltos, tercercuelas y otros mil guisados de voces que han inventado para llorar, aunque se iba á trasponer un poco, le ha tocado á rebato un mal de madre de su mujer, tan terrible, que no ha de jado ruda en la vecindad, lana ni pa, el quemado, escudilla untada con ajo, ligaduras, bebidas, humazos y trescientas cosas más,

y á él le ha dado de andar en camisa un dolor de ijada con que imagino que se ha de desquitar del dolor de madre de su mujer.

No es á tan despiertos en aquella casa, dijo don Cleofas, donde está echando una escala aquél caballero, que al parecer da asalto al cuarto y la honra del que vive en él, que no es buena señal habiendo escaleras dentro, querer entrar por las de afuera. Allí, dijo el Cojuelo, vive un caballero viejo y rico que tiene una hija muy hermosa y doncella, y rabia por dejarlo de ser con un marqués, que es el que da la escalada, que dice que se ha de casar con ella, que es papel que ha hecho con otras diez ó doce y lo ha representado mal; pero esta noche no conseguirá lo que desea, por que viene un alcalde de ronda, y es muy antigua costumbre de nosotros ser muy regatones en los gustos, y como dice vuestro refran, si la podemos dar roma, no la damos aguilena. ¿Qué voces, dijo don Cleofas, son las que dan en esotra casa más adelante, que parece que pregonan algun demonio que se ha perdido? No seré yo, que me he rescatado, dijo el Cojuelo, sino es que me llamen á pregonos del infierno por el quebrantamiento de la redoma; pero aquél es un garitero que ha dado esta noche ciento y cincuenta barajas y se ha endiablado de cólera porque no le han pagado ninguna y se van los actores y los reos con las costas en el cuerpo

tras una pendencia de barato sobre uno que juzgó mal una suerte, y lo mete en paz aquella música que dan á cuatro voces en esotra calle unos criados de un señor á una mujer de un sastro que ha jurado que los ha de coser á puñaladas. Si yo fuera el marido, dijo D. Cleofas, más los tuviera por gatos que por músicos. Ahora te parecerán galgos, dijo el Cojuelo, porque otro competidor de la sastra, con una gavilla de seis ó siete, vienen sacando las espadas, y los orfeos de la música, reparando la primera invasion con las guitarras, hacen una fuga de cuatro ó cinco calles. Pero vuelve allí los ojos, verás cómo se va desnudando aquel hidalgo, que ha rondado toda la noche, tan caballero de milagro en las tripas como en todas las demás facciones, pues quitándose una cabellera, queda calvo, y las narices de carátula, chato, y unos bigotes postizos, lampiño, y un brazo de pará, estropeado, que pudiera irse más camino de la sepultura que de la cama. En esotra casa más arriba está durmiendo un mentiroso con una notable pesadilla, porque sueña que dice verdad. Allí un vizconde, entre sueño, está muy vano, porque ha regateado la excelencia á un grande. Allí está muriendo un fullero y ayudándole á bien morir un testigo falso, y por darle la bula de la Cruzada le da una baraja de naipes, porque muera como vivió, y él, boqueando, por

decir Jesús ha dicho flux. Allí más arriba un boticario está mezclando la piedra bezar con los polvos de sen. Allí sacan un médico de su casa para una apopleja que le ha dado á un obispo. Allí llevan aquella comadre para partear á una preñada de medio ojo, que ha tenido dicha en darle los dolores á estas horas. Allí, doña Tomasa, tu dama, en enaguas, está abriendo la puerta á otro, que á estas horas le oye de amor. Déjame, dijo D. Cleofas, bajaré sobre ella á matarla á coces. Para estas ocasiones se hizo el tate, tate, dijo el Cojuelo, que no es salto para de burlas, y te espantas de pocas cosas, que sin este enamorado morciélagos hay otros ochenta, para quien tiene repartidas las horas del día y de la noche. Por vida del mundo, dijo D. Cleofas, que la tenía por una santa. Nunca te creas de ligero, le replicó el diablillo; y vuelve los ojos á mi astrólogo y verás con las pulgas é inquietud que duermo; debe de haber sentido pasos en su desvan y recela algun decremento en su redoma. Consuélese con su vecino, que mientras está roncando á más y mejor, le están sacando su mujer, como muela sin sentirlo, aquellos dos sonidos. Del mal lo menos, dijo D. Cleofas, que yo sé del marido hecho durmiente que dirá cuando despierto lo mismo.

Mira allí, prosiguió el Cojuelo, aquel barbero, que soñando se ha levantado y echado

unas ventosas á su mujer y la ha quemado con las estopas las tablas de los muslos, y ella da gritos, y él, despertando, la consuela, diciendo que aquella diligencia es bueno que esté hecha para cuando fuere menester. Vuelve allí los ojos á aquella cuadrilla de sastres que están acabanlo unas vitas para un tonto que se casa á ciegas, que es lo mismo que por relacion, con una doncella tarasca, fea, pobre y necia, y le han hecho creer al contrario con un retrato que le traje un caramentero, que á estas horas se está levantando con un pleiteante, que vive pared en medio de él, el uno á casar ministros, y el otro á casar todo el género humano, que solamente tú, por estar tan alto, estás seguro de este demonio, que en algun modo lo es más que yo. Vuélvete los ojos y mira á aquel cazador mentecato de gallo, que está ensillando su rocín ahora á estas horas y está poniendo la escopeta debajo del caparazon, y deja de dormir de aquí á las nueve de la mañana por ir á matar un conejo, que le costaria menos aun que lo comprara en la despensa de Judas. Y al mismo tiempo advierte cómo á la puerta de aquel rico avariento echan un niño, que por parte de sus padres puede pretender la beca del Antecristo, y él, en grado de apelacion, da con él en casa de un señor que vive junto á la suya, que tiene talle de comérselo antes que criarlo, porque ha días

que su despensa espera el domingo de casi racion. Pero ya el día no nos deja pasar adelante, que el aguardiente y el letuario son sus primeros crepúsculos, y viene el sol haciendo cosquillas á las estrellas que están jugando á salga la parida y dorando la píldora del mundo, tocando al arma á tantas bolsas y talegos y dando rebato á tantas ollas, sartenes y cazuelas, y no quiero que se valga de mi industria para ver los secretos que le negó la noche; cuéstele brujulearlo por resquicios, claraboyas y chimeneas, y volviendo á poner la tapa al pastelón, se bajaron á las calles.

TRANCO 111.

Ya comenzaban en el puchero humano de la corte á hervir hombres y mujeres, unos hácia arriba y otros hácia abajo y otros de través, haciendo un cruzado al son de su misma confusion, y el piélago racional de Madrid á sembrarse de ballenas con ruedas, que por otro nombre llaman coches, trabándose la batalla del día, cada uno con designio y negocio diferente, y pretendiéndose engañar los unos á los otros, levantándose una polvareda de embustes y mentiras, que no se descubria una brizna de verdad por un ojo de la cara; y don Cleofas iba siguiendo á su camarada, que le habia metido por una calle algo angosta, llena de espejos

por una parte y por otra, donde estaban muchas damas y lindos, mirándose y poniéndose de diferentes posturas de bocas, guedejas, semblantes, ojos, bigotes, brazos, y manos, haciéndose cocos á ellos mismos. Preguntóle don Cleofas qué calle era aquella, que le parecía que no la había visto en Madrid. Es, respondió el Cojuelo, que esta se llama la calle de los Gestos, que solamente saben á ella estas figuras de la baraja de la corte, que vienen aquí á tomar el gesto con que han de andar aquel día, y salen con perlesía de lindeza, unos con boquita de raton, otros con los ojitos dormidos, roncando hermosura, y todos con los dos dedos de las manos, índices y meñique, levantados, y esotros de *Gloria Patri*. Pero salgamos muy de priesa de aquí, que con tener estómago de demonio y no haberme mareado las maretas del infierno, me le han revuelto estas sabandijas, que nacieron para desacreditar la naturaleza y el rentoy.

Con esto salieron de esta calle á una plazuela, donde había gran concurso de viejas, que habían sido damas cortesanias, mozas, que entraban á ser lo que ellas habían sido, en grande contratacion unas con otras. Preguntó el estudiante á su camarada qué sitio era aquel, que tampoco le había visto. Y él le respondió: Este es el baratillo de los apellidos, que aquellas damas pasas truecan con estas mozas albillas por medias traídas, por

zapatos viejos, valonas, tocas y ligas, como ya no las han menester, que el Guzman, el Mendoza, el Enriquez, el Cerda, el Cueva, el Silva, el Castro, el Giron, el Toledo, el Pacheco, el Córdova, el Manrique de Lara, el Osorio, el Aragon, el Guevara y otros generosos apellidos los ceden á quien los ha menester ahora para el oficio que comienza y se quedan con sus patronímicos primeros de Hernandez, Martinez, Lopez, Rodriguez, Perez, Gonzalez, etc.; por que al fin de los años mil vuelven los nombres por donde solían ir. Cada día, dijo el estudiante, hay cosas nuevas en la corte. Y á mano izquierda entraron á otra plazuela al modo de la de los Herradores, donde se alquilaban tias, hermanos, primos y maridos, como lacayos y escuderos para damas de achaque que quieren pasar en la corte con buen nombre y encarecer su mercadería. A la mano derecha de este seminario andante estaba un grande edificio, á manera de templo sin altar, y en medio de él una pila grande de piedra, llena de libros de caballerías y novelas, y alrededor muchos muchachos desde diez á diez y siete años y algunas doncelluelas de la misma edad, y cada uno y cada una con su padrino al lado, y don Cleofas le preguntó á su compañero que le dijese qué era aquello, que todo le parecía que lo había soñado. El Cojuelo le dijo: Algo tiene de eso este fantástico aparato; pero esta es, don

Cleofas, en efecto la pila de los dones y aquí se bautizan los que vienen á la corte sin él. Todos aquellos muchachos son pajes para señores, y aquellas muchachas, doncellas para señoras de media ta. la, que han menester el don para la autoridad de la casa que entran á servir, y ahora les acaban de bautizar el don. Por allí entra ahora una fregona con un vestido alquilado, que la trae su ama á sacar de don, como de pila, para darla el tuson de las damas, porque le pague en esta moneda lo que le ha costado el criarla, y aun ella parece que se quiere volver al paño, segun viene bruñida de esmeril. Un moño, unos dientes postizos y un guardainfante pueden hacer esos milagros, dijo don Cleofas; pero ¿qué acompañamiento, prosiguió, es este que entra ahora de tanta gente lucida por la puerta de este templo, consagrado al uso del siglo? Traen á bautizar, dijo el Cojuelo, un regidor muy rico, de un lugar aquí cercano, de edad de sesenta años, que se viene al don por su pié, porque sin él le han aconsejado sus parientes que no cae tan bien el regimiento. Llámase Pascual, y vienen altercando si sobre Pascual le vendrá bien el don, que parece don extravagante de la iglesia de los dones. Ya tienen ejemplar, dijo don Cleofas, en don Pascual, ese que llamaron todos loco, y yo Diógenes de la ropa vieja, que andaba cubierta la cabeza con la ropa, sin sombrero, en traje

de profeta, por esas calles. Mudaríanle el nombre, á mi parecer, prosiguió el Cojuelo, por no tener en su lugar regidor pascual, como cirio de los regidores. Dios le inspire, dijo don Cleofas, lo que más convenga á su regimiento, como la cristiandad de los regidores ha menester. En acabando de tomar el señor regidor, dijo el Cojuelo, el agua del don, espera allí un italiano hacer lo mismo con un elefante que ha traído á enseñar á la Puerta del Sol. Los más suelen llamarse, dijo el estudiante, don Pedros, don Juanes y don Alonsos. No sé cómo ha tenido tanto descuido su ayo ó naire, como dicen los de la India Oriental; plebeyo debía ser este animal, pues ha llegado tan tarde al don ¡Vive Dios! que me le he de quitar yo, porque me desbautizan y desdoran los que veo. Sígueme, dijo el Cojuelo, y no te amohines, que bien sabe el don dónde está, que se te ha caído en el Cleofas como la sopa en la miel.

Con esto salieron del sonado, al parecer, edificio, y enfrente de él descubrieron otro, cuya portada estaba pintada de sonajas, guitarras, gaitas zamoranas, cencerros, cascabeles, ginebras, caracoles, castrapuercos, pandorga prodigiosa de la vida, y preguntó don Cleofas á su amigo qué casa es aquella que mostraba en la portada tanta variedad de instrumentos vulgares, que tampoco la he visto en la corte, y me parece que hay

dentro mucho regocijo y entretenimiento. Esta es la casa de los locos, respondió el Cojuelo, que ha poco que se instituyó en la corte, entre unas obras pías que dejó un hombre muy rico y muy cuerdo, donde se castigan y curan locuras que hasta ahora no lo habían parecido. Entremos dentro, dijo don Cleofas, por aquel postiguillo que está abierto y veamos esta novedad de locos. Y diciendo y haciendo, se entraron los dos, uno tras otro, pasando un zaguan, donde estaban algunos convalecientes pidiendo limosna para los que estaban furiosos; llegaron á un patio cuadrado, cercado de celdas pequeñas por arriba y por abajo, que cada una de ellas ocupa un personaje de los sudichos. A la puerta de una de ellas estaba un hombre, muy bien tratado de vestido, escribiendo sobre la rodilla y sentado en una banqueta, sin levantar los ojos del papel, y se había sacado uno con la pluma sin sentirlo. El Cojuelo le dijo: Aquel es un loco arbitraria que ha dado en decir que ha de hacer la reduccion de los cuartos, y ha escrito sobre eso más hojas de papel que tuvo el pleito de don Alvaro de Luna. Bien haya quien le trajo á esta casa, dijo don Cleofas, que son los locos más perjudiciales de la república. Esotro que está en esotro aposento, prosiguió el Cojuelo, es un ciego enamorado, que está con aquel retrato de su dama en la mano y aquellos papeles que le ha escrito

como si pudiera ver lo uno ni leer lo otro, y da en decir que ve con los oídos. En esotro aposentillo, lleno de papeles y libros, está un gramaticon que perdió el juicio buscándole á un verbo griego el gerundio. Aquel, que está á la puerta de esotro aposentillo con unas alforjas al hombro y en calzon blanco, le han traído porque siendo cochero que andaba siempre a caballo, tomó oficio de correo de á pié. Esotro que está en esotro de más arriba con un halcon en la mano es un caballero que, habiendo heredado mucho de sus padres, lo gastó todo en la cetrería y no le ha quedado más que aquel halcon en la mano, que se las come de hambre. Allí está un criado de un señor, que teniendo qué comer se puso á servir. Allí está un bailarín que se ha quedado sin son bai'ando en seco. Más adelante está un historiador que se volvió loco de sentimiento de haber perdido tres décadas de Tito Livio. Más adelante está un colegial cercado de mitras, probándose la que le viene mejor, porque dió en decir que había de ser obispo. Luego en esotro aposentillo está un letrado que se desvaneció en pretender plaza de ropa, y de letrado dió en sastre, y está siempre cortando y cosiendo garnachas. En esotra celda, sobre un cofre lleno de doblones, cerrado con tres llaves, está sentado un rico avariento, que sin tener hijo ni pariente que le herede, se da muy mala vida, siendo esclavo de su

dinero y no comiendo más que un pastel de á cuatro, ni cenando más que una ensalada de pepinos, y le sirve de cepo su misma riqueza. Aquel que canta en esotra jaula es un músico sinzorte, que remeda los demás pájaros, y vuelve de cada pasaje como de un parasismo. Está preso en esta cárcel de los delitos del juicio porque siempre cantaba, y cuando le rogaban que cantase, dejaba de cantar. Impertinencia es esa casi de todos los de esta profesion. En el brocal de aquel pozo que está en el patio se está mirando siempre una dama muy hermosa, como la verás si ella alza la cabeza, hija de pobres y humildes padres, que queriéndose casar con ella muchos hombres ricos y caballeros, ninguno la contentó, y en todos halló una y muchas faltas, y está atada allí en una cadena porque, como Narciso, enamorada de su hermosura, no se anegue en el agua que le sirve de espejo, no teniendo en lo que pisa al sol ni á todas las estrellas. En aquel pobre aposentillo enfrente, pintado por defuera de ellas, está un demonio casado, que se volvió loco con la condicion de su mujer. Entonces don Cleofas le dijo al compañero que le enseñaba todo este retablo de duelos: Vámonos de aquí no nos embarguen por alguna locura que nosotros ignoramos, porque en el mundo todos somos locos, los unos de los otros. El Cojuelo dijo: Quiero, quiero tomar tu consejo, porque pues los demonios

enloquecen, no hay que fiar de sí nadie. Desde vuestra primer soberbia, dijo don Cleofas, todos lo estais, que el infierno es casa de todos los locos más furiosos del mundo. Aprovechado estás, dijo el Cojuelo, pues hablas en lenguaje ajustado.

Con esta conversacion salieron de la casa susodicha, y á mano derecha dieron en una calle algo dilatada, que por una parte y por otra estaba colgada de ataudes, y unos sacristanes con sus sobrepellices paseándose junto á ellos, y muchos sepultureros abriendo varios sopuleros, y D. Cleofás le dijo á su camarada: ¿Qué calle es esta, que me ha admirado más que cuantas he visto y me pudiera obligar á hablar más espiritualmente que con lo primero de que tú te admiraste? Esta es más temporal y de siglo que ninguna, le respondió el Cojuelo, y la más necesaria, porque es la ropería de los abuelos, donde cualquiera, para todos los actos positivos que se le ofrece y se quiere vestir de un abuelo, porque el suyo no le viene bien ó está traído, se viene aquí y por su dinero escoge el que le está más apropiado. Mira allí aquel caballero torzuelo cómo se está probando una abuela que ha meüester, y esotro, hijo de quien él quisiera, se está vistiendo otro abuelo y le viene largo de talle. Esotro más abajo da por otro abuelo el suyo y dineros encima, y no se acaba de concertar porque le tiene más

de costa al sacristan, que es el ropero. Otro á esotra parte llega á volver un abuelo suyo de dentro afuera y de atrás adelante y á remendarlo con la abuela de otro. Otro viene allí con la justicia á hacer que lo vuelvan un abuelo que le habian hurtado y le ha halado colgado en la roperia. Si hubieros menester algun abuelo ó abuela para algun crédito de tu calidad, á tiempo estamos, D. Cleofas Leandro, que yo tengo aquí un ropero mi amigo, que desnuda los difuntos la primera noche que los entierran y nos le dará por el tiempo que quisieres. Dineros he menester yo, que abuelos no, respondió el estudiante; con los míos me haga Dios bien, que me han dicho mis padres que desciendo de Leandro el Animoso, el que pasaba el mar de Abido en amoroso luego todo ardiendo, y tengo mi ejecutoria en las obras sueltas de Boscan y Garcilaso. Contra hidalguía en verso, dijo el Cojuelo, no hay olvido ni chancillería que baste, ni hay más que desear en el mundo que ser hidalgo en consonantes. Si á mí me hicieran merced, pro-iguó D. Cleofas, entre Salicio y Nemoroso se habian de haer mis diligencias, que no me habian de costar cien reales, que allí tengo mi Montaña, mi Galicia, mi Vizcaya y mis Astúrias. Dejemos vanidades ahora, dijo el Cojuelo, que ya he sabido que eres muy bien nacido en verso y en prosa, y vamos en busca de un figon á al-

morzar y á descansar, que bien lo habrás menester por lo madrugado y trasnochado, que despues proseguiremos nuestras aventuras.

TRANCO IV

Dejemos á estos caballeros en su figon almorzando y descansando, que sin dineros pedian las pajaritas que andaban volando por el aire y al fénix empanado, y volvamos á nuestro astrólogo regoldano y nigromante ingerto, que se habia vestido con algun cuidado de haber sentido pasos en el desvan la noche antes, y subiendo á él halló las ruinas que habia dejado su familiar en los pedazos de la redoma y mojados sus papeles y el tal espíritu ausente; y viendo el estrago y la falta de su demoñuelo, comenzó á mesarse las barbas y los cabellos y á romper sus vestiduras como rey á lo antiguo. Y estando haciendo semejantes extremos y lamentaciones, entró un diablejo zurdo, mozo de retrete de Satanás, diciendo que Satanás, su señor, le besaba las manos, que habia sentido el atrevimiento que habia tenido el Cojuelo, que él trataria de que se castigase y que entre tanto se quedase él sirviéndole en su lugar. Agradeció mucho el cuidado el astrólogo, y encerró el tal espíritu en una sortija de un topacio grande que traia en un dedo, que antes habia sido de un médico, con que á todos cuantos habia

tomado el pulso había muerto. Y en el infierno se juntaron entre tanto en su sala plena todos los más graves jueces de aquel distrito, y haciendo notorio á todos el delito del tal Cojuelo, mandaron despachar requisitoria para que le prendiesen en cualquier parte que le topasen, y se le dió esta comision á Cienllamas, demonio comisionario, que había dado muy buena cuenta de otras que le habían encargado, y llevándose consigo por corchetes á Chispa y á Radina, demonios á las veinte, y subiéndose en la mula de Liñan, salió del infierno con vara alta de justicia en busca del dicho delincuente.

En este tiempo, sobre la paga de lo que habían almorzado, habían tenido una pesadumbre el revoltoso diablillo y D. Cleofas con el figonero, en que intervinieron asadores y torteras, porque lo que es del diablo, el diablo se lo ha de llevar, y acudiendo la justicia al alboroto, se salieron por una ventana; y cuando el alguacil de corte con la gente que llevaba entendía cogerlos, estaban ya de esotra parte de Getafe, en demanda de Toledo, y dentro de un minuto en las ventillas de Torrejon, y en un cerrar de ojos á vista de la puerta de Visagra, dejando la real fábrica del Hospital de Afuera á la mano derecha, y volviéndose el estudiante al camarada, le dijo: Lindos atajos sabes, mal haya quien no caminará contigo todo el

mundo mejor que con el infante D. Pedro de Portugal, el que anduvo las siete partidas de él. Somos gentes de buena maña, respondió el Cojuelo. Y cuando estaban hablando en esto, llegando al barrio que llaman de la Sangre de Cristo y al meson de la Sevillana, que es el mejor de aquella ciudad, el Diablo Cojuelo le dijo al estudiante: Esta es muy buena posada para pasar esta noche y para descansar de la jornada; éntrate dentro y pide un aposento y que te aderecen de cenar, que á mí me importa ir esta noche á Constantinopla á alborotar el serrallo del Gran Turco y hacer degollar doce ó trece hermanos que tiene por miedo de que conspiren á la corona, y volverme de camino por los cantones de los Esguizaros y por Ginebra á otras diligencias de este modo, por sobornar con algunos servicios á mi amo, que debe de estar muy indignado contra mí por la travesura pasada, y que yo estaré contigo antes que den las siete de la mañana. Y diciendo y haciendo, se metió por esos aires como por vinya vendimiada, meneando la pajuela á todo pajarote y ciudadano de la region etérea, á fuer de los de la jerigonza crítica, y D. Cleofas se entró á tomar posada, por haber muchos pasajeros que habían venido con galeones y pasaban á Madrid; con todo eso al huesped nuevo hicieron cortejo, porque la persona de D. Cleofas traía consigo cartas de reco-

mendacion, como dicen los cortesanos antiguos.

Convidáronle á comer unos caballeros soldados muy corteses, preguntándole nuevas de Madrid, y despues de haber cumplido con la celebridad de los brindis por el rey, que Dios guarde, por sus damas y sus amigos y haber dado las aceitunas y postres, carta de pago y fin de cena, se fué cada uno á recoger á su aposento, porque habian de tomar la madrugada para llegar con tiempo á Madrid, y D. Cleofas hizo lo mismo en el que le señaló el huésped, sintiendo la soledad del compañero en algun modo, porque le traia muy entretenido, y haciendo varios discursos sobre la almohada, se quedó como un pajarito, jurando el silencio de las sombras como los demás del mundo, el meson de la Sevillana, el natural vasallaje con el sueño, que solas grullas, morciélagos y lechuzas estaban de posta á su cuerpo de guardia, cuando á las dos de la noche oyó unas temerosas voces que repetian: ¡Fuego, fuego! Despertaron á los dormidos pasajeros con el sobresalto y asombro que suele causar cualquier alboroto á los que están durmiendo, y más oyendo nombrar fuego, voz que con más terror atormenta los ánimos más constantes, rodando unos las escaleras por bajar más apriesa, otros saltando por las ventanas que caian al patio de la posada, otros que por las pulgas

ó temor de las chinches dormian en cueros como vinagre, hechos Adanes del baratillo, poniendo las manos donde habian de estar las hojas de higuera, siguiendo á los demás y acompañándolos D. Cleofas con los calzones revueltos al brazo y una alfajía, que por no encontrar la espada topó acaso en su aposento, como si en los incendios y fantasmas importase andar á palos ni cuchilladas: natural socorro del miedo en las repentinas invasiones. Salíó en esto el huésped en camisa, los pies en unas empanadas de frenegal, cinchado con una faja de grana de por vo el estómago, y un candil de garabato en la mano, diciendo que se sosegasen, que aquel ruido no era de cuidado, que se volvieresen á sus camas, que él pondria remedio en ello. Apretólo D. Cleofas, como más amigo de saber, que le dijese la causa de aquel alboroto, que no se habia de volver á acostar sin descifrar aquel misterio. El huésped le dijo muy severo que era un estudiante de Madrid, que habia dos ó tres meses que entró á pasar en su casa y que era poeta de los que hacen comedias, y que habia escrito dos que se le habian chillado en Toledo y apedreado como viñas, y que estaba acabando de escribir la comedia de Troya abrasada y que sin duda debia de haber llegado al paso del incendio, y se convertia tanto en lo que escribia, que habria dado aquellas voces, que por otras experiencias pasadas

sacaba él que aquello era verdad infalible, como él decía, que para confirmarlo subiesen con él á su aposento y hallarian ser verdadero este discurso.

Signieron al huésped todos de la suerte que cada uno estaba, y entrando en el aposento del tal poeta, le hallaron tendido en el suelo, despedazada la media sotana, revolcado en papeles y echando espumarajos por la boca y pronunciando con mucho desmayo fuego, fuego, que casi no podía echar la habla, porque se le habia metido monja. Llegaron á él muertos de risa y llenos de piedad todos, diciéndole: Señor licenciado, vuelva en sí y mire si quiere beber y comer algo por este desmayo. Entonces el poeta, levantando como pudo la cabeza y algo alborotado, dijo: Si es Eneas y Anquises con los Penates y el amado Ascanio, ¿qué aguardais aquí? Que está ya el Ilión hecho cenizas, y Priamo, Paris y Polixena, Hecuba y Andrómaca han dado el fatal tributo á la muerte, y á Elena, causa de tanto daño, llevan presa Menelao y Agamenon; y lo peor es que los Mirmidones se han apoderado del tesoro troyano. Vuelto en su juicio, dijo el huésped que aquí no hay almidones ni toda esa tropelía de disparates que ha referido, y mucho mejor fuera llevarle á casa de Nuncio, donde pudiera ser con bien justa causa mayoral de los locos, y meterle en cura, que se le han subido los consonantes

á la cabeza como tabardillo. ¡Qué bien entiendo de afectos el señor huésped! respondió el poeta, incorporándose un poco más. De afectos ni de afeites, dijo el huésped, no quiero entender, sino de mi negocio; lo que importa es que mañana hagamos cuenta de lo que me debe de posada y se vaya con Dios, que no quiero tener en ella quien me la alborote cada dia con estas locuras; basten las pasadas, pues comenzando á escribir, recién venido aquí, la comedia del Marqués de Mantua, que zozobró y fué una de las silbadas, fueron tantas las prevenciones de la caza y las voces que dió llamando á los perros Meleampo, Oliveros, Saltamontes, Tragavientos, etc., y el ataja, ataja y el guarda el oso cerdoso, y el jabalí colmilludo, que malparió una señora preñada que pasaba del Andalucía á Madrid, del sobresalto; y en esotra del Saco de Roma, que entrambos parecieron, cual tenga la salud, fué el estruendo de las cajas y trompetas, haciendo pedazos las puertas y ventanas de este aposento á tan desusadas horas como estas, y el cierra España, Santiago y á ellos y el jugar la artillería con la boca como si hubiera ido á la escuela con un petardo ó criándose como el babilisco de Malta, que engañó el rebato á una compañía de infantería que alojaron aquella noche en mi casa; de suerte que tocando al arma se hubieron de hacer á oscuras unos soldados pedazos

con los otros, acudiendo al ruido medio Toleo con la justicia, echándome las puertas abajo, y amenazó á hacer una de todos los diablos, que es poeta grulla que siempre está en vela y halla consonantes á cualquier hora de la noche y de la madrugada.

El poeta dijo entonces: Mucho mayor alboroto fuera si yo acabara aquella comedia de que tiene usted en prendas dos jornadas por lo que le debo, que la llamo las Tinieblas de Palestina, donde es fuerza que se rompa el velo del templo en la tercera jornada y se oscurezca el sol y la luna y se den unas piedras con otras y se venga abajo toda la fábrica celestial, con truenos y relámpagos, cometas y exhalaciones, en sentimiento de su Hacedor, que por faltarme dos nombres que he de poner á los sayones no la he acabado. Ahí me dirá usted señor huésped, ¿qué fuera ello? Váyase, dijo el mesonero, á acabarla al Calvario, aunque no faltará en cualquiera parte que la escriba ó la representen quien le crucifique á silbos, legumbre y edificio. Antes ruscitan con mis comedias los autores, dijo el poeta; y para que conozcan todos ustedes esta verdad y admiren el estilo que llevan todas las que yo escribo, ya que se han levantado á tan buen tiempo, quiero leerles esta. Y diciendo y haciendo, tomó en la mano una rima de vueltas de cartas viejas, cuyo bulto se encaminaba más á pleito de tenuta que á

comedia, y arqueando las cejas y deshollinándose los bigotes, dijo leyendo el título de esta suerte: Tragedia troyana, Astucias de Sinon, caballo griego, Amantes adúlteros y reyes endemoniados. Sale lo primero por el patio, sin haber cantado, el Paladion con cuatro mil griegos por lo menos, armados de punta en blanco dentro de él. ¿Cómo, le replicó un caballero soldado de aquellos que estaban en cueros, que parece que le habian de echar á andar en la comedia, pue de toda esa máquina entrar por ningun patio ni coliseo de cuantos hay en España, ni por el del Buen Retiro, afrenta de los romanos anfiteatros, ni por una plaza de toros? Muy buen remedio, respondió el poeta, derribarás el corral y dos calles junto á él para que quepa esta tramoya, que es la más portentosa y nueva que los teatros han visto, que no siempre sucede hacerse una comedia como esta, y será tanta la ganancia, que podrá muy bien á sus ancas sufrir todo este gasto. Pero escuchen, que ya comienza la obra, y atención por mi amor. Salen para el tablado con mucho ruido de chirimías y atabalillos, Priamo, rey de Troya, y el príncipe Paris y Elena, muy bizarra en un palafren, en medio, y el Rey á la mano derecha, que siempre de esta manera guardo el decoro á las personas reales, y luego tras ellos, en palafrenes negros, de la misma suerte, once mil dueñas á caballo. Más difi-

cultosa apariencia es esa que esotra, dijo uno de los oyentes, porque es imposible que tantas dueñas juntas se hallen. Algunas se harán de pasta, dijo el poeta, y las demás se juntarán de aquí para allí, fuera de que si se hace en la córte, ¿qué señora habrá que no envíe sus dueñas prestadas para una cosa tan grande, por estar los días que se representare la comedia, que será por lo menos siete ú ocho meses, libres de tan cansadas sabandijas? Hubiéronse de caer de risa los oyentes, y de una carcajada se llevaron media hora de reloj, al son de los disparates del tal poeta, y él prosiguió diciendo: No hay que reirse, que si Dios me tiene de sus consonantes, he de rellenar el mundo de comedias mías, y ha de ser Lope de Vega, prodigioso monstruo español y nuevo Tostado en verso, niño de teta conmigo, y después me he de retirar á escribir un poema heróico para mi posteridad, que mis hijos ó mis sucesores hereden, en que tengan toda su vida que roer sílabas. Y ahora oigan vuestras mercedes, amagando á comenzar, el brazo derecho levantando, los versos de la comedia, cuando todos á una voz le dijeron que lo dejase para más espacio, y el huésped indignado, que sabia poco de filis, le volvió á advertir que no habia de estar un día más en la posada.

La encamisada pues de los caballeros y soldados se puso á mediar con el huésped el

caso, y D. Cleofas, sobre un arte poético de Rengifo que estaba tambien corriendo borrasca entre esotros legajos por el suelo, tomó plcito homenaje al tal poeta, puestas las manos sobre los consonantes, jurando que no escribiria más comedias de ruido, sino de capa y espada, con que quedó el huésped satisfecho, y con esto se volvieron á sus cámas, y el poeta calzado y vestido, con su comedia en la mano, se quedó tan aturdido sobre la suya, que apostó á roncar con los siete durmientes, á peligro de no valer la moneda cuando despertase.

TRANCO V

Dentro de muy pocas horas lo fué de volverse á levantar los huéspedes al quitar, haciendo la cuenta con ellos de la noche pasada el huésped de por vida, esperanzándose y bostezando de lo trasnochado con el poeta, y trataron de caminar, ensillando los mozos de mulas y poniendo los frenos al son de seguidillas y jácaras; y brindándose con vino y pullas los unos á los otros, ribeteándolas con tabaco en polvo y en humo; cuando nuestro D. Cleofas tambien despertó, tratando de vestirse, con algunas saudades de su dama, que las malas correspondencias de las mujeres á veces despiertan más la voluntad, y antes que diesen las ocho, como habia dicho, entró por el aposento el

camarada en traje turquesco, con almalafa y turbantes, señales ciertas de venir de aquel país, diciendo: ¿Háeme tardado en el viaje, señor licenciado? El le respondió sonriéndose: Menos se tardó usted desde el cielo al infierno con haber más leguas cuando rodó con todos esos príncipes, que no han podido gatear otra vez á la maroma de donde cayeron: Al amigo, Sr. D. Cleofas, respondió el Cojuelo, chinche en el ojo, como dice el refran de Castilla. Bueno, bueno, pocos hay, respondió el estudiante, que en ofreciéndose el chiste miren esos respetos; pero esto no lo digo yo en galantería y por la amistad que hay entre nosotros. Mas dejando esto aparte, ¿cómo te ha ido por esos mundos? Hice todo á lo que fui y mucho más, respondió el genízaro recién venido, y si quisiera me jurara por gran turco aquella buena gente, que á fé que alguna guarda mejor su palabra, y saben decir verdad y hacer amistades, más que vosotros los cristianos. ¡Qué pre-to te pagastel dijo don Cleofas; algun cuarto debes de tener de demonio villano. Es imposible, respondió el Cojuelo, porque descendemos de la más noble y más alta montaña de la tierra y del cielo, y aunque seamos zapateros de viejo, en siendo montañeses todos somos hidalgos, que muchos de ellos nacen como los escarabajos y ratones de la putrefaccion.

Bien sé que sabes filosofia, le dijo don

Cleofas, mejor que si la hubieras estudiado en Alcalá, y que eres maestro en primeras licencias. Dejemos estas digresiones, y acaba de darmé cuenta de la jornada. Con el traje del país, como ves, respondió el Cojuelo, por ensuciarlos todos como cierto amigo, que por desaseado en extremo, ensució el de soldado, el de peregrino y estudiante, volví por los Cantones, por la Bartolina y Ginebra, y no tuve que hacer nada en estos países, porque sus paisanos son demonios de sí mismos, y ese es el juro de heredad que más seguro tenemos en el infierno. Despues de las Indias fui á Venecia por ver una poblacion tan prodigiosa, que está fundada en el mar, y de su natural condicion tan bajel de argamasa y silicria, que como la tiene en peso el piélago Mediterráneo, le vuelve á cualquier viento que sopla. Estuve en la plaza de San Márcos platcando con unos criados de unos clarísimos esta mañana, y hablando en las gacetas de la guerra, les dije que en Constantinopla se habia sabido por espías que estaban en España, que hay grandes prevenciones de ella, y tan prodigiosas, que hasta los difuntos se levantaban de los sepulcros al son de las cajas para este efecto, y hay quien diga que entre ellos habia resucitado el gran duque de Osuna. Apenas lo acabé de pronunciar cuando escurrí por no perder tiempo en mis diligencias, y dejando el seno Adriático me sorbí

la Marca de Ancona y por la Romanía. A la mano izquierda dejé á Roma, porque aun los demonios, por cabeza de la Iglesia militante, veneramos su poblacion. Pasé por Florencia á Milán, que no se le da con su castillo dos blancas de la Europa. Ví á Génova la bella, talego del mundo, llena de novedades y golfo lanzado. Toqué en Vinaroz y los Alfaques, pasando el de Leon y Narbona. Llegué á Valencia, que juega cañas dulces con la primavera. Metíme en la Mancha, que no hay greda que la pueda sacar. Entré en Madrid, y supe que unos parientes de tu dama te andaban á buscar para matarte, porque dicen que la has dejado sin reputacion, y lo peor es lo que me chisméó Zancadilla, demonio espía del infierno y sobrestante de tentaciones, que me andaba á buscar Cienllamas e n una requisitoria, y soy de parecer, por obviar estos dos riesgos, que pongamos tierra en medio; vámonos al Andalucía, que es la más ancha del mundo; y pues yo te hago la costa, no tienes que temer nada, que con el romance que dice «Tendré el invierno en Sevilla y el veranita en Granada,» no hemos de dejar lugar en ella que no trajinemos. Y volviéndose á la ventana que salia á la calle, le dijo: Hágote puerta de meson, vamos y sígueme por ella, D. Cleofas, que hemos de ir á comer en la venta de Durazutan, que es en Sierra Morena, veinte y dos ó veinte

y tres leguas de aquí. No importa, dijo don Cleofas, si eres demonio deportante, aunque cojo; y diciendolo esto, salieron los dos por la ventana, flechados de sí mismos, y el huésped desde la puerta, dándole voces al estudiante cuando le vió por el aire, diciendo que le pagase la cama y la posada; y don Cleofas respondió que en volviendo del Andalucía cumpliria con sus obligaciones; y el huésped, que parecia que lo soñaba, se volvió santiguando y diciendo: Pluguiera á Dios como se me va este se me fuera el poeta, aunque me llevara la cama y todo asida á la cola.

Ya en esto el Cojuelo y D. Cleofas descubrian la dicha venta, y apeándose del aire entraron en ella, pidiendo al ventero de comer, y él les dijo que no habia quedado en la venta más que un conejo y un perdigon, que estaban en aquel asador entreteniéndose á la lumbre. Pues trasládenlos á un plato, dijo D. Cleofas, señor ventero, y venga el salmorejo, poniéndonos la mesa pan, vino y salero. El ventero respondió que fuese en buen hora, pero que esperasen que acabasen de comer unos extranjeros que estaban en eso, porque en la venta no habia otra mesa más que la que ellos ocupaban. D. Cleofas dijo: Por no esperar, si estos señores nos dan licencia, podremos comer juntos, y ya que ellos van en la silla, nosotros iremos en las ancas. Y sentándose

los dos al paso que lo decían, fué todo uno, trayéndoles el ventero la porcion susodicha con todas las adherencias é incidencias, y comenzaron á comer en compañía de los extranjeros, que el uno era francés, el otro inglés, el otro italiano y el otro tudesco, que habia ya pespuntado la comida más apriesa á brándis de vino blanco y clarete, y tenía á orza la testa, con señales de vómito y tiempo borrascoso, tan zorra de cuatro costados, que pudiera temerle el corral de gallinas del ventero. El italiano preguntó á D. Cleofas que de adónde venía, y él le respondió que de Madrid. Repitió el italiano: ¿Qué nuevas hay de guerra, señor español? D. Cleofas le dijo: Ahora todo es guerra. ¿Y contra quién dicea? replicó el francés. Contra todo el mundo, respondió D. Cleofas, para ponerlo todo á los piés del rey de España. Pues á fé, replicó el francés, que primero que el rey de España..... Antes que acabase la razon el gabacho, dijo D. Cleofas: El rey de España..... El Cojuelo le fué á la mano, diciendo: Déjame, D. Cleofas, responder á mí, que soy español por la vida, y con quien vengo, vengo, que les quiero con alabanzas del rey de España dar un tapaboca á estos borrachos, que si leen las historias de ella, hallarán que por rey de Castilla tiene virtud de sacar demonios, que es más generosa cirugía que curar lamparones.

Los extranjeros, habiendo visto callar al español, estaban muy falsos, cuando el Cojuelo, sentándose mejor y tomando la mano, y en traje castellano, que ya habia dejado á la guardaropa del viento tudesco, les dijo: Señores míos, mi camarada iba á responder, y á mí, por tener más edad, me toca el hacerlo; escúchenme atentamente por caridad: el rey de España es un generosísimo lebel, que pasa acaso solo por una calle, y no hay gozque en ella que á ladrarle no salga, sin hacer caso de ninguno, hasta que se juntan tantos, que se atreve uno al desembocar de ella á otra, pensando que es sufrimiento y no d'precio, á besarle con la boca la cola; entonces vuelve, y dando una manotada á unos, y otra á otros, huyendo todos de manera que no saben adonde meterse, queda la calle toda tan barrida de gozques y con tanto silencio, que aun á ladrar no se atreven, sino á mórder las piedras de rabia. Esto mismo le sucede siempre con los reyes contrarios, con las señoraís y potentados, que son todos gozques con su majestad católica; pero guárdese el que se atreviere á besarle la cola, que ha de llevar manotada que escarmiente de suerte á los demás, que no hallen donde meterse huyendo de él.

Los extranjeros se comenzaron á escarapelar, y el francés le dijo: ¡ah, bugre coquín español! Y el italiano, ¡farfante marrano español! Y el inglés, ¡nitesgut español! Y

el tudesco estaba de suerte, que lo dió por recib' do. dando permissión que hablasen los demás por él en aquellas cortes. Don Cleofas, que los vió palotear y echar espadañas de vino y herejías contra lo que habia dicho su camarada, acostumbrado á sufrir poco y al refran de quien da luego da dos veces, levantando el banco en que estaban sentados los dos, dió tras ellos, adelantándose el compañero con las muletas en la mano, manejándolas tan bien, que dió con el francés en el tejado de otra venta que estaba tres leguas de allí, y en una necesaria de Ciudad-Real con el italiano, porque muriese hácia donde pecan, y con el inglés de cabeza en una caldera de agua hirviendo que tenian para pelar un puerco en casa de un labrador de Adamuz, y al tudesco, que se habia anticipado á caer de bruces á los piés de don Cleofas, le volvió al Puerto de Santa María, de donde habia salido quince días antes, á dormir la zorra. El vertero se quiso poner en medio y dió con él en Peralvillo, entre aquellas cenizas de Gestas, como en su centro.

Volviéronse con esto á sentar á comer de los despojos que habia dejado el enemigo muy despacio, y estando en los postreros lances de la comiça, entraron algunos mozos de mulas en la venta, llamando al huésped y pidiendo vino, y tras ellos en el mismo carruaje una compañía de representan-

tes que pasaban de Córdoba á la corte, con gana de tomar un refresco en la venta; venian las damas en jamugas, con bohemos, sombreros con plumas y mascarillas en los rostros, los chapines con plata, colgados de los respaldares de los sillones, y ellos, unos con portamanteos sin cojines, y otros sin cojines ni portamanteos, las capas dobladas debajo, las valonas en los sombreros, con alforjas detrás, y los músicos con las guitarras en cajas delante en los arzones, y algunos de ellos ciclones de estribos, y otros eunucos, con los mozos que les sirven á las ancas; unos con espuelas sobre los zapatos y las medias, y otros con botas de rodillera sin ninguna, otros con varas para hacer andar sus cabalgaduras y las demás mujeres; los apellidos de los más eran valencianos, y los nombres de las representantas se resolvian en Marianas y Anas Marias, hablando todos recalcado con el tono de la representacion. La conversacion con que entraron en la venta era decir que habian robado á Lisboa, asombrado á Córdoba y escandalizado á Sevilla, y que habian de despoblar á Madrid, porque con sola la loa que llevaban para la entrada de un tundidor de Eciija habian de derribar á cuantos autores entrasen en la corte. Con esto se fueron arrojando de las cabalgaduras, y los maridos muy severos apeando en los brazos á sus mujeres, llamando todos al huésped, y de nada se dolía.

La autora se asentó en una alfombra que la echaron en el suelo, las demás princesas alrededor, y el autor andaba solicitando el regalo de todos como pastor de aquel ganado, y dijo el Cojuelo: Con el señor autor estoy en pecado mortal de parte de mis camaradas. ¿Por qué? dijo don Cleofas. Respondió el diablillo: Porque es el peor representante del mundo, y hace siempre los demonios en los autos del Corpus, y está perdigado para demonio de veras, y para que haga en el infierno los autos si se representaren comedias, que algunas hacen estas farándulas, que aun para el infierno son malas. Uno he visto aquí, dijo don Cleofas, entre los demás compañeros, que le he deseado cruzar la cara porque me galantó en Alcalá una doncella moza mía, que se enamoró de él viéndolo hacer un rey de Dinamarca. Doncella, dijo el Cojuelo, debía de ser de ella; pero si quieres, prosiguió, que tomemos los dos vengauza del autor y del representante, espera y verás cómo lo trazo, porque ahora quieren reparar una comedia con que han de segundar en Madrid, y sobre los papeles has de verlo que pasa.

Al mismo tiempo que decía eso el Cojuelo, el apuntador de la compañía sacó de una alforja los de una comedia de Claramonte, que había acabado de copiar en Adamuz el tiempo que estuvieron allí, diciendo al au-

tor: Aquí será razón que se repartan estos papeles entre tanto que se adereza la comedia y parece el huésped. El autor vino en ello, porque se dejaba gobernar de tal apuntador, como de hombre que tenía grandísima curia en la comedia; había sido estudiante en Salamanca, y le llamaban el Filósofo por mal nombre; y llegado con el papel de la segunda dama á Ana María, mujer del que cantaba los bajetes y bailaba los días del Corpus, habiéndole dado la primera dama á Mariana, la mujer del que cobraba y que hacía su parte también en las comedias de tramoya, arrojándole, dijo que ella había entrado para partir entre las dos los primeros papeles, y que siempre le daban los segundos, y que ella podía enseñar á representar á cuantas andaban en la comedia, porque había representado al lado de los mayores representantes del mundo, y en la lengua la llamaban Amarilis, segunda de este nombre. Esotra le dijo que no sabía mirar lo que ella con su zapato representaba. Respondióle esotra que de cuándo acá tenía tanta soberbia, sabiendo que en Sevilla le prestó hasta las enaguas para hacer el papel de Dido en la gran comedia de don Guillen de Castro, echando á perder la comedia y haciendo que silbasen la compañía. Tú eres la silbada, dijo esotra, y tu ánima; llegando á las manos y diciéndose palabras mayores, y tan grandes, que alcanzaron á

los maridos, y sacando unos con otros las espadas, comenzó una batalla de comedia, metiéndolos en paz los mozos de mulas con los frenos que acababan de quitar; y dejándolos empelotados, se saieron don Cleofas y el Cojuelo de la venta al camino de Andalucía, quedándose abrasando á cuchilladas la compañía, que fuera un Roncesvalles del molino del papel, si el ventero no llegara con la hermandad en busca de los dos que se fueron para prenderlos, con escopetas, chuzos, y ballestas, y viendo esta nueva matanza en su venta, jarros, tinajas y platos, hechos tantos en la refriega, los apaciguaron y prendieron á los dichos representantes para llevarlos á Ciudad-Real, habiendo de tener otra peleona más pesada con el alguacil que los traía á Madrid por orden de los arrendadores con comision del consejo.

TRANCO VI

En este tiempo nuestros caminantes, tratando leguas de aire, como si fueran camaleones de alquiler, habian pasado á Adamuz del gran marqués del Carpio Haro y nobilísimo descendiente de los señores antiguos de Vizcaya, y padre ilustrísimo del mayor mecenas que los antiguos ingenios y modernos han tenido, y caballero que igualó con sus generosas partes su modestia. Y habiéndose

se sorbido los siete vados y las ventas de Alcolea, se pusieron á vista de Córdoba por su fertilísima campiña, y por sus celebradas dehesas gramenosas, donde nacen y pacen tantos brutos, hijos del Zecro, más que los que fingió la antigüedad en el Tajo portugués; y entrando por el campo de la Verdad, pocas veces pisado de gente de esta caña, á la colonia y populosa patria de dos Sénecas y un Lucano, y del padre de la poesía española el celebrado Góngora, á tiempo que se celebraban fiestas de toros aquel día y juego de cañas, acto positivo que más excelentemente ejecutan los caballeros de aquella famosa ciudad, y tomando posada en el meson de las Rejas, que estaba lleno de forasteros que habian concurrido á esta celebridad, se apercibieron para ir á verlas limpiándose el polvo de las nubes; y llegando á la Corredera, que es la plaza donde se hacen estas festividades, se pusieron á ver un juego de esgrima que estaba en medio del concurso de la gente, que en estas ocasiones suele siempre en aquesta provincia preceder á las fiestas, á cuya esfera no habia llegado la línea recta ni el ángulo obtuso ni oblicuo, que todavía se practicaba el uñas arriba y el uñas abajo de la destreza primitiva que nuestros primeros padres usaron; y acordándose don Cleofas de lo que dice el ingeniosísimo Quevedo en su *Buscón*, pensó parecer de risa, bien que se debe

al insigne don Luis Pacheco de Narvaez haber sacado de la oscura tiniebla de la vulgaridad á luz la verdad de este arte, y del caos de tantas opiniones las demostraciones matemáticas de esta ciencia.

Habia dejado en esta ocasion la espada negra un mozo de Montilla, bravo aporreador, quedando en el puesto otro de los Pedroches, no menos bizarro campeon; y arrojándose entre otros que la fueren á tomar muy apriesa don Cleofas la levantó primero que todos, admirando la resolucion del forastero que en el ademan les pareció castellano; y dando á su camarada la capa y la espada, como es costumbre, puso bizarramente las plantas en la palestra. En esto el maestro con el montante barriendo los piés á los mirones abrió la rueda, dando aplauso á la pendencia vellorí, pues se hacia con espadas mulatas; y partiendo el andaluz y el estudiante castellano uno para otro airoosamente, corrieron una ida y venida sin tocarse al pelo de la ropa, y á la segunda, don Cleofas, que tenia algunas revelaciones de Carranza por el cuarto círculo le dió al andaluz con la zapatilla un golpe de pechos, y él metiendo el brazal un tajo á don Cleofas en la cabeza sobre la guarniciende la espada, y convirtiendo don Cleofas el reparo en revés con un movimiento accidental dió tan grande tamborilada á su contrario, que sonó como si hubiera dado en la tumba de los Castillas.

Alborotáronse algunos amigos y conocidos que habia en el corro, y sobre el montante del señor maestro le entraron tirando algunas estocadillas venia'es al tal don Cleofas; que en la zapatilla, como con agua bendita se las quitó; y apelando á su espada y capa, y el Cojuelo á sus muletas, hicieron tanta riza en el monton agavillado, que fué necesario echarles un toro para ponerlos en paz: tan valiente montante de Sierra Morena, que á dos ó tres mandobles puso la plaza más despejada que pudieran la guarda tedesca y española, á costa de algunas bregas que hicieron por detrás cíclopes á sus dueños.

Encaramándose á un tablado don Cleofas y su camarada muy falsos á ver la fiesta, haciéndose aire con los sombreros como si tal no hubiera pasado por ellos, y asechándolos unos alguaciles, porque en estas ocasiones siempre quiebra la sogá por lo más forastero, habiendo dejarretado el toro, llegaron desde la plaza á caballo, diciéndoles: Señor licenciado y señor Cojo, bajen acá, que los llama el señor corregidor. Y haciendo don Cleofas y su compañero orejas de mercader, comenzaron los ministros ó vaqueros de la justicia á quererlo intentar con las varas, y agarrándose cada uno de la suya á vara por barba, dijeron á los tales ministros, quitándoselas de las manos de cuajo: Sigannos vuestras mercedes si se atreven á alcanzarnos; y levantándose por

el aire, parecieron cohetes voladores, y los dichos alguaciles capados de varas pedian á los gorriones favor á la justicia, queitándose suspensos y atribuyendo la agilidad de los nuevos volatines á sueño, haciendo tan alta punta los dos halcones, salvando á Guadalcazar, del ilustre marqués de este título, del claro apellido de los Córdoba, que dieron sobre el Rollo de Eciija, diciéndole el Cojuelo á D. Cleofas: Mirá qué gentil árbol berroqueño que suele llevar hombres como otros fruta. ¿Qué columna tan grande es esta? le pregunto D. Cleofas. El celebrado Rollo del mundo, le respondió el Cojuelo. ¿Luego esta ciudad es Eciija? repitió D. Cleofas. Esta es Eciija, la más fértil poblacion de Andalucía, dijo el Diablillo, que tiene aquel sol por armas á la entrada de esa hermosa puente, cuyos ojos rasgados lloran Genil, caudaloso rio que tiene su solar en Sierra Nevada, y despues haciendo con el Darro maridaje de cristal, viene á calzar de plata estos hermosos edificios y tanto pueblo de Abril y Mayo.

De aquí fué Garcí Sanchez de Badajoz, aquel insigne poeta castellano; y en esta ciudad solamente se coge el galardón, semilla que en toda España no nace, además de otros veinte y cuatro frutos sin sembrarlos de que se vale para vender la gente necesitada; su comarca tambien es fertilísima. Montilla cae á mano izquierda, habitacion

de los heróicos marqueses de Priego, Córdoba y Aguilares, de cuya gran casa salió para honra de España el que mereció llamarse Gran Capitan por antonomasia, y hoy á su marqués ilustrísimo se le ha acrecentado la casa de Feria, por morir sin hijos aquel gran portento de Italia, que malogró la fortuna de envidia, cuyo gran sucesor, siendo mudo, ocupa á grandezas en silencio elocuentes las lenguas de la fama. Más abajo está Lucena del alcaide de los Donceles, duque de Cardona, en cuyo océano de blasones se anegó la gran casa de Lerma. Luego Calra, celebrada por su sima tan profunda, como la antigüedad de sus dueños pregona con la lengua de sus almenas que es del inclito duque de Sesa y Soma, y que la vive hoy su entendido y bizarro heredero. Luego Osuna se ofrece á la demarcacion de estos ilustres edificios, blasonando con tantos maestros Girones la altivez de sus duques. Veinte y dos leguas de aquí cae la hermosísima Granada, paraíso de Mahoma, que no en vano la defendieron tanto sus valientes africanos españoles, de cuya Alhambra y Alcazaba es alcaide el nobilísimo marqués de Mondejar, padre del generoso conde de Tendilla, Mendozas del Ave María y credo de los caballeros. No nos olvidemos de Guadix, ciudad antigua y celebrada por sus melones, y mucho más por el divino ingenio del doctor

Mira de Mescua, hijo suyo y arcediano.

Cuando iba el Cojuelo refiriendo esto, llegaron á la plaza Mayor de Eciija, que es la más insigne de la Andalucía, y junto á una fuente que tiene en medio de jaspe, con cuatro ninfas gigantes de alabastro derramando lanzas de cristal, estaban unos ciegos sobre un banco de piés, y mucha gente de capa parda de auditorio, cantando la relacion muy verdadera que trataba de cómo una maldita dueña se habia hecho preñada del diablo, y por permiso de Dios habia parido una manada de lechones, con un romance de D. Alvaro de Luna, y una letrilla contra los demonios, que decia

Lucifer tiene muermo,
Satanás sarna,
Y el Diablillo Cojuelo
Tiene almorranas.
Almorranas y muermo,
Sarna y ladillas,
Su mujer se las quita
Con tenacillas.

El Cojuelo le dijo á D. Cleofas: ¿Qué te parece los testimonios que nos levantan estos ciegos, y las sátiras que nos hacen? Ninguna raza de gente se nos atreve á nosotros si no son estos que tienen más ánimo que los mayores ingenios; pero esta vez me lo han de pagar castigándose ellos mismos por sus propias manos, y daré de camino venganza á las dueñas, porque no hay en el mundo quien no las quiera mal, y nosotros las te-

nemos grandes obligaciones, porque nos ayudan á nuestros embustes, que son demonias hembras. Y sobre la entonacion de las coplas metió el Cojuelo cizaña entre los ciegos, que rempujándose primero, y cayendo de ellos en el pilon de la fuente, y esotros en el suelo, volviéndose á juntar se mataron á palos, dando barato de camino á los oyentes, que les respondieron con algunos puñetes y coeces. Y como llegaron á Eciija con las varas de los alguaciles de Córdoba, pensando que traian alguna gran comision de la corte, llegó la justicia de la ciudad á hacerles fiesta y á lisonjearlos con ofrecerles sus posadas; y ellos, valiéndose de la ocasion, admitieron las ofertas con que fueron regalados como cuerpos de rey; y preguntándoles qué negocio era el que traian para Eciija, el Cojuelo les respondió que era contra los médicos y boticarios y visita general de beatas; y que á los médicos se les venia á vedar que despues de matar á un enfermo no les valiese la mula por sagrado; y que cuando no se saliese con esto, por lo menos á los boticarios que errasen las purgas, que no pudiesen ser castigados si se retrajesen en los cementerios de las mulas de los médicos, que son los ancas, y que á las beatas se les venia á quitar el tomar tabaco, beber chocolate y comer jigote. Parecióle al alguacil mayor, que no era lerdo, y tenía su punta de hacer jácaras y entremeses, que hacian burla

de ellos, y quiso agarrarlos para dar con ellos en la treña y despues sacudirles el polvo y batanarles el cordoban por embelecadores, embusteros y alguaciles chanflones; y levantando el Cojuelo una polvareda de piedra azufro y asiendo á D. Cleofas por la mano, se desaparecieron entre la cólera y resolucion de los ministros ecijanos, dejándolos tosiendo y estornudando, dándose de cabezadas unos á otros sin entenderse, haciendo los neblíes de la más oscura Noruega puntas á diferentes partes; y dejando á la derecha á Palma, donde se junta Genil con Guadalquivir por el Vicario de las Aguas, villa antigua de los Bocanegras y Portocarreros, de quien fué dueño aquel gran cortesano y valiente caballero D. Luis Portocarrero, cuyo corazon excedió muchas varas á su estatura, y luego á la Moncloba, bosque deliciosísimo, y monte de Clovio, valeroso capitan romano, y posesion hoy de otro Portocarrero y Enriquez no menos gran caballero que el pasado, y á la hermosa villa de Fuentes, de quien fué marqués el bizarro y no vencido D. Juan Claros de Guzman el Bueno, que despues de muchos servicios á su rey murió en Flandes con lástima de todos y envidia de más, hijo de la gran casa de Medina Sidonia, donde todos sus Guzmanes son Buenos por apellido, por sangre y por sus personas esclarecidas, sin tocar al pelo de la ropa á Marchena, habi-

tacion noble de los duques de Arcos, marqueses que fueron de Cádiz, de quien hoy es meritísimo señor el excelentísimo duque don Rodrigo Ponce de Leon, en quien se cifran todas las proezas y grandezas heróicas de sus antepasados, columbrando desde más lejos á Villanueva del Rio, de los marqueses de Villanueva, Enriquez y Riberas, y hoy de Antonio Alvarez de Toledo y Beaumont, marqués suyo y duque de Huesca, heredero ilustre del gran duque de Alba, condestable de Navarra.

Llegaron de un vuelo los dos pajarotes de camarada, no siendo esta la mayor pareja que habian corrido, al pié de la cuesta de Carmona, en su dilatada, fértil y celebrada vega, donde les anocheció, diciéndole D. Cleofas al amigo: Camarada, descansemos un poco, que ya es mucho pajarear este, y nos metemos á lechuzas silvestres, que la serenidad de la noche y el verano brindan á pasarla en el campo. Soy de ese parecer, dijo el Cojuelo, tendamos la raspa en este pradillo junto á este arroyo, espejo donde se están tocando las estrellas, porque aguardan á la madrugada visita del sol, gran turco de todas esas señoras. Y D. Cleofas, poniendo el ferreruelo por cabecera y la espada sobre el estómago, acomodó el individuo, y estando boca arriba paseando con los ojos la bóveda celestial, cuya fábrica portentosa al más ciego gentil obliga á rastrear

que la mano de su artífice es de Dios, y de gran Dios, le dijo al camarada: ¿No me dirás, pues has vivido en aquellos barrios, si esas estrellas son tan grandes como esos astrólogos dicen cuando hablan de su magnitud, y en qué cielo están y cuántos cielos hay, para que no nos den papilla cada día con tantas tan y diversas opiniones, haciéndonos bobos á los demás con líneas y coluros imaginados; y si es verdad que los planetas tienen epiciclos, y el movimiento de cada cielo, desde el primer móvil al remiso y al trepidante, y dónde están los signos de estos luceros escribanos, porque yo desengañe al mundo y no nos vendan imaginaciones por verdades? El Cojuelo le respondió: Don Cleofas, nuestra caída fué tan apriesa, que no nos dejó reparar en nada; y á fé que si Lucifer no se hubiera traído tras de sí la tercera parte de las estrellas, como repiten tantas veces en los autos del Corpus, aún hubiera más en que haceros más garatusas la astrología. Esto todo sea con perdón del antojo del Galileo y del gran D. Juan de Espina, cuya célebre casa y peregrina silla son ideas de el raro ingenio, que yo hablo de antojos abajo como de tejas, y salvo la obrica de estos señores antojadizos que han descubierto al sol un lunar en el lado izquierdo, y en la luna han lineado montes y valles, y han visto á Venus Cornuta. Lo que yo sé decir que el poco tiempo que estuve

por allá arriba nunca oí nombrar la Bocina, el Carro, la Espica virgínia, la Ursa mayor ni la Ursa menor, las Pléyadas ni las Eliades, nombres que los de la astrología les han dado; y esa que llamaron Via Laetca, y ahora los vulgares Camino de Santiago, por donde anda tanto el cojo como el sano, que si esto fuera así, yo tambien por lo cojo habia de andar por aquel camino, siendo hijo de vecino de aquella provincia. Ya en estas razones últimas se habia agradecido al sueño el tal D. Cleofas, dejando al compañero de posta como grulla de la otra vida, cuando un estruendo los clarines y cabalgaduras le despertó sobresaltado, recelando que se le llevaba á otra parte más desacomodada el que le habia agasajado hasta allí; pero el Cojuelo le sosegó diciendo: No te alborotes, D. Cleofas, que estando conmigo no tienes que temer. Pues ¿qué ruido tan grande es este? le replicó el estudiante. Yo te lo diré, dijo el Cojuelo, si acabas de despertar y me escuchas con atencion.

TRANCO VII

El estudiante se incorporó entonces, su-
pliendo con bostezos y e perezos lo que le
faltaba por dormir, y prosiguió el Diablillo
diciendo: Todo este estruendo trae consigo
la casa de la Fortuna, que pasa al Asia Ma-
yor á asistir á una batalla campal entre el

Mogor y el Sofí, para dar la victoria á quien menos la mereciera. Escucha y mira que ésta que pasa en su recámara, y en lugar de acémilas van mercaderes y hombres de negocios que dicen, cargados de cajas de moneda de oro y plata, con reposteros bordados encima, con las armas de la Fortuna, que son los cuatro vientos, y un harpon en una torre moviéndose á todos cuatro; sogas y garrotes del mismo metal que llevan; con ir tanto peso van descansados á su parecer. Esta tropa innumerable que pasa ahora mal concertada es de oficiales de boca, cocineros, mozos de cocina, botilleros, reposteros, despenseros, panaderos, veedores y la demás canalla que toca á la bucólica. Estos que vienen ahora á pié con fieltros blancos, terciados por los hombros, son lacayos de la Fortuna, que son los mayores ingenios que ha tenido el mundo, entre los cuales va Homero, Píndaro, Anacreonte, Virgilio, Ovidio, Horacio, Silió Itálico, Lucano, Claudiano, Estacio, Papirio, Juvenal, Marcial, Catulo, Propercio, Petrarca, Sanázaro, el Taso, el Bembo, el Dante, el Guarino, el Ariosto, el caballero Marino, Juan de Meana, Castillejo; Gregorio Hernandez, García Sánchez, Camoes y otros muchos que han sido en diferentes provincias príncipes de la poesía. Por cierto que han medrado poco, dijo el estudiante, pues no han pasado de lacayos de la Fortuna. No hay en su casa,

dijo el Cojuelo, quien tenga lo que merece.

¿Qué escena iron es este tan lucido con joyas de diamantes y cadenas y vestidos lloviendo oro y perlas, prosiguió el estudiante, que llevan tantos pajes en cuerpo, que los alumbran con tantas hachas blancas, y van sobre filósofos antiguos que los sirven de caballos, de tan malos talles, que los más son corcovados, cojos, mancos, calvos, narigones, tuertos, zurdos y balbucientes? Estos son, dijo el Cojuelo, potentados, príncipes y grandes señores del mundo que van acompañando á la Fortuna, de quien han recibido los estados y las riquezas que tienen, y con ser tan poderosos y ricos, son los más necios y miserables de la tierra. Buen gusto ha tenido la Fortuna por cierto, dijo don Cleofas; bien se le parece que tiene nombre de mujer, que escoge lo peor. Primero lo debieron á la naturaleza, respondió el Cojuelo, y prosiguió diciendo: Aquel gigante que viene sobre un dromedario con un ojo, y ese ciego solamente en la mitad de la frente, con un árbol en las manos de suma magnitud, lleno de bastones, mitras, laureles, hábitos, capelos, coronas y tiaras, es Polifemo, que despues que le cegó Ulises, le ha dado la Fortuna á cargo aquella escarpia de dignidades, para que las reparta á ciegos, y va siempre junto al carro triunfal de la Fortuna, que es aquel que le tiran cincuenta emperadores griegos y romanos, y ella vie-

ne cercada de faroles de cristal, con cirios pascuales encendidos dentro de ellos, sobre una rueda llena de arcaduces de plata, que siempre está llenándolos y vaciándolos de viento; esotro pié en el elemento mismo, que está lleno de camaleones que le van dando memoriales y ella rompiéndolos. Ahora vienen siguiéndola sus damas en elefantes, con sillones de oro sombreados de balajes, rubíes, y crisólitos. La primera es la Necedad, camarera mayor suya, y aunque sea muy favorecida. La Mudanza es esotra, que va dando cédulas de casamiento, y no cumpliendo ninguna. Esotra es la Lisonja, vestida á la francesa de tornasoles de aguas, y lleva en la cabeza un íris de colores por tocado, y en cada mano cien lenguas. Aquella que la sucede vestida de negro, sin oro ni joya, de linda cara y talle, que viene llorosa, es la Hermosura, una dama muy noble y muy olvidada de los favores de su ama. La envidia la sigue y la persigue, con un vestido pajizo bordado de basiliscos y corazones. Siempre esa dama, dijo don Oleofas, come grosura, que es halcon de las alcandoras de palacio. Esotra que viene, prosiguió el Cojuelo, que parece que va preñada, es la Ambicion, que está hidrópica de deseos y de imaginaciones. Esotra es la Avaricia, que está opilada de oro, y no quiere tomar el acero porque es más bajo metal. Aquellas que vienen con tocas largas y anteojos sobre

minotauros son la Usura, la Simonía, la Mohatra, la Chisme, la Baraja, la Soberbia, la Invencion, la Hazañería, dueñas de la Fortuna. Los que vienen galanteando á estas señoras todas y alumbrándolas con antorchas de colores diferentes son ladrones, fulleros, astrólogos, espías, hipocritas, monederos falsos, casamenteros, noveleros, corredores, glotones, y borrachos. Aquel que viene sobre el asno de oro de Lucio Apuleyo es Creso, mayordomo mayor de la Fortuna, y á su mano izquierda Astolfo, su caballero mayor. Aquellos que van sobre cubas con ruedas y belicómenes en las manos, dando carcajadas de risa, son sus gentiles hombres de la copa, que han sido taberneros de corte primero. Aquella escuadra de salvajes que vienen en jumentos de albarda son contadores, tesoreros, escribanos de raciones, administradores, historiadores, letrados, correspondientes, agentes de la Fortuna, y llevan manos de almireces por plumas, y por papel pieles avahadas.

Tras de estos viene una silla de manos bordada de trofeos para las visitas de la Fortuna: los silleros son Pitágoras, Diógenes, Aristóteles, Platon y otros filósofos, con camisolas y calzones de tela de nácar, herdados los rostros con esos y clavos. Aquellos que vienen ahora de tres en tres, sobre tumbas enlutadas á la jineta y la brida, son médicos de la cámara y de la familia, boticarios

y barberos de la Fortuna. Ahora cierra todo este escuadron y acompañamiento aquella prodigiosísima torre andante, que es la de Babilonia, llena de gigantes, de enanos, de bailarines y representantes, de instrumentos músicos y marciales, de voces, de algazaras que se ven y oyen por infinitas ventanas que tiene el edificio coronadas de luminarias, y flechando girándulas y cohetes voladores; y en un balcón muy grande de la fachada va la Esperanza, una jayana vestida de verde, muy larga de estatura, y muchos pretendientes por abajo á pié, soldados, capitanes, abogados, artífices y profesores de diferentes ciencias, mal vestidos, hambrientos y desesperados, dándola voces; y con la confusion no se entienden los unos á los otros, ni los otros á los unos. Y por otro balcón del lado derecho va la Prosperidad coronada de espigas de oro y vestida de brocado de tres altos, bordado de las cuatro estaciones del año, sembrando talegos sobre muchos menecatos ricos, que van en literas roncando, que no los han menester y piensan que los sueñan. Ahora sigue á todo este aparato una infinita tropa de carros largos, llenos de comida y vestidos de mujeres y de hombres, que es la guardaropa de la Fortuna; y con ir tantos como la siguen desnudos y hambrientos, no les dan un bocado que coman ni un trapo con que se cubran; y aunque los repartiera con ellos no les viniera bien, que

están hechos solamente á medida de los dichosos. Seguía este carruaje un escuadron volante de locos á pié y á caballo, y en coches, con diferentes formas, que habian perdido el juicio de varios sucesos de la Fortuna por mar y por tierra, unos riéndose, otros llorando, otros cantando, otros callando y todos renegando de ella; y no tomaba de otros parecer, diligencia para no acertar nada, desapareciendo toda esta máquina confusa una polvadera espantosa, en cuyo temeroso pié-lago se anegó toda esta confusion, llegando el día, que fué mucho no se perdiera el sol con la grande polvadera, como don Beltran de los planetas.

Subiéronse los dos camaradas la cuesta arriba á la recién bautizada ciudad de Carmona, atalaya del Andalucía, de cielo tan sereno, que nunca le tuvo, y adonde no han conocido el catarro sino es para servirle; y tomando refresco de unos conejos y unos pollos en un meson que se dice de los Caballeros, pasaron á Sevilla, cuya Giralday torre tan celebrada se descubre desde la venta de Peromingo el Alto, tan hijo de vecino de los aires, que parece que se descabre en las estrellas. Admiró mucho á don Cleofas el sitio de su dilatada poblacion, y de la que hacen tantos diversos hajeles en el Guadalquivir, valla de cristal de Sevilla y de Triana, distinguiéndose de más cerca la hermosura de sus edificios, que parece que han

muerto vírgenes y mártires, porque todos están con palmas en las manos, que son las que se descuellan de sus peregrinos pensiles entre tantos cidros, naranjos, limones, laureles y cipreses; llegando en breve espacio á Torreblanca, una legua larga de esta insigne ciudad, desde donde comienza su calzada y los caños de Carmona, hermosísima puente de arcos, por donde entra el río Guadaira de Sevilla, cuya hidrópica sed le bebe todo, sin dejar apenas una gota para tributar al mar, que es solamente el río en todo el mundo que está privilegiado de este pocho; haciendo mayor la belleza de esta entrada infinitas granjas por una parte y por otra, que en cada una se cifra un jardín terrenal, granizando azahares, mosquetas y jazmines reales. Y al mismo tiempo que ellos iban llegando á la puerta de Carmona atisbó el Cojuelo entrar por ella á caballo con vara alta, y los dos corchetes que sacó del infierno, á Cienllamas; y volviéndose á don Cleofas, le dijo: Aquel que entra por la puerta de Carmona es comisario de mis amos, que viene contra mí á Sevilla, menester es guardarnos. No se me da dos blancas, dijo don Cleofas que yo estoy matriculado en Alcalá, y no tiene ningun tribunal jurisdiccion en mi persona; y fuera de eso, dicen que es Sevilla lugar tan confuso, que no nos halarán, si queremos, todos cuantos hurones tienen Lucifer y Bercebú.

Entrándose en la ciudad los dos á buen paso, y guiando el Cojuelo, la barba sobre el hombro, fueron hilvanando calles, y llegando á una plazuela reparó don Cleofas en un edificio suntuoso de unas casas que tienen una portada ostentosa de alabastro y unos corredores dilatados de la misma piedra. Preguntóle don Cleofas al Cojuelo qué templo era aquel; y él le respondió que no era templo, aun cuando tenia tantas cruces de Jerusalem del mismo relieve de mármol, sino las casas de los duques de Alcalá, marqueses de Tarifa, condes de los Morales y adelantados mayores de Andalucía, cuya grandeza ha heredado hoy el gran duque de Medinaceli por falta de hijos herederos, que aunque fuera mayor no le hiciera más, que por Fox y Cerda es lo más que puede ser. Ya conocco ese príncipe, dijo don Cleofas y le he visto en la corte, y es tan generoso y entendido como gran señor. Con esta plática llegaron á la cabeza del rey don Pedro, cuya calle se llama del Candilejo, y atravesando por Cal de Abades, la Borciguenería y plazuela del Atambor, llegaron á las calles del Agua, donde tomaron posada, que son las más recatadas de Sevilla.

En este tiempo á nuestro astrólogo ó mágico se lo habia llevado de una apoplejía el demoñuelo Zurdo, que sustituió el Cojuelo, y bajó á pedir justicia á Lucifer en el hueso del alma, con las mondaduras del cuerpo,

del quebrantamiento de su redoma; y doña Tomasa, no olvidando los desaires de don Cleofas, trataba con otra requisitoria de venir á Sevilla, con un galan nuevo que tenia, soldado de los galeones, para tomar venganza, casándose con el licenciado Vireno de Madrid la Olimpa de mala mano, sabiendo que se habia escapado allá. Don Cleofas y su camarada no salian de su posada por desmentir las espías de Cienllamas y de Chiapa y Redina; y subiéndose á un terrado una tarde, de los que tienen todas las casas de Sevilla, á tomar el fresco, y á ver desde lo alto más particularmente los edificios de aquella pupulosa ciudad, estómago de España y del mundo, que reparte á todas las provincias de ella la sustancia de lo que traga á la Indias en plata y oro, que es avestruz de la Europa, pues digiere más generosos metales, espantándose don Cleofas de aquel numeroso ejército de edificios, tan epilgado que si se derramara no cupiera en toda la Andalucía, le dijo á su compañero: Enséñame desde aquí algunas particularidades, si se descubre á la vista. El Cojuelo le dijo: Ya por aquella torre que descubrimos desde tan léjos discurrirás que esa bellissima fábrica que está arrimada á ella es la iglesia mayor, y mayor templo de cuantos fabricó la antigüedad ni el siglo de ahora reconoce. No quiero decirte por menudo sus grandezas; basta afirmarte que su cirio pascual pesa

ochenta y cuatro arrobas de cera, y el candelero de tinieblas, de grandeza notable, es de bronce, y de tanta ostentacion y artificio, que si fuera de oro no hubiera costado tanto. Su custodia es otra torre de plata, de la misma fábrica y modelo; su trascero no perdonó piedra exquisita y preciosa á los minerales; su monumento es un templo portátil de Salomon. Pero salgámonos de ella, que aun con las relaciones ni los pensamientos no podemos los demonios pasearla, y vuelve los ojos á aquel edificio que se llama la Lonja, cortada del pernil de San Lorenzo el Real, diseño de don Felipe II, y á mano derecha de ella está el Alcázar, posada real y antigua de los reyes de Castilla, fértil albergue de la primavera, de quien es ilustrísimo alcaide el conde duque de Santúcar la Mayor, gran atlante del Hércules de España, cuya prudentísima cabeza es el reloj del gobierno de su monarquía, que á no estar labrado el Buen Retiro, fábrica de inimitable ejemplar, por el edificio, los jardines y estanques, tuviera este palacio sevillano la primacía de todas las casas reales del mundo, poniendo en primer lugar el real salon que la majestad del rey don Felipe IV el Grande ha copiado su divina idea, donde todas las admiraciones vienen cortas, y las mayores grandezas enjauladas.

Más adelante está la casa de la Contratacion, que tantas veces se ve enladrillada de

barras de oro y de plata. Luego está la casa del bizarro conde de Cantanilla, gran cortesano, galán y palaciego, airoso caballero de la plaza, crédito de sus aplausos y alegría de sus reyes, que esto confiesan los toros de Tarifa y de Jarama cuando cumplen con sus rejonos como con la parroquia. Luego está junto á la puerta de Jerez la gran casa de Moneda, donde siempre hay montones de oro y de plata como de trigo, y junto á ella el aduana, tarasca de todas las mercaderías y del mundo, con dos bocas, una á la ciudad y otra al río, donde está la torre del Oro y el muelle, chupadera de cuanto traen amontonado los galeones en los tuétanos de sus camarotes. A mano derecha está la puente de Triana, de madera, sobre trece barcos.

Mas abajo pues en el márgen del celebrado río, las Cuevas, monasterio insigne de la cartuja de San Bruno, que con profesar el silencio mudo vive á la lengua del agua. A esta otra parte sobre la orilla de Guadalquivir está Gelves, donde todos los romances antiguos de moros iban á jugar cañas, y hoy es de sus ilustres condes y del gran duque de Veragua, hijo y retrato de tan gran padre, que es para no tener á mundos miedo, Portugal y Colon, Castro y To. c. o. Soltáronsete, dijo D. Cleofas, los consonantes, camarada. Cuidado fué y no descuido, respondió el Cojuelo, porque me daba más

que prosa el dueño de estas alabanzas. Y prosiguió diciendo: Allí es el Alamillo, donde se pescan los sábalos, albures y zollos; y más abajo cae el Algaba de los esclarecidos marqueses de este título, de Ardales, y condes de Teba, Guzmanes en todo. De esotra parte cae el Castellar de los Ramirez y Saavedras, y á la vuelta Villamanrique de los Zúñigas, de la gran casa de Béjar, cuyo último malogrado marqués fué Guzman dos veces Bueno, sobrino del gran patriarca de las Indias, capellan y limosnero mayor del Rey, cuya generosa piedad se taracea con su oficio y con su sangre, y hermano del gran duque de Sidonia, cuyo sόlio es Sanlúcar de Barrameda, corte suya, que está ese río abajo, siendo Narciso del Océano y generalísimo del Andalucía y de las costas del mar de España; á cuyo bastón, y siempre planta vencedora, obedece el agua y la tierra, asegurando á su Rey toda su monarquía en aquel promontorio donde asiste para blason del mundo. Y pues ya llega la noche, y de estas alabanzas no puedo salir menos que callando para encarecerlas, dejemos para mañana lo demás: bajándonos del terrado á tratar que se aderezase la cena, y á salir un poco por la ciudad á su insigne alameda, que hizo y adornó con las dos columnas de Hércules el conde de Barajas, asistente de Sevilla, y despues de Castilla dignísimo presidente.

TRANCO VIII

Ya para ejecutar su designio habia tomado doña Tomasa, que siempre tomaba, por cumplir con su nombre y su condicion, una litera para Sevilla, y una acémila en que llevar algunos baules para su ropa blanca, y algunas galas con las del dicho galan soldado, que metiéndose los dos en la litera, partieron de Madrid como unos hermanos, con la requisitoria que hemos referido. A nuestro astrólogo no le habian dado sepultura sobre las barajas de un testamento que habia hecho unos dias antes, y descubrieron en un escritorio unos deudos suyos, y estaba la justicia poniendo en razon esta litispendencia. Y el Cojuelo y don Cleofas, que habian dormido hasta las dos de la tarde, por haber andado rondando la noche antes la mayor parte de ella por Sevilla, despues de haber comido algunos pescados regalados de aquella ciudad y del pan que dicen de Gallego, que es el mejor del mundo, y habiendo dormido la s'esta, bien que el compañero siempre velaba haciendo diligencias para lisonjear á su dueño en razon de su delito, se subieron al dicho terrado, como la tarde antes, y enseñándole algunos particulares edificios á su compañero de los que habian que ado sin referir la tarde antes, en aquel golfo de pueblos, suspiró dos

veces don Cleofas, y preguntóle el Cojuelo: ¿De qué te has acordado, amigo? ¿Qué memorias te han dividido esas dos exhalaciones de fuego del corazon á la boca? Camarada, le respondió el estudiante, acordéme de la calle Mayor de Madrid y de su insigne pasco á estas horas, hasta dar en el Prado. Fácil cosa será verle, dijo el Cojuelo, tan al vivo como está pasando ahora; pide un espejo á la huéspedea, y tendrás el mejor rato que has tenido en tu vida, que aunque yo por la posta en un abrir y cerrar los ojos te pudiera poner en él, porque las que yo conozco comun alas de viento por cebada, no quiero que dejemos á Sevilla hasta ver en qué paran las diligencias de Cienllamas y las de tu dama, que viene caminando acá, y me hallo en este lugar muy bien, porque alcanzan á él las conciencias de las Indias.

A este mismo tiempo subia á su terrado Rufina María, que así se llamaba la huéspedea, dama entre nogal y granadillo, por no llamarla mulata, gran piloto de los rumbos más secretos de Sevilla y alfaneque de volar una bolsa de breton desde su faltriguera á las garras de tanta doncellita poniente como venian á valerse de ella. Iba en jubon de holland blanca acuchillado, con unas enaguas blancas de cotonía, zapato de ponlevi, con sscarpin sin media, como es usanza en esta tierra entre la gente tapetada, que á estas horas se subia á su azotes á tocar de la tarántula,

con un peine y un espejo que podia ser de armar; y el Cojuelo, viendo la ocasion, se le pidió con mucha cortesía para el dicho efecto, diciendo: Bien puede estar aquí la señora huésped, que yo sé que tiene inclinacion á estas cosas. ¡Ay, señor! respondió la Rufina María, si son de nigromancia, me pierdo por eso, que nací en Triana, y sé echar las habas y andar el cedazo mejor que cuantas hay de mi tamaño; y tengo otros primores mejores, que fiaré de vuestras mercedes, si me la hacen, aunque todos los que son entendidos me dicen que son disparates. No dicen mal, dijo el Cojuelo, pero con todo eso, señora Rufina María, de tan gran talento se pueden fiar los que yo quiero enseñar á mi camarada; esté atenta. Y tomando el espejo en la mano, dijo: Aquí quiero enseñarles á los dos lo que á estas horas pasa en la calle Mayor de Madrid, que esto solo un demonio lo puede hacer y yo. Y adviértase que en las alabanzas de los señores que pasaren, que es mesa redonda, que cada uno de por sí hace cabecera, y que no es pleito de arcedores, que tienen unos antelaciones á otros. ¡Ay señor! dijo la tal Rufina, comience usted, que será mucho de ver, que yo cuando niña estuve en la corte con una dama, que se fué tras de un caballero del hábito de Calatrava que vino á hacer aquí unas pruebas, y despues me volvieron mis padres á Sevilla, y quedé con grande inclinacion á esa calle, y

me holgaria de volverla á ver, aunque sea en este espejo. Apenas acabó de decir esto la huésped, cuando comenzaron á pasar coches, carrozas, literas sillas y muchos caballeros á caballo, y tanta diversidad de hermosuras y de galas, que parecia que se habian soltado abril y mayo y desatado las estrellas. Y don Cleofas con tanto ojo por ver si pasaba doña Tomasa, que todavía la tenia en el corazon, sin haberse templado con tantos desengaños. ¡Oh proclive humanidad nuestra, que con los malos términos se abraza, y con los agasajos se destemplan! Pero la tal doña Tomasa á aquellas horas ya habia pasado de Illescas en su litera de dos yemas.

La Rufina María estaba sin juicio mirando tantas figuras como en aquel retrato del mundo iban representando papeles diferentes, y dijo al Cojuelo: Señor huésped, enséñeme al Rey y á la Reina, que los deseo ver, y no quiero perder esta ocasion. Hija, le respondió el Cojuelo, en estos paseos ordinarios no salen sus majestades; si quiera ver sus retratos al vivo, presto ilegaremos adonde cumplo su deseo. Sea en buena hora, dijo la Rufina, y prosiguió diciendo: ¿Quién es este caballero y gran señor que pasa ahora con tanto lucimiento de lacayos y pajes en ese coche que puede ser carroza del sol? El Cojuelo le respondió: Este es el almirante de Castilla don Juan Alonso Enriquez de Cabrera, duque de Medina de Rioseco y conde de Me-

dica, terror de Francia en Fuenterrabía. ¡Ay, señor! dijo la Rufina, aquél nos echó los franceses de España. Dios le guarde muchos años. Él y el gran marqués de los Vélez, respondió el Cojuelo, fueron los Pelayos segundos sin segundo de su patria Castilla. ¿Quién viene en aquella carroza que parece de la Primavera? preguntó la Rufina. Allí viene, dijo el Cojuelo, el conde de Oropesa y Alcaudete, sangre de Toledo, Pimentel y de la real de Portugal, príncipe de grandes partes; y el que va á su mano derecha es el conde de Luna, su primo, Quiñones y Pimentel, señor de la casa de Benavides en Leon, hijo primogénito del conde de Benavente, que es Luna, que tambien resplandeca de día. El conde de Lemos y Andrade, marqués de Sarria, pertiguero mayor de Santiago, Castro y Enriquez, del gran duque de Arjona, viene en aquel coche, tan entendido y generoso como gran señor, y en esotro el conde de Monterey y Fuentes, presidente de Italia, que ha venido de ser virrey de Nápoles, dejando de su gobierno tanto aplauso á las dos Sicilias, y sucediéndole en esta dignidad el duque de las Torres, marqués de Heliche y de Toral, señor del Castillo de Aviados, sumiller de corps de su majestad, príncipe de Astillano y duque de Sabioneta, que este título es el más compatible con su grandeza, á quien acompaña con no menos sangre y divino ingenio de Italia el marqués

de Alcañizas, Almansa, Enriquez y Borja. Allí viene el condestable, prudentísimo Velasco, gentil hombre de la cámara de su majestad, con su hermano el marqués del Fresno. El duque de Híjar le sigue, Silva y Mendoza y Sarmiento, marqués de Alenquer y Ribadeo, gran cortesano y hombre de á caballo, grande en entrambas sillas, que por el último título que hemos dicho tiene privilegio de comer con los reyes la pascua de este nombre. Va con él el marqués de los Balbases Epínola, cuyo apellido puso su gran padre sobre las estrellas. Allí va el conde Altamira, Moscoso, Sandoval, gran señor y caballero en todo, caballero mayor de su majestad de la reina. Allí pasa el marqués de Pobar Aragon con don Antonio Aragon, su hermano, del consejo de Ordenes, y del supremo la de Inquisición. Los que atraviesan en aquel coche ahora son el marqués de Jodar y el conde de Peñaranda, del Consejo Real de Castilla, ambos Simancas de la jurispericia, como de la nobleza. ¿Quién son aquellos dos mozos que van juntos, preguntó Rufina, de una misma edad, y al parecer que llevan llaves doradas? El marqués de la Hinojosa, respondió el Cojuelo, conde de Aguilar y señor de los Camareros, Ramirez de Arellano es el uno, y el otro es el marqués de Aitona, favorecedor de música y de la poesía, que heredó hasta la posteridad de su padre, entrambos camaristas.

¿Qué coche es aquel tan lleno que va espumando sangre generosísima en tantos bazarros mozos? preguntó la tal huéspedea. Es el duque del Infantado, dijo el Cojuelo, cabeza de los Mendozas y Sandoval de Varon, marqués de Santillana y del Cenete, conde de Saldaña y del Real de Manzanares, hijo y retrato de tan gran padre. Los que van con él son el marqués de Almenara, el más bizarro, galán y bien visto de la corte, hijo del gran marqués de Orani; el almirante de Aragon, perfecto caballero; el marqués de San Roman, caballero de veras, heredero del gran marqués de Velada, rayo de Oran, de Holanda y Zelanda, y su hermano el marqués de Salinas, que iguala el alma con el cuerpo, copias vivas de tan gran padre; y don Inigo Hurtado de Mendoza, primo del duque del Infantado, grandes caballeros todos y señores que bien pueden alabarse á sí mismos con decir quién son, que todas las lenguas de la fama no bastan. Va con ellos don Francisco de Mendoza, gentil hombre cortesano, favorecido de todos y diestro en entrambas sillas, de la espada blanca y negra. ¿Qué tropa es esta que viene ahora á caballo? preguntó la Rufina. Si pasan á espacio, te lo diré, dijo el Cojuelo; estos dos primeros son el conde de Melgar y el marqués de Peñafiel, que llevan en sus títulos sus aplausos; don Baltasar de Zúñiga, el conde de Brandevilla, su hermano, hijos del marqués

de Mirabel, y que lo parecen en todo; el conde de Medellín, Portocarrero de Varon, y el príncipe de Arembergue, primogénito del duque de Ariscot; el marqués de la Guardia, que tiene título de ángel; el marqués de la Liseda, Silva y Manrique de Lara, y Diego Gomez de Sandoval, comendador mayor de Calatrava, marqués de Villazores, Añoover y Humanes; D. Baltasar de Guzman y Mendoza, heredero de la gran casa de Orgaz; Arias Gonzalo, primogénito del conde de Puñonrostro, imitando las bizarrías de su padre y afianzando las imitaciones de su muy invencible abuelo. Allí viene el conde de Molina y D. Antonio de Mesía de Tobar, su hermano, siendo crédito recíprocamente el uno del otro, y entre ellos D. Francisco Luzon, blason de este apellido en Madrid, cuyo magnánimo corazón hallará estrecha posada en un gigante. Va con él D. José de Castrejon, de su suyo, gran caballero, y ambos sobrinos del ilustrísimo presidente de Castilla. En este coche que les sigue viene el duque de Patrana, cabeza de los Silvas, estudioso príncipe y gran señor, con el marqués de Palacios, mayordomo del rey, y descendiente ún co de Men Rodríguez de Sanabria, señor de la Puebla de Sanabria y mayordomo mayor del rey D. Pedro; el conde de Garayal, gran señor, y el conde de Galve, su hermano del duque, molde de buenos caballeros, y en

quien se hallará, si se perdiera, la cortesía. Los demás que van acompañándole son hombres insignes de diferentes posesiones, que este es siempre su séquito. Viene hablando en otro coche con el príncipe de Esquilache su tío, y con el duque de Villahermosa D. Carlos, su hermano, éste del Consejo de Estado de S. M., y es otro príncipe de los ingenios. Va con ellos el duque mozo de Villahermosa D. Fernando, en quien lo entendido y bizarro corren parejas, y D. Fernando de Borja, comendador mayor de Montesa, de la cámara de su majestad, con veinte y dos cursos de virey, que se puede graduar de Caton Ulticense y Censorino. Allí viene el marqués de Santa Cruz, Naptuno español y mayordomo mayor de la reina, nuestra señora. Aquel es el conde de Alba de Aliste, con el marqués de Tabara y el conde de Puñonrostro; tras ellos el duque de Nochera, Héctor napolitano y gobernador hoy de Aragón. En ese coche que se sigue viene el conde de Cornuña, Mendoza y Hurtado, de las nueve musas, honra de los consonantes castellanos, en compañía del conde de la Puebla de Montalvan, Pacheco y Giron. Allí el marqués de Malagon, Ulloa, Saavedra y el marqués de Malpica, Barroso y Ribera, y el de Frómista, padre del marqués de Caracena, celebrado por Marte castellano en Italia, y el conde de Orgaz, Guzman y Mendoza de Santo Domingo, y San

Ildefonso, todos mayordomos del rey. Aquel que va en aquel coche es el marqués de Floresdávila, Zúñiga y Cueva, tío del gran duque de Alburquerque, que hoy está sirviendo con una pica en Flandes, capitán general de Oran, donde fué asombro del Africa, levantando las banderas de su rey veinte y cinco leguas dentro de la Barbaría. Allí va el conde de Castellano, napolitano Adónis. Allí va el conde de Garcies Quesada y andaluz bizarro; el marqués de Belmar, el marqués de Tarazona, conde de Ayala, Toledo y Fonseca; el conde de Santisteban y Cocentaina, y el conde de Cifuentes, divinos ingenios; el conde de la Calzada, y tras él el duque de Peñaranda, Sandoval y Zúñiga; y en otro coche D. Antonio Luna y D. Claudio Pimentel, del consejo de Ordenes, Castor y Polux de la amistad y de la generosidad.

¡Ay, señor! aquel que pasa en aquel coche, dijo la Rufina, si no me engaño es de Sevilla, y se llama Luis Ponce de Sandoval, marqués de Val de Encinas, y como que me crié en su casa. El Cojuelo le respondió: Es muy gran caballero y el más bienquisto que hay en esta tierra, ni en la corte, que no es pequeño encarecimiento. Y aquel con quien va es el marqués de Ayamonte, estirado título de Castilla, y Zúñiga de Varon, y no menos que él ese que viene en ese coche, el conde de la Puebla del Maestre, que tiene

más maestros en su sangre que condes, mozo de grandes esperanzas, y lo fuera de mayores posesiones si tuviera de su parte la atención de la fortuna. Allí pasa el conde de Castrillo Haro, hermano del gran marqués del Carpio, presidente de Indias, y tras él el marqués de Ladrada y el conde de Baños, padre é hijos, Cerdas, de la gran casa de Medinaceli. Esotro es el marqués de los Trujillos, bizarro caballero, y tras ellos el conde de Fuensalida, con D. Jaime Manuel, de la cámara de su majestad, y hermano del duque de Maqueda y Nájera, que hoy gobierna el tridente de ambos mares. Dígame Vd., señor licenciado, dijo la Rufina, ¿qué casas suntuosas son esas que están en frente de estas joyerías? Son del conde de Oñate, dijo el Cojuelo, timbre esclarecidísimo de los Ladrones de Guevara, Mercurio mayor de España y conde de Villamediana, hijo de un padre que hace emperadores, y es hoy presidente de Ordenes. Y aquellas gradas que están en frente, prosiguió Rufina, tan llenas de gente, ¿de qué templo son, ó qué hacen allí tanta variedad de hombres vestidos de diferentes colores? Aquellas son las gradas de San Felipe, respondió el Cojuelo, convento de San Agustín, que es el mentidero de los soldados, de donde salen las nuevas primero que los sucesos.

¿Qué entierro es este tan suntuoso, preguntó D. Cleofas, que pasa por la calle Ma-

yor? que estaba tan aturrido como la mulata. Este es el de nuestro astrólogo, respondió el Cojuelo, que ayunó toda su vida, para que se le coman todos estos en su muerte; y siendo su retiro tan grande cuando vivió, ordenó que le paseasen por la calle Mayor despues de muerto en el testamento que hallaron sus parientes. Bellaco coche, dijo D. Cleofas, es un ataud para ese paseo. Los más ordinarios son esos, dijo el Cojuelo, y los que ruedan más en el mundo. Y ahora me parece, prosiguió diciendo, que estarán mis amos ménos indignados conmigo, pues la prenda que solicitaban por mí la tienen allá hasta que vaya esotra mitad, que es el cuerpo, á regalarse en aquellos baños de piedra azufre. Con sus tizonas se lo coma, dijo D. Cleofas, y la Rufina estaba absorta mirando su calle Mayor que no les entendió la plática; y volviéndose á ella el Cojuelo, le dijo: Ya vamos llegando, señora huésped, donde cumpla lo que desea, que es la Puerta del Sol y la Plaza de Armas de la mejor fruta que hay en Madrid. Aquel a bellísima fuente de lapislázuli y alabastro es la del Buen Suceso, adonde, como en p'eito de acreedores, están los aguadores gallegos y comitos gozando de sus antelaciones para hinchir de agua sus cántaros. Aquella es la Victoria, de frailes mínimos de San Francisco de Paula, retrato de aquel humilde y seráfico portento que en el palacio de Dios

ocupa el asiento de nuestro soberbio príncipe Lucifer; y mira en frente los retratos que yo la prometí enseñar (sin estar la dicha mulata en la plática que hacía D. Cleofas había dirigido el tal Cojuelo), y diciendo: ¡Qué linda hilera de señores, que parece que están vivos! El rey nuestro señor es el primero, dijo el Cojuelo. ¡Qué hombre está dijo la mulata. ¡Qué bizarros bigotes tienen! ¡Y cómo parece rey en la cara y en el arte! ¡Qué hermosa que está junto á él la reina nuestra señora, y qué bien vestida y tocada! Dios nos la guarde. Aquel niño de oro que se sigue luego, ¿quién es? El príncipe nuestro señor, dijo Cleofas, que picaso quelo crió Dios en la turquesa de los ángeles. Dios le bendiga, replicó Rufina, y mi ojo no le haga mal; y viviendo más que el mundo, nunca herede á su padre, y viva su padre más siglos que tiene almenas en su monarquía. ¡Ay, señor! replicó Rufina, ¿quién es aquel caballero, que al parecer está vestido á lo turquesco, con aquella señora tan linda al lado vestida á la española? No es, dijo el Cojuelo, traje turquesco, que es la usanza húngara como ha sido rey de Hungría, que es Ferdinando de Austria, cesáreo emperador de Alemania y rey de romanos, y la emperatriz su esposa María, serenísima infanta de Castilla, que hasta los demonios, volviéndose á D. Cleofas, celebramos sus grandezas. ¿Quién es aquel de tan hermosa

cara y tan alentadas guedejas, preguntó la mulata, que está también en la cuadrilla vestido de soldado, tan galán, tan bizarro y tan airoso, que se lleva los ojos de todos, y tiene tanto auditorio mirándole? Aquel es el serenísimo infante D. Fernando, respondió el Cojuelo, que está por su hermano gobernando los Estados de Flandes, y es arzobispo de Toledo y cardenal de España, y ha dado al infierno las mayores entradas de franceses y holandeses que ha tenido jamás, después que se representa en él la eternidad de Dios, aunque entren las de Jerjes y Darío, y pienso que ha de hacer dar grada á mujeres de las luteranas, calvinistas y protestantes que siguen la secta de sus maridos, tanto, que los más de los días vuelve el dinero el purgatorio. Gana me da, si pudiera, dijo la mulata, de darle mil besos. En país, está, dijo don Cleofas, que tendrá el original bastante mercadería de eso, que esta ceremonia dejó Judas sembrada en aquellos países. ¡Oh como me pesa, dijo la Rufina, que va anocheciendo y encubriéndose el concurso de la calle Mayor! Ya todo ha bajado al Prado, dijo el Cojuelo, y no hay nada que ver en ella; tome usted su espejo, que otro día le enseñaremos el río de Manzanares, que se llama el río porque se rie de los que van á bañarse en él, no teniendo agua, que solamente tiene regalada arena, y pasa el verano de noche como río nayar-

risco, siendo el más merendado y cenado de cuantos rios hay en el mundo. El de más caudal es él, dijo don Cleofas pues lleva más hombres mujeres y coches que pescados los dos mares. Ya me espantaba yo, dijo el Cojuelo, que no volvais por tu rio; respóndele eso al vizcaíno que dijo: O vende puente, ó compra rio. No ha menester mayor rio Madrid, dijo don Cleofas, pues hay muchos en él que se ahogan en poca agua, y en menos se ahogara aquel regidor que entró en el ayuntamiento de las ranas del molino quemado. ¡Que galante eres, dijo el Cojuelo, don Cleofas, hasta con tus regidores! Bajándose con esto de la azotea, y la Rufina protestando al Cojuelo que le habia de cumplir la palabra el dia siguiente. Todo lo cual y lo demás que sucediere se deja para estotro tranco.

TRANCO IX.

Y saliéndose al ejercicio de la noche pasada, aunque las calles de Sevilla en la mayor parte son hijas del laberinto de Creta, como el Cojuelo era el Tesco de todas, sin el ovillo de Ariadna, llegaron al barrio del Duque, que es una plaza más ancha que las demás, ilustrada de las ostentosas casas de los duques de Sidonia, como lo muestra sobre sus armas, y coronel un niño con una daga en la mano, segundo Isaac en el hecho,

como esotro en la obediencia, en el dicho, que murió sacrificado á la lealtad de su padre don Alonso Perez de Guzman el Bueno, alcaide de Tarifa; aposento siempre de los asistentes de Sevilla, y hoy del que con tanta aprobacion lo es el conde de Salvatierra, gentilhombre de la cámara del señor infante don Fernando y segundo Licurgo de gobierno. Y al entrar por la calle de las Armas, que se sigue, luego á siniestra mano, en un gran cuarto bajo cuyas rejas rasgadas descubrian algunas luces, vieron mucha gente de buena capa, sentados con grande orden, y uno en una silla con bufete delante una campanilla, recado de escribir y papeles y dos acólitos á los lados y algunas mujeres con mantos, de medio ojo, sentadas en el suelo, que era un espacio que hacian los asientos; y el Cojuelo le dijo á don Cleofas: Esta es una academia de los mayores ingenios de Sevilla, que se juntan en esta casa á conferir cosas de la profesion y hacer versos á diferentes asuntos; si quieres, pues eres hombre inclinado á esta habilidad, étrate á entretener dentro, que por huéspedes y ferastros no podemos dejar de ser muy bien recibidos. Don Cleofas le respondió: En ninguna parte nos podemos entretener tanto, entremos norabuena. Y trayendo en el aire, para entrar más de rebozo, el Cojuelo dos pares de anteojos, con sus cuerdas de guitarra para las orejas, que se los quitó á dos

descortesés, que con este achaque palian su descortesía, que estaban durmiendo, por ejercerla de noche y de día, entraron muy severos en la dicha academia, que patrocinaba, con el agasajo que suele, el conde de Torre Ribera y Saavedra y Guzman, cabeza y varon de los Riberas. El presidente era Antonio Ortiz Melgarejo, de la insignia de San Juan, ingenio eminente en la música y en la poesía, cuya casa fué siempre el museo de la poesía y de la música. Era secretario Alvaro Cubillo, ingenio granadino, que habia venido á Sevilla á algunos negocios de su importancia, excelente cómico y grande versificador, con aquel fuego andaluz que todos los que nacen en aquel clima tienen, y Blas de las Casas era fiscal, espíritu divino en lo divino y humano. Eran entre los demás académicos conocidos don Cristóbal de Rosas y don Diego de Rosas, ingenios peregrinos que han honrado el poema dramático, y don García Coronel y Salcedo, Fénix de las letras humanas y primer Píndaro andaluz.

Levantáronse todos cuando entraron los forasteros, haciéndolos acomodar en los mejores lugares que se hallaron. Y sosegada la academia al repique de la campanilla del presidente, habiendo referido algunos versos de los sujetos que habian dado en la pasada y que daban fin en los que entonces habia leído, con una silva al Fénix, que leyó doña Ana

Caro, décima musa sevillana, les pidió el presidente á los dos forasteros que por honrar aquella academia repitiesen algunos versos suyos, que era imposible dejar de hacerlos muy buenos los que habian entrado á oír los pasados; y don Cleofas sin hacerse más de rogar, por parecer castellano entendido y cortesano de nacimiento, dijo: Yo obedezco con este soneto que escribí á la gran máscara del Rey nuestro señor, que se celebró en el Prado alto, junto al Buen Retiro, tan grande anfiteatro, que borró la memoria de los antiguos griegos y romanos. Callaron todos, y dijo en alta voz, con accion bizarra y airoso ademán, de esta suerte:

SONETO.

Aquel que mas allá de hombre vestido,
De sus propios augustos esplendores,
Al sol por virey tiene, y en mayores
Climas su nombre estrecha esclarecido;
Aquel que sobre un céfiro nacido,
Entre los ciudadanos, moradores
Del Betis, á quien más que pació flores
Plumas para ser pájaro ha bebido;
Aquel que á luz y á tornos desafia,
En la mayor palestra que vió el suelo,
Cuanta le ve estrellada monarquía,
Es, á pesar del bárbaro desvelo,
Felipe el Grande, que árbitro del día,
Está partiendo imperios con el cielo.

Aplaudiéndolo toda la academia con vítores y un dilatado estruendo festivo, y aperebiéndose el Cojuelo para otro, destosién-

dose, como es costumbre, dijo de este modo á un sastre, tan caballero que no queria cortar los vestidos de sus amigos, remitiéndolos á su maese barrilete:

SONETO.

Pánfilo, ya que los eternos dioses,
 Por el secreto fin de su juicio,
 No te han hecho tribuno ni patricio,
 Con que á la dignidad del César oses;
 Razon será que el ánimo reposes,
 Haciendo en tí oblacion y sacrificio,
 Que dicen que no acudes á tu oficio,
 Estos que cortan lo que tú no coses.
 Los ojos vuelve á tu primer estado,
 Las togas cose, y de vestir las deja.
 Que un plebeyo no aspira al consulado.
 Esto, Pánfilo, Roma te aconseja.
 No digan que de plumas que has hurtado
 Te has querido vestir como corneja.

El soneto fué aplaudido de toda la academia, diciendo los más noticiosos de ella que parecia epigrama de Marcial, ó en su tiempo compuesto de algun poeta que lo quiso imitar; y otros dijeron que adolecia del doctor de Villahermosa, divino Juvenal arazonés; pidiendo el conde de la Torre á don Cleofas y al Cojuelo que honrasen aquella junta lo que estuviesen en Sevilla y que dijese el nombre: supuestos con que habian de asistir-la, como se usó en la Corusca y en las academias de Capua, de Nápoles, de Roma y de Florencia en Italia y como se acostumbraba

en aquella. Don Cleofas dijo que se llamaba el Engañado y el Cojuelo el Engañador, sin entenderse el fundamento que tenian los dos nombres, y repartiendo los asuntos para la academia venidera, nombraron por presidente de ella al Engañado, y por fiscal al Engañador, porque el oficio de secretario no se mudaba, haciéndoles esta lisonja por forasteros y porque les pareció á todos que eran ingenios singulares. Y sacando una guitarra una dama de las tapadas, templada sin sentirlo, con otras dos, cantaron á tres voces un romance excelentísimo de don Antonio de Mendoza, soberano ingenio montañés y dueño eminentísimo del estilo lírico, á cuya divina música vendrán estrechos todos los agasajos de su fortuna. Con que se acabó la academia de aquella noche, dividiéndose los unos de los otros para sus posadas, aunque todavía era temprano, porque no habian dado las nueve, y don Cleofas y el Cojuelo se bajaron hácia la alameda, con pretexto de tomar el fresco en el Almenilla, baluarte bellissimo que resiste á Guadalquivir, para que no anegue aquel gran pueblo en las continuas y soberbias avenidas suyas. Y llegando á vista de San Clemente el Real, que estaba en el camino á mano izquierda, convento ilustrísimo de monjas, que son señoras de todo aquel barrio y de vasallos fuera de él, patronazgo magnífico de los reyes, fundado por el santo rey Fernando, porque el dia de su advocacion

ganó aquella ciudad de los moros, le dijo el Cojuelo á don Cleofas: Este real edificio es jaula sagrada de un serafin ó Serafina, que fué primero dulcísimo ruseñor del Tajo, cuya divina y extranjera voz no cabe en los oídos humanos, y sube en simétrica armonía á solicitar la capilla empírea, prodigio nunca visto en el diapason ni en la naturaleza; pero no por eso privilegiada de la envidia.

A estos hipócritas iba dando carrete, verdades pocas veces ejecutadas de su lengua, cuando al revolver otra calle, pocas veces paseada á tales horas de nadie, oyeron grandes carcajadas de risa y aplausos de regocijo en una casa baja, edificio humilde, que se indicaba de jardín, por unas pequeñas verjas de una reja algo alta del suelo, que malparía algunos relámpagos de luces, escasamente conocidos de los que pasaban. Y preguntóle al Cojuelo don Cleofas qué casa era aquella donde había tanto regocijo á aquellas horas. El Diablillo le respondió: Este se llama el garito de los pobres, que aquí se juntan ellos y ellas, despues de haber perdido todo el día, á entretenerse y á jugar y á nombrar los puestos donde han de mendigar esotro día, porque no se encuentren unas limosnas con otras; entrémonos dentro y nos entretendremos un rato, que sin ser vistos ni oídos, haciéndonos invisibles con mi buena maña, hemos de registrar este cónclave de San Lázaro. Y con estas palabras, tomando á don Cleo-

fas por la mano, se entraron por un balconcillo que á la mano derecha tenía la enemiga habitacion; porque en la puerta tenían puesto portero, porque no entrasen más de los que ellos quisiesen y los que fuesen señalados de la mano de Dios; y bajando por un caracolillo á una sala baja, algo espaciosa, cuyas ventanas salian á un jardinillo de ortigas y malvas, como de gento que había nacido en ellas, lo hallaron ocupado, con mucha órden, de los pobres que habían venido, comenzando á jugar al rento y limetas de vino de Alanis y Cazalla, que en aquel lugar nunca lo hay razonable; y algunos mirones sentados también y en pié. La mesa sobre que se jugaba era de pino, con tres piés y otro supuesto, que podía pedir limosna con ellos, un candelero de barro, con una antorcha de breá, y los naipes con dos dedos de moño hacia ceniza de puro manejados de aquellos príncipes; y el barato que se sacaba se iba poniendo sobre el candelero. A estotra parte estaba el estrado de las señoras, sobre una estera de esparto, de retorno del invierno pasado, tan remendados todos y todas, que parece que les habían cortado de vestir de jaspes de los maladares. Y entrando don Cleofas y su compañero y diciéndo una pobre, fué todo uno: Ya viene el Diablo Cojuelo. Alteróse pues don Cleofas, y dijo á su camarada: Juro á Dios que nos han conocido. No te sobresaltes, respondió el Diablillo,

que no nos han conocido ni nos pueden ver, como te previne, que el que ha dicho la palabra que viene es aquel que entra ahora, que trae una pierna de palo y una muleta en la mano, y se viene quitando la montera, y entre ellas le llaman el Diablo Cojuelo, por mal nombre, que es un trapaza, embustero y ladrón, y estoy harto cansado con él y con esotros porque le nombran así; que es una sátira que me han hecho con esto, y que yo he sentido mucho; pero esta noche pienso que me lo ha de pagar, aunque sea con la mano del gato, como dicen. Muy grande atrevimiento, dijo don Cleofas, ha sido quererlas apostar contigo, siendo tú el demonio más travieso del infierno, no te la hará nadie que no te la pague. Estos pobres, dijo el Cojuelo, como son de Sevilla, campan también de valientes, y reñirán con los diablos; pero no se alabará, si yo puedo, éste de haber salido horro de esta chanza, que en el mundo se me han atrevido solamente tres linajes de gentes: representantes, ciegos y pobres, que los demás embusteros y gente de este género pasan por demonios como yo.

En esto se había acomodado ó sentándose en el suelo el Pié de palo, Diablo Cojuelo, segundó de este nombre, diciendo muchas galanterías á las damas. Y entró el Morciélagó, llamado así porque pedía de noche á gritos por las calles, con Sopa en vino, que le había encontrado agazapado en una taberna, y

sacado por el rastro de los mosquitos que de él salían, como de la cuba de Sahagún. Convidóles con su asiento el Chicharrón y el Gallo: el uno que cantaba pidiendo por las fiestas en verano y despertando los lirones; el otro mendigaba por las madrugadas, y tomando el suelo por mejor asiento, porque cualquiera cosa más alta lo desvanecía. Y estando en esto, entró un pobre en un carreton, á quien llamaban el Duque, y todos se levantaron, ellos y ellas, á hacerle cortesía; y él, quitándose un sombrerillo que había sido de un carril de un pozo, dijo: Por mi amor que estén quedos y quedas, ó me volveré á ir. Temieron el desfavor; y acercándose el muchacho que le traía el carreton á la mesa donde se jugaba, pidió cartas. Faraón, que era uno de los del juego, llamado de esta suerte porque pedía con plagas á las puertas de las iglesias, y el Sargento, nombrado así porque tenía un brazo menos, le dijeron que los dejase jugar su excelencia, que estaban picados, que después harían lo que les mandaba; viniéndose el Duque con el marqués de los Chapines, que era un pobre que andaba arrastrando, y de la cintura arriba muy galán, y estaba entreteniéndose las damas, diciendo: Con vusía me vengo, que está más bien parado; y á ninguno de los dos les habían las damas menester para nada. La Postillona, llamada así porque pedía á las veinte limosna, no dejando calle

ni barrio que no anduviese cada día, tuvo palabras con la Berlinga, tan larga como el nombre, que había sido senda de Esgueva á Zapardiel, sobre celos del Duque; y la Paulina, que apellidaban así porque maldecía á quien no le daba limosna, se picó con la Galeona, que llamaban de esta suerte porque andaba artillada de niños que alquilaba para pedir, sobre haber dicho unas malas palabras al Marqués, sin dar causa su señoría á ello, metiéndose la Lagartija y la Mendruga á revolverles más, y el Pié de palo á las vueltas con las Fuerzas de Hércules, que eran dos pobres uno sobre otro, que á no meterse Zampalimosnas, que era el garitero, de por medio, y Pericon el de la Barqueta, y Embudo el Temerario, Tragadardos, Zancayo, Peruétano y Ahorcasopas, hubiera un paloteado, entre los pobres y pobras, de los diablos. El Duque y el Marqués interpusieron sus autoridades, y para quitarlo de todo punto enviaron por un particular, que trajo luego Pié de palo, para pagarlo de bonete, que fueron unos ciegos y una gaita zamorana, que muy cerca de allí se recogían, que fué menester pagárselo adelantado porque se levantasen, y se concertó en treinta cuartos, y dijo el Duque que no se había pagado tan caro particular jamás, por vida de la Duquesa. Y al mismo tiempo que entró Pié de palo con el particular, se entró tras ellos Cienllamas, con la vara en la pe-

trina, y Chispa y Redina con él, preguntando: ¿Quién es aquí el Diablo Cojuelo? Que he tenido soplo que está aquí en este garito de los pobres, y no me ha de salir ninguno de este aposento hasta reconocerlos á todos, porque me importa hacer esta prision. Los pobres y las pobras se escarapelaron viendo la justicia en su garito; y el verdadero Diabolo Cojuelo, como quien veja la capa al toro, dejó á Cienllamas cebado con el pobrismo, y por el caracolillo se volvieron á salir del garito él y don Cleofas. Este es, dijo el Duque, señalando á Pié de palo, que nosotros, ni hombres como nosotros, no hemos de defender de la justicia á hombres tan delincuentes, tomando venganza de algunos embustes que les había hecho en las limosnas de la sopa de los conventos; y agarrando con él Chispa y Redina, comenzó á pedir ¡g esía á grandes voces Pié de palo, que en un bodegon hiciera lo mismo, queriendo darles á entender que era ermita, y no garito, donde estaban, y que todos y todas habían venido á hacer oracion á ella. El tal Cienllamas y Chispa y Redina comenzaron á sacarle arastrando, diciéndole, entre algunos puñetes y mojicones: No penseis, ladrón, que os habeis de escapar con esos embustes de nuevas manos, que ya os conocemos. Entonces el Conde, metiendo las manos en los chapines, dijo: ¿Por qué hemos de consentir que no cont adiga el Duque que lleve preso un

alguacil á un pobrete como el Cojuelo? Por vida de la Condosa que no le ha de llevar, y haciéndose los demás pobres y pobras de su parte y apagando las luces, comenzaron con los asientos y con las muletas y bordones á zamarrearle á él y á sus corchetes á oscuras, tocándoles los ciegos la gaita zamorana y los demás instrumentos, á cuyo son no se oían los unos á los otros, acabando la culebra con el día y con desaparecerse los apaleados.

TRANCO X.

En este tiempo llegaban á Gradas don Cleofas y su camarada, tratando de mudarse de aquella posada, porque ya tenia rastro de ellos Cienllamas, cuando vieron entrar por la posta, tras un postillon, dos caballeros soldados vestidos á la moda, y díjole el Cojuelo á don Cleofas: Estos van á tomar posada y apearse á Caldevayona ó á la Pagería, y es tu dama y el soldado que viene en su compañía, que por acabar más presto la jornada, dejaron la litera y tomaron postas. Juro á Dios, dijo don Cleofas, que lo he de ir á matar antes que se apee y á cortarle las piernas á doña Tomasa. Sin riesgo tuyo se hará todo eso, dijo el Cojuelo, ni sin tanta demostracion pública; gobiérnate por mí ahora, que yo te dejaré satisfecho. Con eso me has templado, dijo don Cleofas, que

estaba loco de celos. Ya sé qué enfermedad es esa, pues se compara á todo el infierno junto, dijo el Diablillo, vámonos á casa de nuestra mulata, almorzarás y conmutarás en sueños la pendencia; y acuérdate que has de ser presidente de la academia, y yo fiscal. Pardiez, dijo don Cleofas, todo se me habia olvidado con la pesadumbre; pero es razon que cumplamos nuestras palabras como quien somos. Y habiéndose mudado de la posada de Rufina otro día á otra de la Morería, mas recatada, pasaron los que faltaron para la academia en estudiar y escribir los sujetos que les habian dado y en hacer don Cleofas una oracion para preludeo de ella, como es costumbre y obligacion de las presidencias de tales actos; y llegando el día, se aderezaron lo mejor que pudieron, y al anochecer partieron á la palestra, donde les esperaban todos los ingenio con admiraciones de los suyos, y con los mismos antojos de la preñez pasada se fueron sentando en los lugares que les tocaban; y haciendo señal con la campanilla para obligar al silencio, don Cleofas, llamado el Engañado en la academia, hizo una oracion excelentísima en verso de silva, cuyos números ataron los oídos al aplauso, y desataron los asombros á sus alabanzas. Y en pronunciando la última palabra, que es el *Dixi*, volviendo á resonar el pájaro de plata, dijo: Yo quiero parecer presidente en publicar ahora, despues

de mi oracion, unas pragmáticas que guarden los divinos ingenios que me han constituido en esta dignidad, leyendo de esta manera un papel que traia doblado en el pecho: «Pragmáticas y ordenanzas que se han de guardar en la ingeniosa academia sevillana desde hoy en adelante.»

Y porque se celebren y publiquen con la solemnidad que es necesaria, sirviendo de atabales los cuatro vientos, y de trompetas el músico de Tracia, tan marido que por su mujer *descendit ad inferos*; y Arion, que, siendo de los piratas con quien navega arrojado al mar por robarle, le dió un delfín en su escamosa espalda, al son de su instrumento, jamugas para que no naufragase, *et cetus, et Amphion Thebanæ conditor urbis*; y pregonera la Fama, que penetra provincias y elementos, y secretario que se las dicte Virgilio Maron, príncipe de los poetas, digan de esta suerte:

Don Apolo, por la gracia de la poesía, rey de las musas, príncipe de la Aurca, conde y señor de los oráculos de Delfos y Delo, duque del Pindo, archiduque de las dos Fuentes del Parnaso, y marqués de la fuente Cavalina, etc. A todos los poetas heróicos, épicos, trágicos, cómicos, ditirámicos, dramáticos, autistas, entremeseros, bailaristas y villancieres, y los demás del nuestro dominio, así seculares como eclesiásticos, salud y consonantes. Sepades, como advirtiendo

los grandes desórdenes y desperdicios con que han vivido hasta aquí los que manejan nuestros ritmos, y que son tantos los que sin temor de Dios y de sus conciencias componen, escriben y hacen versos, saltando y capeando de noche, y decir los estilos, conceptos y modos de decir de los mayores, no imitándolos con la templanza y perifrasis que aconseja Aristóteles, Horacio y César Escaligero y los demás censores que nuestra poética advierten, sino remendándose con centones de los otros y haciendo mohatras de versos, fullerías y trapazas. Y para poner remedio en esto, como es justo, ordenamos y mandamos lo siguiente:

Primeramente, se manda que todos escriban con lenguas castellanas, sin introducir las de otras lenguas; y que el que dijere fulgor, livar, númen, purpurear, meta, trámite, afectar, pompa, trémula, amago y dilio, ni otras de esta manera, ni introdujere proposiciones desatinadas, quede privado de poeta por dos academias, y á la segunda vez confiscadas sus sílabas y sembrados de sal sus consonates, como traidores á su lengua materna.

Item, que nadie lea sus versos en idioma de járame ni con gárgaras de algarabía en el gutur, sino en nuestra castellana pronunciación, pena de no ser oídos de nadie.

Item, por cuanto celebraron el Fénix en la academia pasada en tantos géneros de

versos, y en otras muchas ocasiones lo han hecho otros, levantándole testimonios á este ave, y llamándola hija y heredera de sí propia, pájaro del sol, sin haberle tomado una mano ni haberla conocido sino es para servirle, ni haber ningun testigo de vista de su nido, y ser alarbe de los pájaros, pues en ninguna region ha encontrado nadie su aduar. Mandamos que se ponga perpetuo silencio en su memoria, atento que es la alabanza supersticiosa y pájaro de ningun provecho para nadie; pues ni sus plumas sirven en las galas cortesanas ni militares, ni nadie ha escrito con ellas, ni su voz ha dado música á ningun melancólico, ni sus pechugas alimento á ningun enfermo, que es pájaro duende, pues dicen que le hay y no le encuentra nadie, y ave solamente para sí; finalmente, sospechosa de su sangre, pues no tiene abuelo que no haya sido quemado. Estando en el mundo el pájaro celeste, el cisne, el águila, que no era bobo Júpiter, pues la eligió por su embajatriz; la garza, el neblí, la paloma de Vénus, el pelícano, afrenta de los miserables, y finalmente, el capon de leche, con quien los demás son unos pícaros; éste sí que debe alabarse, y mátenle un fénix á quien sea su devoto cuando tenga más necesidad de comer. Dios se lo perdone á Claudiano, que celebró esta necedad imaginada para que todos los poetas pecasen en ella.

Item, porque á nuestra noticia ha venido que hay un linaje de poetas y poetisas hácia palaciegos, que hacen más estrecha vida que los monjes del Paular, porque con ocho ó diez vocablos solamente, que son crédito, descrédito, recato, desperdicio, ferrion, desman, atento, valido, desvalido, baja fortuna, estar falso, explayarse, quieren expresar todos sus conceptos y dejar á Dios solamente que los entienda. Mandamos que se les den otros cincuenta vocablos más de ayuda de costa del tesoro de la academia para valerse de ellos, con tal que, si no lo hicieren, caigan en pena de menguados y de no ser entendidos, como si hablaran en vascuence.

Item, que en las comedias se quite el desmensurarse los embajadores con los reyes, y que de aquí adelante no le valga la ley del mensajero. Que ningun príncipe en ellas se finja hortelano por ninguna infanta, y que á las de Leon se les vuelva su honra con chirimías, por los testimonios que las han levantado. Que los lacayos graciosos no se entremetan con las personas reales, sino es en el campo ó en las calles de noche, que para querer dormirse, sin qué ni para qué, no se diga: Sueño me toma, ni otros versos por el consonante, como decir: Ha rey porque es justísima ley, ni ha padre porque á mi honra más cuadre, ni las demás; á furia me provoó aquí, para entre los dos, y otras vilidades, ni que se disculpen sin

disculpase, diciendo: Porque un consonante obliga á lo que el hombre no piensa. Y al poeta que en ellas incurriere de aquí adelante, la primera vez le silben, y la segunda sirva á su majestad con dos comedias de Oran.

Item, que los poetas más antiguos se repartan por sus turnos á dar limosna de sonetos, canciones, madrigales, silvas, décimas, romances y todos los demás géneros de versos á poetas vergenzosos que piden de noche, y á recoger los que hallaren enfermos, comentando, ó perdidos en las soledades de don Luis de Góngora. Que haya una portería en la academia por donde se dé la sopa de versos á los poetas mendigos.

Item, que se instituya una hermandad y peralvillo contra los poetas monteses y jabalíes.

Item, mandamos que las comedias de moros se bauticen dentro de cuarenta dias, ó salgan del reino.

Item, que ningun poeta por necesidad ni amor pueda ser pastor de cabras ni de ovejas ni otra res semejante, salvo si fuere tan hijo pródigo que, disipando sus consonantes en cosas ilícitas, quedare sin ninguno sobre qué caer poeta; mandamos que en tal caso, en pena de su pecado, guarde cochinos.

Item, que ningun poeta sea osado á hablar mal de otros sino es dos veces en la semana.

Item, que al poeta que hiciera poema heroico no se le dé de plazo más que un año y medio, y lo que más tardare se entienda ser falta de la musa. Que á los poetas satíricos no se les dé lugar en las academias, y se tengan por poetas bandidos y fuera del gremio de la poesía noble, y que se pregonen las tallas de sus consonantes como de hombres facinerosos á la república. Que ningun hijo de poeta que no hiciera versos no pueda jurar por vida de su padre, porque parece que no es su hijo.

Item, que el poeta que sirviere á señor alguno muera de hambre por ello. Y al fin, estas pragmáticas y ordenanzas se obedezcan y ejecuten como si fueran leyes establecidas de nuestros príncipes, reyes y emperadores de la poesía. «Mándase pregonar porque vengan á noticia de todos.»

Celebradísimo fué el papel del Engañado por peregrino y caprichoso, sacando al mismo tiempo que le acababa otros del pecho del Engañador, llamado así en la academia y en los tres hemisferios, y fiscal de la presente, que decia desta manera:

«Pronóstico y lunario del año que viene al meridiano de Sevilla y Madrid, contra los poetas, músicos y pintores. Compuesto por Engañador, académico de la insigne academia del Betis, y dirigido á Perico de los Palotes, protodemonio y poeta de Dios te la depare buena.»

Interrumpiendo estas últimas razones un alguacil de los veinte, guarnecido de corchetes y tantos que si fueran de plata pudiera competir con la capitana y almiranta de los galeones, cuando vuelven de retorno con las entrañas del Potosí, y los corazones de los que los esperan y los traen. Doña Tomasa y su soldado, como entraron por la posta para entrar á la vista de la ejecucion de su requisitoria, la academia se alteró con la intempestiva visita, y el atrevido alguacil dijo: Vuestas mercedes no se alboroten, que yo vengo á hacer mi oficio y á prender no menos que al señor presidente, porque es orden de Madrid y la he de hacer de Evangelio Palotearon los académicos, y don Cleofas se espeluzó tanto cuanto; y el fiscal, que era el Cojuelo, le dijo: No te sobresaltes, don Cleofas, y déjate prender, no nos perdamos en esta ocasion, que yo te sacaré á paz y salvo de todo. Y volviendo á los demás, les dijo lo mismo y que no convenia en aquel lance resistencia ninguna, que si fuera menester, el Engañado y él meterian á todos los alguaciles de Sevilla las cabras en el corral. Hombre hay aquí, dijo un estudianton del Corpus, graduado por la feria y el pendon verde, que si es menester no dejará oreja de ministro á manteazos, siendo yo el menor de todos estos señores. El alguacil trató de su negocio sin meterse en más dimes ni diretes, deseando más que hubiese

dares y tomares. Y doña Tomasa estuvo, empuñada la espada y terciada la capa á punto de pelear, al lado de su soldado, que era sobre alentada muy diestra como habia tanto que jugaba las armas, hasta que vió sacar preso al que le negaba la deuda, libre de polvo y paja. El Cojuelo se fué tras ellos, y la academia se malogró aquella noche y murió de viruelas locas.

El Cojuelo, arrimándose al alguacil, le dijo aparte, metiéndole un bolsillo en la mano de trescientos escudos: Señor mio, usted ablande su cólera con ese diaquilon mayor, que son ciento y cincuenta doblones de á dos, respondiéndole el alguacil al mismo tiempo que los recibió: Ustedes perdonen el haberme equivocado, y el señor licenciado se vaya libre y sin costas más de las que le hemos hecho, que yo me he puesto á un riesgo muy grande, habiendo errado el golpe. El soldado y la señora doña Tomasa, que tambien habian regalado al alguacil, por más protestas que le hicieron entonces, no le pudieron poner en razon, y ya á estas horas estaban los dos camaradas tan léjos de ellos que habian llegado al rio, y al pasaje, que llaman, por donde pasan de Sevilla á Triana, y vuelven de Triana á Sevilla; y tomando un barco, durmieron aquella noche en la calle del Altozano, calle mayor de aquel ilustre arrabal; y la Vitigudiño y sugalan se fueron muy desairados á lo mismo á su posada,

y el alguacil á la suya, haciendo mil discursos con sus trescientos escudos, y el Cojuelo madrugó sin dormir, dejando al compañero en Triana, para espíar en Sevilla lo que pasaba acerca de las causas de los dos, revolviendo, de paso dos ó tres pependencias en el arenal.

El alguacil despertó más temprano con el alborozo de sus doblones, que había puesto debajo de las almohadas; y metiendo la mano no los halló, y levantándose á buscarlos se vió emparedado de carbon, y todos los aposentos de la casa de la misma suerte porque no faltase lo que suele ser siempre el dinero que da el diablo, y tan sitiado de esta mercadería que fué necesario salir por una ventana que estaba junto al techo; y en saliendo, se le volvió todo el carbon ceniza; que si no fuera así, tomara despues por partido dejar lo alguacil por carbonero, si fuera el carbon de la encina del infierno, que nunca se acaba. El Cojuelo iba dando notables risadas entre sí, sabiendo lo que le habia sucedido al alguacil con el soborno. Saliendo en este tiempo por Cal de Tintores á la plaza de San Francisco y habiendo andado muy pocos pasos, volvió la cabeza, y vió que le venian siguiendo Cienllamas, Chispa y Redina, y dejando las muletas, comenzó á correr, y ellos tras él á grandes voces, diciendo: Tengan ese cojo ladron; y cuando casi le echaban las garras Chispa y Redina,

venia un escribano del número bostezando, y metiósele el Cojuelo por la boca calzado y vestido, tomando iglesia la que más á su propósito pudo hallar. Quisieron entrarse tras él á sacarle de este sagrado Chispa, Redina y Cienllamas, y salió á defender su jurisdiccion una cuadrilla de sastres que les hicieron resistencia á agujazos y á dedalazos, obligando á Cienllamas a enviar á Redina al infierno por órden de lo que se habia de hacer; y lo que trajo en los aires fué que con el escribano y los sastres diesen con el Cojuelo en los infiernos. Ejecutóse como se dijo, y fué tanto lo que los revolvió el escribano, despues de haberle hecho gormar al Cojuelo, que tuvieron por bien los jueces de aquel partido echarlo fuera y que se volviese á su ex-critorio, dejándolo á los sastres en rehenes, para unas libreas que habian de hacer á Lucifer á la festividad del nacimiento del Antecristo. Tratando doña Tomasa, desengañada, de pasarse á las Indias con el soldado, y don Oleofas volverse á Alcalá á acabar sus estudios, habiendo sabido el mal suceso de la prision del Cojuelo, desengañado de que hasta los diablos tienen sus alguaciles, y que los alguaciles tienen á los diablos. Con que da fin esta novela, y su duño gracias á Dios, porque le sacó de ella con bien, suplicando á quien la leyere que se entretenga y no se puera en su leyenda, y verá qué bien se halla.

habeis de buscar?—Sí, señor; porque mi mujer siempre fué contraria á mis opiniones.»

CUENTO II

A un aldeano de Murcia, trocábanle cierta heredad, que tenia á la orilla del rio, con otra que estaba dentro de un cercado. La mujer rogábale que lo hiciese, y el aldeano nunca quiso conceder á sus ruegos. En este intermedio vino el rio tan grande que hubieron de huir de la heredad; y sobre todas las lástimas que dijo la mujer fué esta: «Dios os lo perdone, marido, el no querer trocar la tierra.»

CUENTO III

Habiéndole cubido en suerte á un honrado marido de casarse con una viuda mal domada, y él le diese del pan y del palo, ella fué á quejarse á sus parientes. Los parientes reprehendiendo al marido, que no habia de tratar así á su mujer, sino castigarla con buenas palabras, ofreciéndoles que así lo haria, la destrabada viuda regíase muy peor. El buen mancebo, por no quebrar su promesa, tomó un palo y escribió á la una parte estas palabras: *Pater noster* y á la otra, *Ave Maria* y como ella se desmandase, dióle con él. Volviéndose á quejar, y venidos los parientes, dijéronle que muy mal habia cumplido su palabra. Respondió el mance-

PRIMERA PARTE

DEL

SOBREMESA Y ALIVIO DE CAMINANTES

CUENTO PRIMERO

Un tamborinero tenia una mujer tan contraria á su opinion, que nunca cosa que le rogaba podia acabar con ella que la hiciese. Una vez, yendo de un lugar para otro, porque habia de tañer en unos desposorios, y ella caballera en un asno con su tamborino encima, al pasar de un rio, díjole: «mujer, cantad; no tangais el tamborino, que se espantará el asno.» Como si dijera tánelo, en ser en el rio sonó el tamborino, y el asno espantándose púsose en el fondo, y echó vuestra mujer al rio; y él por bien que quiso ayudalle no tuvo remedio. Viendo que se habia ahogado, fué á buscar rio arriba. Díjole uno que estaba mirando: «buen hombre, ¿qué buscáis?» Respondió: «mi mujer, que se es ahogada.—Señor; ¿y al contrario la

bo: «antes, señores, he cumplido lo que me mandasteis, que no la he castigado sino con buenas palabras; pero leed lo que en este palo está escrito.» Viendo su agudeza, no tuvieron que responder sino volverse á sus casas.

CUENTO IV

Viendo un labrador que en una higuera que tenia en su heredad se habian desesperado en ella, por discurso de tiempo, algunos hombres, teniéndolo por mal agüero determinó de cortalla; pero antes desto, presumiendo de gracioso, hizo hacer un pregon por la ciudad que si alguno habia que se quisiese ahorcar en su higuera, que se determinase dentro de tres dias, porque la queria cortar de su campo.

CUENTO V

Encontrando un dia el autor un amigo suyo en el mercado, y como era por la mañana que atravesaban muchas bestias por él, le dijo: «señor, despachad de compras, que van muchas bestias por el mercado.» Entonces el autor se paró diciendo: «no haré por cierto, porque yo parado sé que estoy agora.»

CUENTO VI

Vingué á Valencia un chocarrero fingint que sabia de alchimia, lo cual posá car-

tells, que al qui le donaria un ducat en or, ne tornaria dos; y al qui dos, quatre; y al qui tres, sis: en si tos-temps al doble. La gent per probarlo acudia en pochs ducats, y él devants ells posava la cantitat de cada hu en la cresola de terra, escrivint lo nom de quills portava en un paperet posat dins ella, y de allí á poches dies los tornava dobles. Cebantlos de esta manera, acudirent molts ab grosa cantidad y él desaparegué ab mes de mil ducats. Venint los burlats á regonexer las cresoles trovárenles vuides, ab escrits que deyen. «Casas con dol ab son cresol.» Y de llavós en «á ha restat est refrany entré la gent.

CUENTO VII

Estando un gentilhombre en conversacion de muchas cortesanas, hubo una que por tratalle de mísero le pidió de merced que le prestase medio cuarto. El gentilhombre, conociendo su malicia, y por asentalla en el grado que merecia, dijo: «medio, no, señora; pero tome uno, y quedarán pagados los cuatro.»

CUENTO VIII

Oyendo muchos estudiantes el curso de lógica, entró uno dellos, y no hallando lugar do asentarse, por ser grande en dos maneras, allegóse á otro menor diciendo que le hiciese lugar. El otro no queriendo, asíóle del

brazo y quitóle donde estaba, y asentóse diciéndo: «sede majeri.» El menor alzó de presto la mano diciéndo: «parece minori.»

CUENTO IX

Un chacotero que por hablar demasiadamente y burlarse de todos, llevaba un Dios nos libre aposentado en su rostro, encontrándose con un tuerto en el mercado de Valencia, y por burlarse dél le dijo: «qué es la causa, hermano, que tan de mañana habeis caminado veinte y cuatro leguas?» Respondióle de presto: «por haberme embarcado en vuestro bergantin.»

CUENTO X

Un mochacho, que su madre tenia fama de hacer plaacer y pasar la deshonesta vida, tiraba piedras acia unos gentileshombres que estaban parados al sol, por ser de invierno, al cual por vello tan mal criado dijo el uno dellos: «está quedo, rapaz, que por dicha darás á tu padre.»

CUENTO XI

En el tiempo que Roma florescia, florecieron tres cortesanas, dichas Laida, Lamia y Flor. A Laida vino á ver una vez el filósofo Demóstenes desde Grecia ó Corinto, por si era tan hermosa como lo habian notificado; y queriendo revolverse con ella, pi-

dióle tan gran cantidad, que le respondió riéndo: «perdóname, Laida: no permitan los dioses que compre tan caro el arrepentimiento.» ¡Extraño dicho, si el día de hoy se notase!

CUENTO XII

De Lamia se dice, que vino otro filósofo de Atenas para solamente vella y no para con ella ajuntarse, sino por ver si la podía apartar del mal camino que llevaba. Y viniendo á conversacion con ella, y contenta de hacer con él que fingidamente le habia recuestado, entráronse en un rico aposento que tenia. A lo cual dijo el filósofo que otro más escondido queria. Ella entonces metióle en otro que tenia, diciéndole: «cata aquí lugar, que no nos puede ver sino Dios.» Respondió el filósofo: «Dios? ¡Tanto que peor! Perdona, Lamia, que yo no haré un pecado tan sucio delante de Dios.» Si tal consideraran los cristianos del día de hoy, no pecarian tan á rienda suelta.

CUENTO XIII

De Flor se cuenta que, aunque mala, era muy honestísima, y sabia tanto, que preguntándole una mujer que tenia una hija, qué le enseñaria para que fuese buena, respondió: «si quieres que tu hija sea buena, enséñale desde niña que tenga temor de salir de casa, y vergüenza de hablar.» Preguatóle

otra, qué haría con una hija que tenía que se le comenzaba á levantar y á enamorar. Respondió: «el remedio para la moza alterada y liviana es no la dejar ociosa ni consentirle que ande bien vestida.» Preguntóle un hombre casado, que cuándo se allegaría á su mujer. Respondió: «cuando querrás ser menos de lo que eres.» Y más, en qué tiempo era bueno, respondió: «para el marido siempre; para los extraños en ninguno.»

CUENTO XIV

Cierto filósofo pobre, gentilico, por enseñar á pedir limosna á un hijo que tenía, algunos días llevábalo á las estatuas de piedra, y hacia que les pidiese con el bonete en la mano, y á cabo de rato, como no le respondiesen, volvía las espaldas. Visto esto por un ciudadano, preguntóle que por qué hacia aquello. Respondió: «porque aprendo á tener paciencia, la cual ha de ser naturalmente de los pobres.»

CUENTO XV

Estando en corrillos ciertos hidalgotes, vieron venir á caballo á un pastor con su borriquilla, y tomándolo en medio, por burlarse dél, dijéronle: «¿qué es lo que guardais, hermano?» El pastor, siendo avisado, respondióles: «cabrones guardo, señores.» Dijéronle: «¿y sabeis silbar?» Diciendo que

sí, importunáronle que silbase, por ver qué silbo tenía. Ya que hubo silbado, dijo el uno dellos: «qué, ¿no teneis mas recio silbo que ese?» Respondió: «sí, señores; pero este abasta para los cabrones que me oyen.»

CUENTO XVI

Habiendo perdido cierto gentilhombre gran cantidad de dinero á primera de Alemaña, levantándose muy airado de la mesa, y desenvainando de su espada dijo: «¿no hay ninguno que se mate conmigo?» Como todo hombre callase, á cabo de rato, por ser muy gran noche, asentóse en una silla, do luego fué adormido. Después, levantándose otro desesperado, porque tambien habia perdido, y desenvainando su espada, dijo: «¿quién es el que buscaba que me matase con él? Salga, si es hombre de su palabra.» Como el otro se hubiese despertado y lo oyesse, respondióle tomándole por la mano: «hermano, dormid un poco sobre ese negocio, como yo, que despues hablaremos.»

CUENTO XVII

Vino un gentilhombre de la corte á posar en una venta, que la ventera era viuda, la cual tenía una hija de quince años, y como fuese en invierno, ya despues de haber cenado, estándose todos calentándose alrededor del fuego, dijo la ventera: «qué hay de

nuevo en la corte, señor?» El gentilhombre por reirse le respondió: «lo que hay de nuevo, señora, es que ha mandado su majestad, por falta que hay de gente para la guerra, que las mujeres ancianas casen con mancebos, y las mozas con hombres ancianos.— ¡Ay, dijo la hija, en verdad, señor, que su majestad no hace lo que debe, ni parece bien ese mandamiento!» Respondió la ventera: «calla, rapaza, no digas eso; que lo que su majestad manda está bien mandado, y parecerá bien á todo el mundo; y Dios le alargue la vida.»

CUENTO XVIII

Comprado que hubo un notario á cierto labrador una carga de leña, descargándola en su casa, á la revuelta de ella estaba una azada; y como la viese el notario, dijo: «buen hombre, sobre esta carga de leña veo gran pleito.» Respondió el leñador: «¿de qué suerte?» Dijo el notario: «de suerte que os he comprado la carga así como estaba, y no podeis quitar la azada.» Respondió el labrador: «en fin, qué, ¿decís que hay pleito?—Sí lo hay, dijo el notario, viste que lo hay.—¿Vayan diez reales que no me la podeis poner á pleito?—Vayan, dijo el notario.—Idos son, dijo el labrador: ¿qué dice vuesa merced? Lo que digo es que por cuanto os he comprado la carga, es mía la azada y todo.

—¿Vuestra? respondió el labrador: séalo mucho enhorabuena; llévesela. Ya ve como no hay pleito y son mías las apuestas, y sé mas que vos.»

CUENTO XIX

A un cierto viejo corríanle los mochachos sobre cierta cosa que le decían. El cual astutamente, por desviar que los mochachos no se la dijiesen, compró confites, y topando con los que se la decían y los que no se acordaban dello dábales confites diciendo: «mochachos, tomad, porque me digais eso que me soleis decir.» De allí adelante no les quis dar más, y como los topaba decía: «mochachos, ¿por qué no me decís lo que solíades?—No diremos si no nos dais confites: ¿pensais que somos bobos?» Y desta suerte hizo callar los mochachos de lo que tanto se corría.

CUENTO XX

Viviendo marido y mujer como perro y gato, á causa de haberse casado contra su voluntad, viniendo un día á tal extremo que el marido la hubo de abofetear, y como ella supiese que dias pasados habia muerto un vecino suyo, sin haber sentimiento dello, empezó á desentonarse diciendo: «á este traidor, no hay justicia que le castigue, que piensa matarme así como á Fulano.» No

faltó quien lo sintiese, que luego fué acusado, y según sus confesiones condenado que le ahorcasen. Ya que lo llevaban á ahorcar, suplicó que lo dejasen hablar con su mujer. Venida, y parándose en el camino, por el deseo que tenía la buena mujer de ver el fin de sus días, le dijo: «marido, ¿para qué os vais? Andando y hablando; no perdamos tiempo.»

CUENTO XXI

Estando un vecino en casa de un compadre suyo para ampararle un ducado, que tenía grandísima necesidad dél, y viendo que estaba recostado en una silla medio durmiendo; por ver si estaba despierto ó no, dijo: «compadre, hacedme placer de dejar un escudo, si no dormís.» Respondió: «duermo.— ¿Pues quién me responde?» Replió: «vuestro descuido y mi provecho, pues no me volvisteis otro, que el otro día os presté.»

CUENTO XXII

Un rústico labrador, deseoso de ver al rey, pensando que era más que hombre, despidióse de su amo pidiéndole su soldada. El cual yendo á la corte, con el largo camino, acabáronsele las blanquillas. Allegado á la corte y visto el rey, viendo que era hombre como él, dijo: «¡oh, pésete á la puta que no me parió, que por ver á un hombre he gas-

tado todo lo que tenía, que no me queda sino medio real en mi poder! Y del enojo que tomó le empezó á doler una muela, y con la pasión de la hambre que le aquejaba no sabía que remedio se tomase, porque decía: «si yo me saco la muela, y doy este medio real, quedaré muerto de hambre; si me como el medio real, dolerme ha la muela.» Con esta contienda arrimóse á la tabla de un pasteleiro, por írsele los ojos tras los pasteles que sacaba. Y acaso vinieron á pasar por allí dos lacayos, y como le vieron tan embebecido en los pasteles, por burlarse dél dijéronle: «villano, qué, ¿tantos pasteles te atreverías á comer en una comida? — Pardiez que me comiese quinientos.» Dijeron: «¿quinientos? Librenos Dios del diablo.» Replió: «¡de poco se espantan vuestras mercedes!» Ellos que no, y él que sí, dijeron: «qué apostaréis?— ¿Qué, señores? Que si no me los comiese, que me saqueis esta primera muela: el cual señaló la que le dolía.» Contentos, el villano empezó de jugar de diente la hambre que tenía muy á sabor. Ya que estuvo harto, paró y dijo: «yo he perdido, señores.» Los otros muy regocijados y chacoteando llamaron á un barbero y se la sacaron, aunque el villano fingidamente hacia grandes extremos; y por más burlarse dél decían: «¿habeis visto este necio de villano, que por hartarse de pasteles se dejó sacar una muela?» Respondió él: «mayor necedad es la vuestra, que

me habeis muerto la hambre y sacado una muela que toda esta mañana me dolía.» En oír esto, los que estaban presentes tomaron-se á reír de la burla que el villano les habia hecho, y los lacayos pagaron, y de afrentados volvieron las espaldas y se fueron.

CUENTO XXIII

Allegándose á la ciudad de Sevilla un vizcaino y más que hidalgo, con su paje detrás, y escobilla y lodo, paseándose por ella, encontró con un grande amigo suyo, el cual le convidó á comer. Sirviéndole á la mesa con escadilla y cuchareta de plata, ya después de haber comido, saliéndose de la posada, díjole el paje: «á buena fe, señor, ¡mucha honra tienes hecho este tu amigo!—¿Qué honra ha hecho, rapaz?—¿Qué honra? Comer con cuchara de plata.....—¿Deso te espantas, villano? De terciopelo las merecía yo.»

CUENTO XXIV

Preguntó un mercader á un corredor de oreja: «Fulano, ¿qué hay de nuevo en la lonja?» Respondió: «ninguna cosa hay, señor.» Y habiéndoselo preguntado por diversas veces, y él siempre acudiendo que no habia nada que contar, suplicóle un día que le contase alguna mentira. Respondió: «¡mentira, señor! ¿Quiere que se la diga? No se la diré, que no me la pague muy bien.—¿Pagar?

¿Y por qué?» Replicó: «porque en su casa y lugar no me da de comer.»

CUENTO XXV

Uno que presumia de ser poeta porque le tuviesen en reputacion de alguna cosa, en cualquier obra hallaba reproche y decia mal de un cierto componedor, al cual viniendo con semejantes nuevas, respondió: «Fulano es señor de su boca? Pues yo puedo ser ser señor de mis oídos.»

CUENTO XXVI

Habiendo un capitán recogido compañía de soldados, vino á recoger tantos que haciendo reseña de todos despidió muchos, y viniendo á despedir un mancebo sin barbas, díjole: «mi señor capitán, ¿qué es la causa que me despide vuestra merced?» Viéndole tan bien criado, fué forzado responder, diciendo así: «mirad, amigo, yo no os despido sino porque no teneis barba; porque el soldado parece mal sin ella.» Dijo el mancebo: «y ¿qué tanta barba es menester que tenga, señor?» Respondió el capitán: «cuanta se pueda tener un peine en ella.» Entonces el mancebo sacó un peine y metióselo por la carne en la barba. Maravillado el capitán de caso tan hazñoso, no solamente lo recibió, mas hízole su sargento.

CUENTO XXVII

De Antígono, rey, escribe Séneca en el tercero libro de la ira, que como los mayores de su reino estuviesen juntos y hablasen mal dél, y él los oyese detrás de un paramento, les dijo: «hablad quedo, caballeros, que el rey os oye.»

CUENTO XXVIII

León de Vespasiano, que como un caballero suyo le dijese palabras pesadas y de reprehension por ciertos descuidos en que habia caído, le respondió muy mansamente y con gran paciencia, diciendo: «tus palabras son dignas de risa, y mis yerros de enmienda.»

CUENTO XXIX

Venido un embajador de Venecia á la corte del gran turco, dándole audiencia á él juntamente con otros muchos que habia en su corte, mandó el gran turco que no le diesen silla al embajador de Venecia, por cierto respecto. Entrados los embajadores, cada cual se sentó en su debido lugar. Viendo el veneciano que para él faltaba silla, quitóse una ropa de majestad que traía de brocado hasta el suelo, y asentóse encima della. Acabando todos de relatar sus embajadas, y he-

cho su debido acatamiento al gran turco, salióse el embajador veneciano, dejando su ropa en el suelo. A esto dijo el gran turco: «mira, cristiano, que te dejas tu ropa.» Respondió: «sepa tu majestad, que los embajadores de Venecia acostumbran dejarse las sillas en que se asientan.»

CUENTO XXX

Estando un gran señor comiendo á su mesa, y los criados vueltos de espaldas al aparador, entró un ladrón y tomó uno de los mejores platos que habia en la mesa; y viendo el ladrón que el señor lo estaba mirando, hizole señas que callase, y faese. Hallando el plato menos al recoger de la plata, dijo el señor: «no os cumple buscar, porque un ladrón se lo ha llevado, que yo lo he bien visto.—Pues ¿por qué no lo decia vuestra señoría?» Respondióle el señor: «porque me mandó que callase.»

CUENTO XXXI

En presencia del rey de Nápoles y muchos caballeros, trujo un lapidario infinitas piedras preciosas. Ya, después de haber vendido muchas, halló menos un diamante riquísimo, y dijo: «no creo yo que en presencia de vuestra alteza se me pierda un diamante que me falta.» Entonces el rey, como prudente, mandó traer un plato lleno de sal-

vado, y mandó que todos pusiesen la mano cerrada en el plato, así como él, y la sacasen abierta. Hecho esto, mandó que mirase el lapidario el plato, y halló su diamante.

CUENTO XXXII

En un banquete, estando el señor que lo hacía en la mesa, vido cómo uno de los convidados se escondió una cuchara de oro, y por el consiguiente él escondió otra. Viniedo por diversas veces á la mesa el guardapata por buscar las cucharas que le faltaban, dijo: «toma descuidado, toma esta cuchara, que el señor Fulano te dará la otra, que no lo hacíamos sino por probarte.»

CUENTO XXXIII

A una dama, que era gran decidora, no habia persona que le hiciese comer ajo, ni cosa que supiese á él. Un galan que la servia hizo un banquete, y dijo al cocinero que de cualquier manera que fuese le hiciese comer ajo. El cocinero, por más disfrazar el negocio, picó algunos ajos en el mortero; y quitado de allí, hizo una salsa verde en el mismo mortero; y llevándolo delante la dama, al primer bocado paró, y dijo: «oh, hideputa, el villano cuál viene disfrazado de verde, como si no le conociésemos acá.»

CUENTO XXXIV

Un ladrón vido á un clérigo tomar ciertos dineros y ponerlos en un saquillo; y siguiéndole de rastro, vido que se paró, y se de tuvo hablando con un conocido delante la casa de un broslador, que tenía una casulla colgada á la puerta. Entonces dijo el ladrón al broslador: «señor, ¿cuánto valdrá esta casulla? porque en mi lugar tienen necesidad della.» En fin, avenidos que fueron, dijo el ladrón: «querria, señor, probarla en alguno.» En esto, el clérigo se habia despedido del hombre con quien hablaba, y venia la calle abajo, al cual dijo el ladrón: «reverendo, háganos tan señalada merced de entrar aquí, por cortesía, á probarse esta casulla.» Entrando el clérigo, dejó el saquillo encima de su manteo, y puesta la casulla, dijo el ladrón: «vuélvase de espaldas, por ver cómo asienta.» Vuelto, apañó del saco el ladrón, y dió por la puerta afuera. El clérigo, ansí como estaba revestido, fué tras él, diciendo: ¡al ladrón! El broslador aguijó tras el clérigo, pensando si sería maña armada entre los dos para llevarse la casulla, y asíóle della, por lo cual le detuvo. Entre tanto, el astuto ladrón tuvo lugar de ponerse en salvo con su moneda.

CUENTO XXXV

Fué convidado un necio capitán, que venia de Italia, por un señor de Castilla á comer; y despues de comido, alabóle el señor al capitán un pajecillo que traía muy agudo, y gran decidor de presto. Visto por el capitán y maravillado de la agudeza del pajecillo, dijo: «¿ve vuestra merced estos rapaces cuán agudos son en la mocedad? Pues sepa, que cuando grandes no hay mayores asnos en el mundo.» Respondió el pajecillo al capitán: «más que agudo debía ser vuestra merced cuando mochacho.»

CUENTO XXXVI

Estando un barbero afeitando á un gentil-hombre en su casa, el cual estaba muy mohino dél por ser tan parlero, que cuando vino á hacerle la barba, dijo: «señor, ¿cómo manda que le haga la barba?» Respondió el gentil-hombre: «callando.»

CUENTO XXXVII

En la feria de Medina del Campo entraron muchas damas y caballeros en una botica destas que venden cabezones labrados de oro y seda, y muchas otras delicadezas de lienzos de labores; y después de haber comprado muchas cosas, un gentil-hombre

de aquellos abrazóse con un aderezo de camisa, labrado de oro y perlas. El mercader viólo; y para cobrarlo, usó desta maña, que ya que se querian ir, dijo altico que bien lo oyese: «en verdad, señor, que el cabezon y polainas no las puedo dar por ese precio que me da: por eso perdona.» Respondió el caballero: «si no se pueden dar, veíslas ahí.»

CUENTO XXXVIII

Preguntó un gran señor á ciertos médicos, que á qué hora del día era bien comer. El uno dijo: «señor, á las diez; el otro á las once, y el otro que á las doce. Dijo el más anciano: «señor, la perfecta hora del comer es, para el rico, cuando tiene gana; y para el pobre, cuando tiene de qué.»

CUENTO XXXIX

Haciendo alguna gente un capitán por mandado del rey para cierta parte, y que lo tuviese secreto, por bien que le fué preguntado por diversos amigos, jamás pudieron saber dél para dónde se hacia gente. Concertaron que una amiga que él mucho queria se lo preguntase; y hecho así, y preguntándosele ella, respondió: «mira, señora y amiga mia, en tanto tengo yo los secretos del rey, que si pensase que mi camisa lo sabia, la quemaria.»

CUENTO XLI

Dos embajadores del rey de Inglaterra, viniendo con embajada al emperador de Alemania, despues de haber hecho su debido acatamiento, el más avisado dellos hizo su demanda, tan breve y compendiosa cual hacerse podia. El otro fué tan importuno y largo, que el emperador se enojaba en gran manera. Conoció su compañero el desabrimiento, hizole del codo que abreviase. Concluido, dióles por respuesta el emperador, que miraria en ello. Respondió el avisado: «Suplico á vuestra majestad que nos conceda nuestra demanda, so pena que torne mi compañero á relatar su embajada.» Fué tan sabroso esto para el emperador, que respondió: «Antes quiero conceder que obedecer.»

CUENTO XLII

Ciertos mancebos, estando cenando, con las demasiadas viandas y abundancia de vino dispararon las lenguas en decir mal de su rey muy sueltamente, y no fué tan secretamente que el rey no lo supiese. El dia siguiente mandóles llamar á todos ante sí; y preguntándoles si era verdad que habian dicho mal dél, apuntándoles las palabras conocidas, respondió uno muy avisado: «Rey, de todo lo que dijeron que

dijimos de tí, es verdad; y áun ten por cierto que más dijéramos, si no se nos acabara el vino.»

CUENTO XLIII

Llegando al rey Filipo, padre del rey Alejandro, algunos familiares de su casa á decille, que desterrase ciertos maldicientes que decian mal dél, respondió: «Eso seria añadir leña al fuego, y que fuese difamado entre gentes extrañas; tanto más, que ellos lo hacen por una de dos cosas: ó por probar mi paciencia, ó porque enmiende mi vida. Cuanto á lo primero, si en mí no hay eso que ellos dicen, en no querer yo castigarlos, se prueba mi paciencia; y si lo hay, téngoles que agradecer, pues procuraré de enmendar mi vida.» ¡Oh, sábia y discreta respuesta, y tan pocas veces usada!

CUENTO XLIV

Una mujer atrevida, natural de Macedonia, viniendo ante el rey Demetrio, muy aquejada para pedir justicia, fuéle respondido por el mesmo rey que no podia por entonces, porque estaba ocupado en ciertos negocios. Díjole ella: «Pues no puedes oír, deja de ser rey.» Por esta aguda y atrevida respuesta fué oída, y le hizo luego justicia.

CUENTO XLIV

Un señor de salva, para lavarse las manos, quitóse un riquísimo anillo que traía, y alargó el brazo un paje que más cerca le estaba; y sin él mirar quién fuese, habiéndose lavado, no se acordó más dél; sino que otro día, haciendo lo mismo, el cobdicioso paje que ya tenía el otro anillo, alargó la mano para tomarle, por do le dijo: «No digo á vos, que guardais mucho las cosas.»

CUENTO XLV

El duque de Calabria fué tan dado á la música, que no había en España quien tantos y tan buenos músicos tuviese, á causa de los grandes salarios que les daba. Viendo un gran músico forastero al real para oír la música el día de los reyes, que tanto le habían alabado, oído é informado de la renta del duque, dijo: «Para tan chica capa, gran capilla es esta.»

CUENTO XLVI

Como el duque de Calabria dilatase una vez la paga de sus cantores, importunábale el maestro de capilla á pedírsela, diciendo: «*Mire* vuestra excelencia que se dilata nuestra paga.» Respondió él: «*Mírese*.» Como por diversas veces se la hubiese demandado, con decir *mire* vuestra excelen-

cia que se dilata nuestra paga, y él había respondido *mírese*, dijo un día el maestro: «Contino se ha de estar vuestra excelencia en *mi*; para ser buen cantor, diga *fa*, *fágase*.» Respondió el duque: «Perdonad, que vos me entonásteis.»

CUENTO XLVII

Yendo camino solo un rey de Castilla con un paje diligente que le había seguido, y familiar suyo, y desdichado en haber mercedes, y acaso pasando el rey por un riachuelo, paróse el caballo á mear, por do dijo el paje, porque el rey lo pudiese sentir: «Este caballo es de la condicion de su amo, que siempre da á quien más tiene.» Dijo el rey: «Calla, nescio, que mercedes de rey más se alcanzan por ventura que por diligencia.—Eso no creo yo,» respondió el paje. A lo cual calló el rey, y venido á palacio, tomó dos arcas, y la una hinchó de plomo, y la otra de oro, y llamó al paje, y díjole: «Mira, cata ahí dos arcas, la una llena de plomo, y la otra de oro: sin llegar á ellas, la que señalares será para tí.» Cuando hubo señalado, acertó con la de plomo. Entonces dijo el rey: «Agora creerás que las mercedes dependen de ventura.»

CUENTO XLVIII

Un tendero daba de menos en cuanto vendía, y acusándole por tiempo su concien-

cia, comunicó con su mujer el remedio que se tenia: «El remedio será, que de aquí adelante tratemos en lana, y así como en las cosas de tienda dábamos de menos, así en el peso de la lana daremos de más á las hilanderas.» Entendido el mal consejo de la mujer, dijo: «Doblado engaño es ese.»

CUENTO XLIX

En Castilla un duque dió á cierto médico, porque le visitaba y habia curado de cierta enfermedad, cierta loba de seda aorrada de telilla de oro muy galana. Viniendo un dia á visitalle, y viendo el duque que no la llevaba puesta, dijo: «¿qué es esto, doctor; qué es de mi loba, por qué no la traeis?» Respondió: «Señor, come mucho, y no la puedo sustentar.» dijo el duque: «Pues, sus; den os cincuenta ducados de partido para sustentamiento della.»

CUENTO L

En cierta cuestion, habiendo hecho correr y volver las espaldas un animoso soldado á otro, y estándole preguntándole al esforzado ciertos amigos que conocian á los dos, si habia huido el otro, como se les habia dicho; acaso vino á pasar el huidor, y dijéronle: «Señor, ¿no ve su contrario?» Respondió: «No le conozco, porque siempre le ví de espaldas.»

CUENTO LI

Recibió un caballero por criado, al parecer simple, un mozo llamado Pedro, y por burlarse dél, dióle un dia dos dineros, y díjole: «Ve á la plaza y tráeme un dinero de huevos y otro de ays.» El pobre mozo, comprado que hubo los huevos, se burlaban y reian dél, viendo que pedia un dinero de ays. Conociendo que su amo lo habia hecho por burla, puso los huevos en la capilla de la capa, y encima dellos un manojo de ortigas, y llegado á casa, díjole el amo: «Pues, ¿traes recado?» Dijo el mozo: «Sí, señor: ponga la mano en la capilla, y sáquelo.» Puesta la mano, encontró con las ortigas, y dijo: «ay,» y dijo el mozo: «Trae eso vienen los huevos, señor.»

CUENTO LII

A cierto capitan el rey Alejandro, por gratificalle algunos servicios, mandó á su tesorero que le diese dos mil ducados. El tesorero, como estuviese algo de punta con el capitan, mandó poner en la mañana una mesa al tiempo que el rey se habia de levantar en su aposento, y los dos mil ducados encima della en plata, pensando que en ver el rey tanto dinero, se arrepentiría de la promesa. Pero como el rey presumiese el negocio, dijo: «¿Qué es esto?» Respondió

el tesorero: «Señor, los dos mil ducados que mandó dar al capitán.—¡Qué! ¿tan poca cosa es? Déñle otros tantos.»

CUENTO LIII

Siendo un viejo demasíadamente avaricioso en las cosas del servicio de su casa, lo era en extremo y fuera de compás en esto: que si veía encendidas dos lumbres, mataba la una, y si candelera fuera de la mesa ardía, hacia lo mesmo. Per tiempo vino á dolerle; y no dándole vida, y estando *in extremis* encendió una candelera un hijo; y estándole diciendo: «Padre, acordaos de la pasión de Dios,» le respondió: «Ya me acuerdo, hijo; pero mira tú que te acuerdes, que acabando que acabe de dar el alma á Dios, mates la candelera.»

CUENTO LIV

Como están las habilidades repartidas entre los hombres, era uno tan certero en poner garbanzos, tirándole de lejos por la boca de un cántaro, que una vez estando tirando delante de un príncipe, le pidió mercedes por ello, á lo cual le respondió, conociendo la desaprovechada habilidad: «Déñle una hanega de garbanzos.»

CUENTO LV

Un caballero muy enamorado y grande

poeta (por estas dos cosas, que la una era bastante) vino á ser loco en tanta manera, que un hermano suyo le tenia en su casa encerrado en un lugar apartado; y como una vez viniese á verlo, viéndole hacer cosas no debidas, díjole: «Hermano, ¿para qué haceis esas cosas? Mirad que sois incomportable.» Respondióle: «Y cómo, ¿es mucho que donde toda mi vida os he sufrido de nescio, que me sufrais vos á mí algunos ratos de loco?»

CUENTO LVI

Contendiendo un portugués y un castellano en Sevilla, sobre cuál era mejor rey, el de España ó el de Portugal, vino á dementille el portugués; por do el castellano le dió una cuchillada. Después el mismo castellano aportó á Lisboa. El portugués, en verle, fué á tomar parecer de un presidente, que si le daría otra cuchillada al castellano; respondióle que no; pero que juntase con él, y que le dijese que cuál rey era mejor, el de España ó el de Portugal; y que si decía que el de España, que le diese una cuchillada, y si el de Portugal, que lo dejase estar. Ido el portugués, interrogó al castellano su demanda, el cual respondió que el de Portugal era mejor rey. Dijo el portugués: «¿Por qué no defiendes tu rey, majadero?» Respondió el castellano: «Porque cada gallo en su gallinero canta.»

CUENTO LVII

Siendo preso y llevado un cosario delante el rey Alejandro, le dijo: «Ven acá, rebelde, ¿no tienes vergüenza de ir así robando por la mar?» A lo cual respondió: «Verdad es, rey, que por ir cual voy solo, me llaman ladrón; mas tú, que te usurpas todo el mundo, por ir tan acompañado, te llaman señor; si fueses cual yo voy, llamarte ían como á mí.» Dijo el rey: «En fin, qué, ¿yo robo?» Respondió: «También yo, señor; pero yo por pobreza, y tú por codicia.» Viendo el rey su animosidad, no sólo le perdonó, mas hízole su capitán.

CUENTO LVIII

Estando un poeta mostrando ciertas coplas á un otro amigo suyo y gran decidor, vino á leer un verso, que decia así:

Y aparté la nave—bien como sin freno...

Respondió el que le escuchaba, por tratalle de bestia: «Eso no es maravilla; mayor fuera con él.»

CUENTO LIX

Viniendo un soldado de Italia muy próspero fué convidado por un grande amigo suyo. Estando en la mesa, había un extraño deci-

dor que tenía fama de judío: el cual por tratar al soldado de puto, tomó con la punta del cuchillo el obispillo de la gallina, y púsoselo delante, diciendo: *jaque*. Entonces el soldado, de presto, tomó asimismo una lonja de tocino, y púsosela delante, diciendo: *mate*.

CUENTO LX

Fué avisado un rey que un mancebo de su mesma estatura y edad se le parecía en grandísima manera. Deseoso de ver si era así, mandóle llamar, y conociendo ser verdad, preguntóle: «Dí, mancebo: ¿acuérdaste si por dicha tu madre por algun tiempo estuvo en esta ciudad?» Respondió: «Señor, mi madre no, pero mi padre sí.»

CUENTO LXI

Estando jugando el rey Argesilao con sus hijos, llevando una caña entre las piernas como caballo, por enseñarles á cabalgar, entró un amigo suyo, y como lo viese el rey, rogóle que no lo dijese á nadie hasta que también él fuese padre de hijos, por enseñarle que aquello no era liviandad, sino puro amor y voluntad.

CUENTO LXII

Estando contendiendo muchos amigos, y tratando de las rentas que los grandes tienen

en Castilla, decía el uno que quería ser duque del Infantazgo; el otro, conde de Benavente; el otro, marqués del Basto; el otro, arzobispo de Toledo. Hubo uno de ellos que dijo: «yo querría ser melon.» Preguntado por qué, dijo: «porque me oliésedes en el rabo.»

CUENTO LXIII

En cierta batalla de Nápoles, teniendo un soldado á su enemigo debajo de sí, y con la boca en tierra para darle de puñaladas, rogábale, que le dejase volver de pechos arriba, y entonces que le matase. Preguntóle por qué; y respondió: «porque si me hallaren mis amigos muerto, no se avergüencen de verme las heridas en las espaldas.» Entonces el vencedor, viéndole en cuánto preciaba la honra el vencido, no sólo le perdonó, mas quiso fuese su amigo para siempre.

CUENTO LXIV

Un villano iba caballero en un rocín muy largo y flaco. En el camino, encontrándose con un caballero, díjole por burlarse con él: «hermano, ¿á qué precio vendeis la vara de rocín?» Respondió de presto el villano: «señor, entrad en la bestia, y decíroslo han.»

CUENTO LXV

Un caminante entró en una viña por comer uvas. Estándolas comiendo vino la guar-

da y pidióle prenda. Respondió el caminante: «hermano, yo no soy entrado aquí para comer, sino para cagar.» Dijo la guarda: «pues mostrad dónde habeis cagado.» Cansados los dos de ir por la viña, encontraron con un depósito de buey; dijo el caminante: «heis aquí dónde cagué.» Respondió la guarda: «no es verdad, porque esa mierda es de buey.» Dijo el caminante: «¡fuerte cosa es! Si quiero cagar mierda de buey, ¿vedármelo heis?»

CUENTO LXVI

Hurtando á un capitan en Flandes de su aposento unos boreguíes hechos de molde para sus piés, porque los tenia lisiados y tuertos, hallándolos menos, dijo: «¡plega á Dios que le vengan bien á quien me los hurtó!»

CUENTO LXVII

Vendiéndose ciertos captivos en presencia de un rey, que estaba asentado en su tribunal, el cual por tener desoosidas sus calzas, mostraba sus vergüenzas sin haber sentimiento dello, un captivo de los que se vendían dijo á voces muy altas: «perdóname, rey, cata que yo buen amigo fuí de tu padre.» Respondió el rey: «¿por dónde ó de qué manera fué esa amistad?» Dijo el captivo: «dame licencia que me llegue á tí, y yo te lo

dirá.» Dejándole que llegase, díjole en secreto: «rey, cubre tus vergüenzas....» Luego el rey disimuladamente se cubrió, y dijo á altas voces: «dejadlo ir libre, pues tan servidor ha sido de mi padre.»

CUENTO LXVIII

Un tejedor de terciopelo, presumiéndose de muy hidalgo, dejó de requerir su oficio, diciendo que habia hallado que era caballero, y así jamás se partía de entre caballeros. Vino una vez á hallarse en casa de una señora, que se hacia llamar doña Juana, la cual secretamente hacia placer á sus amigos; y como este le pidiese celos de un gentilhombre, haciendo mil fieros que lo habia de matar, por tratalle de hombre de baja esfera, le dijo ella: «señor, si le matais, no escapareis de ahorcado.» Respondió él: «antes sí, con pedirme vuesa merced.»

CUENTO LXIX

Tenia un aldeano mujer hermosa, la cual se revolvía con un criado de casa. Y como el marido lo sospechase, ella por deshacelle las sospechas, díjole un día: «señor marido, habeis de saber que por haberme requerido de amores mi criado y porque vos veais si es así, lo he prometido esta noche aguardarle junto de la puerta del corral. Por tanto conviene que vos vistais de mis vestidos pa-

ra aguardalle en el mismo lugar.» Dicho esto, fué al criado, y contado su negocio, díjole: «toma un palo, y en venir que le veas vestido, dale con él, diciendo: ¿tan ligeramente me habeis de creer, perra traidora? que esto no lo hacia sino por probarte.» En fin, venidos al puesto, habiendo recibido los palos el cornudo, dijo á su criado: «al no ser tú tan fiel como lo has mostrado, se pudiera decir por mí, cornudo y apaleado.— Mas no, dijo el criado, sino sobre cuernos penitencia.»

CUENTO LXX

Fallescendo un mercader que por muy rico era tenido, hallaron que era más lo que debia que no lo que tenia; y como los acreedores á quien él debia por justicia en pública almoneda le vendiesen la ropa, el rey de aquella tierra mandó á su mayordomo que le comprase una colcha con que dormia este mercader. Dijo el mayordomo: «¿búrlase vuestra alteza?» Respondió: «no me burlo, porque tengo necesidad della para poder dormir.» Quiso notar, que cómo podia dormir un hombre que debiese tanto, pues á él los cuidados le hacian velar.

CUENTO LXXI

Estando en Salamanca muchos estudiantes en chacota, el uno dellos tiróse un pedo

callado, ó de quistion, como suele decirse. Excusándose todos de lo hecho, dijo el más resabido: «Fulano lo hizo, yo lo sé cierto sin falta.» Respondió el acusado: «dice verdad, porque él tiene gustados mis pedos.»

CUENTO LXXII

Filogeno, famosísimo poeta, viendo que unos cantareros cantaban sus versos trocando y quebrando dellos, con un báculo que llevaba dió en los jarros y quebrólos, diciendo: «pues vosotros dañais mis obras, yo también dañaré las vuestras.»

CUENTO LXXIII

Un ganapán, yendo cargado con un grande cargo á cuestras, encontró con uno que iba por la calle, y en habiendo encontrado con él, le dijo: «guardaos, señor.» Preguntóle el que habia recibido: «¡qué! ¿otra vez me quieres dar?»

CUENTO LXXIV

A un señor de salva, en Castilla, un pobre escudero demandábale socorro para casar á una hija suya. El señor, habiendo compasion de su trabajo, aunque no era de su condición; le dijo que demandase lo que habia menester; pues conociendo el escudero no ser el señor muy largo en hacer mercedes, pidióle veinte y dos reales. Maravillándose

desto mucho el señor, habló con su camarero así: «¿no mirais esto, pecador, que diciéndole yo que pidiese lo que habia menester, no ha querido pedir más de veinte y dos reales?» Respondió el camarero: «no se maraville vuestra señoría, que conoció la figura, y quedóse con veinte y dos.»

CUENTO LXXV

Com naturalment es de práctica que cuant porten á enterrar algú, demanan alls capellans qui es lo que porten, saber si es home o dona, o persona coneguda, demanán un día á un capellá portant una dona a soterrar: «diga, reverent, qui es lo cos?» Respongué: «no es cos, sino faldetes.»

CUENTO LXXVI

Antes que se baptizasen los moros del reino de Valencia, á un morisco de Alberique habíale hurtado un ladron no sé qué ropa, el cual se lo negaba. Venidos á juicio, buenamente delante de un juez para que lo averiguase, antes de ser oidos daba tan grandes voces el moro con el deliciente, que el juez, oyendo quien era, dijo: «has de callar, perro, ¿por qué diablo estás ladrando?» Respondió: «por ver un ladron.»

CUENTO LXXVII

Un marqués, señor de salva, encontrán dose un día con el baile de Valencia, no le

quitó el bonete, habiéndose lo quitado el baile á él, de lo cual quedó quejoso. Sabiendo el marqués, topó un día con el paje del baile que llevaba dos gorras nuevas en la mano. Preguntóle cuyas eran. Respondióle el paje: «de mi amo, señor.» Tomóselas el marqués, y dijo: «decid á vuestro amo el baile, que porque no quede quejoso que el otro día no le quité una gorra, que agora le quito dos.»

CUENTO LXXVIII

Habiendo librado de la muerte un soldado en una batalla al rey Creso, é ya despues de ser vencidos los enemigos, y estando el rey en su tienda, quiso saber quién era el soldado que tanto bien le hizo; venido y traído que fué delante del rey con otros soldados que lo acompañaban, echóse la mano el rey á la bolsa, y dióle cinco talentos de merced. El soldado afrentado bajó su cabeza, y contó muchas veces los talentos, de manera que le dijo un compañero: «andad acá, ¿de qué sirve eso?» Respondió el soldado: «dejadme, que en un caso como este, nunca se ha de acabar de contar.»

CUENTO LXXIX

Una cortesana, siendo poco su caudal, y habiendo empleado todo su ajuar en guadameciles para un pequeño aposento que tenia.

vino un galán á visitalla, y ella le dijo; «¿qué le parece, señor, mi pobre posada?» Respondió: «páreseme que es como el lechon, que lo mejor que tiene son los cueros.»

CUENTO LXXX

Una cierta dama valenciana, ultra que era muy sabia, tenia una tacha, y era que á veces hablaba más de lo que era menester. Un día estando en sarao, tomóle un desmayo, y fueron corriendo á decirlo á su marido, diciéndole que su mujer estaba sin habla, el cual como lo oyese dijo: «déjala estar, que si eso dura, será la mejor mujer del mundo.»

CUENTO LXXXI

Era un caballero, á quien no sabia mal el vino, y estando en conversacion con otros, despues de haber comido, parecióle á él que fué afrentado de otro caballero, y por esto le desafió que se mataria con él con las armas que quisiese: respondió su contrario, que él aceptaba el desafio con tal que no fuese en cueros.

CUENTO LXXXII

Una señora, que siempre queria saber, á Fulana quién la sirve, y Fulano á quién sirve, y Fulana en qué entiende, y Fulano de qué vive, demandó á un caballero estando

en conversacion, que le prestase un libro que tenia de las vidas de los diez emperadores. Respondió: «señora, ya le vendí, porque soy muy enemigo de saber vidas ajenas.»

CUENTO LXXXIII

Traian á un sobrino de Garci Sanchez dos mujeres en casamiento, de las cuales la una era de muy buena parte, sino que habia hecho un yerro de su persona, y la otra era confesa, con la cual le daban un cuento en dote. Llegando este mozo á demandar consejo y parescer á su tio sobre cuál de aqueltas dos tomaria por mujer, respondióle así: «sobrino, yo más querria que me diesen con el *cuento*, que no con el *hierro*.»

CUENTO LXXXIV

Oyendo un presidente á un querellante fuera del juicio, ausente la parte contraria, atapóse con la mano el un oido; y después que el querellante hubo propuesto ante él su causa, y dicho todo lo que habia de decir, dijo al presidente: «¿hame oido bien vuestra señoría?» Respondio: «bien, por cierto; mas este otro oido guardo para oir á vuestro contrario.» Dando á entender que el juez no ha de determinar cosa ninguna sin primero oir las dos partes, para del todo quedar satisfecho.

CUENTO LXXXV

Entró en los estrados con su espada un caballero, en la chancillería de Granada, por solicitar cierto pleito que tenia; y como en semejante lugar no se puede estar con espada, llegóse á él un portero que tenia un Dios te salve por la cara á tomatuslo, el cual le rogó que se la dejase. No aprovechando nada, quitóse la él mismo de la cinta, y dijo: «tomad, hermano, pero yo os prometo, á fe de quien soy, que no tiene ella la culpa.»

CUENTO LXXXVI

Paseábase un músico tiple y capado, por delante de un ropavejero, famosísimo judío, viejo y relajado, el cual por burlarse del músico le dijo: «¿señer, cómo le va á su gavilán sin cascabeles?» Respondió el capado: «como al de vuesa merced sin capirote.»

CUENTO LXXXVII

Preguntó un trapacero al autor un dia: «decid, Fulano, ¿hay algunas coplas para vender?» Diciéndole que no, tornó á replicar: «pues qué, ¿no hay alguna mentira que podamos decir por Valencia?» Respondió: «sí, señor, decid que sois hombre de bien.»

CUENTO LXXXVIII

Caminando un caminante por su camino, encontró con dos hidalgos que llevaban dos

perdices; hízose con ellos, y en llegando á la posada, mucho como servicial aderezó las perdices, y cortadas por sus manos las puso en la mesa. Viendo su poquedad, en que no habian hecho proveer de otra cosa más que de las perdices, usó desta maña con ellos: y fué, que haciéndole sentar para que comiese con ellos, sacóse un cuchillo, y con la punta dél tomaba el pedazo de la perdiz. Dijéronle: «tomad con la mano, y dejaos de ceremonias:» Respondió el caminante: «hármalo yo, señores, si lo sufriese mi oficio.» Dijéronle: «cómo, ¿qué oficio teneis?» Respondió: «verdugo, señores.—¡Oh, pese á tal, dijeron ellos: «cómete tú solo las perdices!»

SEGUNDA PARTE

DEL

SOBREMESA Y ALIVIO DE CAMINANTES

CUENTO PRIMERO.

Habia un epitafio escripto en latin en una pared, y parándose unos letrados á leerle, leíanlo tan bajo que nadie lo oia. A la sazón paróse un soldado detrás dellos, y con no saber leer ni entender lo que decia, estaba diciendo: «'oh, qué bueno! lindo está por cierto!» Volvióse un letrado de aquellos, y dijo: ¿y que es lo que vos entendeis desto, gentilhombre? Respondió el soldado: «nada; porque por no entendello es bueno, que si lo entendiese, maldita la cosa que valdria.»

CUENTO II

Siendo un embajador prolijo en su razonamiento delante de un príncipe, al cabo que hizo su embajada, dijo: «perdóneme vues-

tra alteza, si he sido largo en mi relatar.» Respondió el príncipe: «no teneis de que pedirme perdon, porque verdaderamente yo no sé lo que habeis dicho.»

CUENTO III

Un filósofo pobre vino una vez á pedir limosna á uno que era gran gastador, y tenia mucho dinero delante, que jugando ganó, y pidióle un ducado. Y como no sea costumbre de los pobres demandar la limosna tasada, díjole el jugador que por qué le pedia más á él que á ninguno de los otros que estaban allí jugando. Respondióle así: «hágoles porque de los otros pienso recibir limosna muchas veces, y de tí no más desta.»

CUENTO IV

Acabando de hacer una hermosa casa, un hombre de mala vida y fama, puso un escripto encima de la puerta, que decia así: «no entre por esta puerta cosa mala.» Visto y leído por un gran decidór, dijo á voces altas, porque algunos lo oyesen: «¿pues por dónde entrará el señor de la posada?»

CUENTO V

Saliéndose el rey Chiquito de Granada y su madre con él, con mucha morisma de estima, por entregar la ciudad al rey don Fernando, subidos en un recuesto y vol-

viéndose hácia Granada, tomáronse todos á llorar. A lo cual dijo la madre del rey: «en verdad, señores, que haceis bien en llorar, que ya que no peleasteis como hombres defendiendo vuestra patria, conviene que lloréis agora como mujeres al dejarla.»

CUENTO VI

Queriendo un rey hacer mercedes á un criado suyo, llamóle y díjole así: «por los buenos oficios que de tí he recibido, he determinado y quiero que seas mi secretario.» Respondióle como sabio: «de buena gana recibiria yo tus mercedes, con tal de que no fuese para descubrirme secreto tuyo, porque es pesada carga, en especial secretos de reyes.»

CUENTO VII

Viniendo de Grecia un sabio greciano á visitar á un rey que tenia division con su mujer é hijos, que no vivia con ellos, le preguntó el rey al sabio, si habia paz y concordia entre las ciudades y repúblicas de Grecia. Por decirle que sí, y que curase dél, le respondió: «pregúntalo á tu casa, y mira por ella.»

CUENTO VIII

Sabiendo Dioniso tirano que, por ser tan cruel todos le deseaban la muerte, y que una vejezuela rogaba por su vida; maravi-

llado desto mandóla traer ante sí, y preguntóle qué era la causa que rogaba por él. Respondió: « has de saber, Dionisio, que siendo yo moza, tuvimos un tirano y cruel por señor; rogué á Dios por su muerte, y murió; despues tiranizó la tierra otro muy peor, y rogando que Dios lo llevase, tambien murió. Agora has venido tú, muy peor que los pasados; tengo temor que si mueres verná otro más malo; por eso ruego á Dios que te dé vida, y te sostenga por muchos años.» A esta respuesta se sonrió el rey, y la dejó ir libre: cosa fuera de su condicion.

CUENTO IX

Yendo una vez un embajador del rey de Hungría con cierta embajada al gran turco, un sabio suyo, con licencia del mismo turco, en la sala do habia de entrar el embajador cristiano hizo pintar infinitísimas cruces. Llamado el embajador, y vistas tantas cruces por el suelo, quitóse el bonete antes de entrar en la sala, y arrodillóse, y á la primera besó y adoró, y de las otras no haciendo caso pasó adelante, é hizo acatamiento al gran turco. Viendo esto el sabio, dijo: « mal ha parecido, cristiano, pisar las cruces de tu Dios y no reverenciarlas.» A lo cual respondió el embajador: « yo hice lo que debia, y tú no habias como sabio, porque en una sola creo y adoro, do

murió mi Redentor Cristo, que á las otras no las hago desacato en pisallas.»

CUENTO X

Un maestro de escuelas estaba enseñando á un discípulo suyo todas las pruebas de las cuatro reglas de aritmética, y acaso lo estaba mirando un medio truhancillo, y dijo: « maestro, ¿ la prueba del sabio? » Respondió el maestro: « el necio. — ¡ Y del necio? — El dinero. »

CUENTO XI

Así como aquel filósofo nota tres necesidades en los hombres, que son: ir por mar pudiendo ir por tierra; y tomar dineros sin contallos; y comenzar algun camino en ayunas; noto yo hay otras tres necesidades. Y es la primera, estando en la cama con su mujer, para el *multiplicate* demandarle licencia; y en la mesa aguardar que le rueguen que coma; y teniendo sed, no pedillo.

CUENTO XII

Porque ciertos criados del presidente de Cádiz llamaban traidores á unos reconciliados, fuéronselo á quejar, y en oír la causa respondió el presidente así, mostrando que estaba bien dicho: « no os maravilleis, amigos míos, que estos mis criados son tan torpes y rústicos de ingenio, que no saben de-

cir sino al pan pan, y al vino vino. Id con Dios, que yo los castigaré.»

CUENTO XIII

Siendo convidado un caballero por un grande amigo suyo á cenar, de camino se encontró con dos hidalgos, que los hubo de llevar más por fuerza que por grado. Y como entrasen en casa del huésped, conoció que se había turbado, por no tener aparejado de cenar para tantos; por lo cual dijo á todos secretamente que no comiesen mucho de las primeras viandas, porque las habia para la postre primorosísimas. Persuadidos con este comer poco, bastaron las viandas, y burló á sus amigos, y socorrió la falla de su huésped.

CUENTO XIV

Convidado á comer cierto alcalde en Castilla por un grande amigo suyo, y por causa que habia de juzgar cierto negocio despues de haber comido, bebió muy templadamente. Conociéndolo el huésped dijo, ya despues de comer: «si tan comedidamente bebiesen todos los hombres del mundo, barato saldría el vino.» Respondió el alcalde: «antes os digo de verdad, que más caro, si cada uno bebiese lo que queria, como yo he bebido lo que he querido, y nada más.»

CUENTO XV

Sustituyendo el rey Filipo á un grande amigo suyo y letrado, por juez principal de sus reinos, este tal siendo viudo, y porque ya le saliesen canas, por parecer mancobo dábbase pebradas. Sabiéndolo el rey, quitóle el oficio, diciendo: «quien con sus cabellos no es fiel, menos lo será con el administracion del reino.» Quiso sentir: que quien engañaba sus cabellos tambien engañaría la república.

CUENTO XVI.

Léese de un señor de salva, valenciano (que por humildad se calla su nombre), que rogó á su camarero que secretamente le trujese alguna señora que durmiese con él. Al fin, siendo ya muy tarde, le trujo una muy hermosa. Díjole en verla: «señora ¿cómo habeis venido tan tarde?» Respondió ella: «sepa su señoría, que la causa ha sido esperar que mi marido se acostase.» Respondióle él: «pues id, buena mujer, y aguardad que se levante.» Y volviéndose á su camarero, le riñó, porque tenia por muy grande pecado echarse con mujer ajena.

CUENTO XVII

Teniendo el rey Alejandro determinado de destruir la ciudad de Lamsaco, y con ju-

ramento de no hacer cosa que le rogasen, sabiéndolo el filósofo Anaxímenes, maestro del rey, salióse al encuentro, y postrándosele por tierra, dijo: «yo te suplico, oh rey, que destruyas la ciudad de Lamsaco.» Viendo el rey la cautela deste sabio, por no quebrar el juramento, hubo de usar de misericordia.

CUENTO XVIII

Bebia un filósofo en una taberna, y de tal manera que le vió otro amigo suyo que pasaba por la calle. El que bebía, por no ser visto, se escondía hácia dentro. Visto por el que pasaba, dijo: «eso es ponerte más en ella.»

CUENTO XIX

Como se casase un viejo al cabo de setenta años, y reprochándosele algunos amigos suyos, que habia hecho gran locura, respondió: que decían verdad, que el hombre en hacerse viejo perdía el seso, y que mientras le tuvo, siendo mozo, nunca le pudieron hacer casar.

CUENTO XX

A un mancebo, trayéndole para que escogiese dos casamientos, el uno de una doncella loca con cinco mil ducados de dote, y otra muy sabia con cuatro mil, escogió la loca, diciendo: «vengan los cinco mil ducados,

que yo no he hallado un ducado de diferencia de la más sabia á la más loca.»

CUENTO XXI

Habiendo presentado á un caballero un plato de cerezas por fruta nueva, estando sobre mesa, el cual tenia dos hijos, el uno bastardo y el otro legítimo, que comían en otra mesa apartados, viendo el bastardo que no le daban dellas, alzó la mano y dió un bofeton al legítimo. Viéndolo el padre dijo: «ladron, ¿por qué has hecho eso?»—Señor, porque me estaba diciendo: «no te darán cerezas, no.» En gustar el caso al padre dióles cerezas á los dos; pues el uno las demandaba con astucia, y el otro llorando.

CUENTO XXII

Estando el duque de Calabria en el castillo de Játiva, vino á visitallo un día el marqués de Cenete, y al pasar de una parte, siguiendo el duque y el marqués sus acostumbradas cortesías, dijo el duque al marqués: «pase vuestra señoría.» Respondió el marqués: «pasaré como á escudero, por obedecer á su excelencia.»

CUENTO XXIII

Viendo uno que era tan buen razonador, que él mesmo no se entendía: tanto que estando en conversacion muchos amigos su-

yos, sobre mesa, contando cuentos, y que en acabar de contarlos todos se reían, púsose á contar un cuento, que cuando le hubo acabado, quedó tan frio, que ninguno se rió. Viendo que ninguno se conmovió á reír, dijo: «ya os podeis comenzar á reír, señores, que yo he acabado de contar mi cuento.»

CUENTO XXIV

Por qué se dijo: *Tanto que peor.*

Hablándole á un mancebo labrador, si queria casarse con una moza del mesmo pueblo, respondió que no, porque le habian dicho que era grande comedora de pan, y que no podría él mantenerla, por no tener más de lo que ganaba cada dia con sus manos. Sabido por la moza, encuentra con él en la calle, y dícele: «sabido he que no quereis casaros conmigo, porque dicen que soy gran comedora de pan; ¿sabeis cuanto lo soy, que me obligo con este solo mendrugillo de pan que traigo en el remango de la saya, beber un cántaro de vino?» Respondió el mancebo: «tanto que peor.»

CUENTO XXV

Por qué se dijo: *Corta-bolsas, y gran matador.*

Estaba un astrólogo mirando, al tiempo que su mujer andaba de parto, en qué sig-

no nasceria la criatura, y halló que le nacieron de un parto dos hijos, y que el primero habia de ser un gran corta-bolsas, y el segundo un gran matador; de lo cual recibió tanta tristeza el astrologo, que no pudiendo disimular, lo conoció su mujer, y le dijo: «señor, dadme parte de vuestra fatiga, porque yo la remedie.» Dijo el marido: «habeis de saber que hallo, segun mi ciencia, que el primero de nuestros hijos ha de ser corta-bolsas, y el segundo gran matador.» Dijo entonces la mujer: «en la mano está el remedio. Al primero hacedlo bolsoso, y cortará bolsas, y al segundo carnicero, y matará carneros.»

CUENTO XXVI

Por qué se dijo: *Señores, yo he llamado tus señorías.*

En una villa, habiendo acabado un vizcaino de labrar el campanario de la iglesia, y los dineros que dél hubo, acasció que tenían un hombre para justiciar, y por no tener verdugo, fueron al vizcaino á decirle, que si le queria ahorcar, que le darian un ducado y la ropa, el cual fué contento; y de ver en cuan poco tiempo habia ganado tanto, y hallándose un dia sin dineros, subióse al campanario, y á repique de campana acudió todo el pueblo, y él en verlo junto, asomóse y dijoles: «señores, yo he llamado tus

señorías, has de saber que blanca no tienes; ya te acuerdas que por colgar hombre el otro día diste ducado; agora he pensado una cosa, y es: que á chico con grande de tus señorías holgaré ahorcar todos los de la villa á medio ducado cada uno; pues no tienes haciendas.»

CUENTO XXVII

Por qué se dijo: *Y aun por eso hiede tanto.*

Llamaba á la puerta de su dama un galán, y ella ya mohina aunque lo conoció, díjole, que quién era. Respondióle muy quebradamente: «señora; es un servidor suyo.» Respondió ella entonces: «y aun por eso hiede tanto.»

CUENTO XXVIII

Por qué se dijo: *Bien es que coma un bocado.*

Yendo en una nave cierta compañía de soldados tomóles tan grande tormenta, que desconfiados de los remedios humanos, pusieronse todos en oración suplicando á Dios los librase de tanto mal, y un soldado, en lugar de hacer lo mesmo, vase al aposento del capitán, y comienza de comer de lo que mejor allí halló. Maravillado el sarjento de ver aquello, díjole:

«¿Qué determinas, soldado, Agora con tu comer?»
Respondió: «pese á mal grado, Bien es que coma un bocado, Quien tanta agua ha de beber.»

CUENTO XXIX

Por qué se dijo: *Quitaré á vuestra señoría, y porné á él.*

Tenia un gran señor, entre otros criados, uno muy diligente en saber escrebir todo lo que de nuevo acontecia, así de burlas como de veras. Aconteció, que estando el señor sobre mesa, mandóle que le trujese el libro de las novelades; y traído; vió en el principio de una hoja, que decia así: «el duque mi señor hizo tal día una necedad, en dar quinientos ducados á un alquimista para que con ellos fuese á Italia á traer aparato para hacer plata y oro.» Dijo entonces el señor: «y si vuelve, ¿que harás tú?» «Si volviere quitaré á vuestra señoría, y porné á él.»

CUENTO XXX

Por qué se dijo: *No quiero servidor tan viejo.*

Requebrándose un galán con una dama, le dijo: «desde agora protesto, señora mia, de seros muy servidor; pues ha más de dos-

cientos años que no he visto otra tan hermosa como vos.» Respondió ella: «no quiero servidor tan viejo.»

CUENTO XXXI

Por qué se dijo: *Dos contra mí, me doy por vencido.*

Estando dos mancebos esgrimiendo con las manos en una sala, el uno de ellos sintiéndose lastimado de un golpe que habia recibido, y volviéndose á un aparador que estaba detrás, apaña de un majadero que estaba allí, para darle. Su contrario, que lo vido, dijo: «no, no, dos contra mí, yo me doy por vencido.»

CUENTO XXXII

Por qué se dijo: *Hora buena vengais.*

Era un filósofo que tenia por opinion, que no habia más de tres edades en el hombre, que son: infancia, juventud y senectud; y por ello saludaba á la gente de tres maneras. A la infancia decia: enhorabuena vengais. A la juventud; enhorabuena esteis. A la senectud: enhorabuena vais. Preguntado qué significaba aquello, respondió: que al mocho decia, enhorabuena vengais, porque venia al mundo; y al mancebo, enhorabuena esteis, porque está en aquella edad tan florida; y al viejo enhorabuena vais, porque va camino de la sepultura.

CUENTO XXXIII

Por qué se dijo: *Todo se andará.*

Como fuesen azotando á un ladron, y rogase al verdugo que no le diese tanto en una parte, sino que mudase el golpear, respondió el verdugo: «callad, hermano, que todo se andará.»

CUENTO XXXIV

Por qué se dijo: *Aún no estamos acostados.*

Estaban unos ladrones desquiciando una puerta, para robar lo que habia en la casa; sintiéndolo el dueño de la posada, asomóse á una ventana, y díjoles: «señores, de aquí á un rato venid, que aun no estamos acostados.»

CUENTO XXXV

Por qué se dijo: *Aquí testigos son de vista.*

Andaba un pobre pidiendo por amor Dios, por los ropavejeros de cierto pueblo, y á grandes voces decia: «acordaos, señores, de la pasion de Dios.» Díjole un estudiante: «hermano, pasad vuestro camino, que aquí testigos son de vista.»

CUENTO XXXVI

Por qué se dijo: *A qué puerta llamarán que no respondan.*

Subia un truhán delante de un rey por una escalera; y parándose el truhán á esti-

rarse el borceguí, tuvo necesidad el rey de darle con la mano en las ancas, para que caminase; el truhán (como le dió) echó un traque. Y tratándolo de bellaco el rey, respondió el truhán: «¿á que puerta llamará, que no le respondan?»

CUENTO XXXVII

Por qué se dijo: *Qué, búscasle consonante?*

Un paje muy gran tronador, estando sirviendo á la mesa de su señor, no pudiendo hacer más ofojose por abajo. Y él, porque no tuviese dello su amo sentimiento, comenzó de torcer el pié por tierra, haciendo ruido; pero el señor sintiendo lo que pasaba, díjole graciosamente: «qué, búscasle consonante?»

CUENTO XXXVIII

Por qué se dijo: *Habla Beltrán, y habla por su mal.*

Un mochacho llevaba dos redomas de vino por la calle, y por apartarse de una bestia quebró la una con la otra, y entrando llorando por su casa, preguntóle su amo (que se decía Beltrán) la causa por que lloraba. Respondió: «he quebrado, señor, la una redoma.—¿Y de qué manera?» dijo el amo: Entonces el mochacho da con la redoma que traía quebrada en la sana, y hácela pedazos, diciendo: «desta manera la quebré,

señor.» El amo con paciencia respondió: «habla Beltrán y habla por su mal.»

CUENTO XXXIX

Por qué se dijo: *Si viniera solo, convidáramosle.*

Un caballero entró en una venta solo, que llegaba de camino; y uno de ciertos mercaderes, que estaban allí comiendo, díjole: «¿cómo se llama?» Respondió, por librar mejor, que don Juan Ramirez de Mendoza y de Guzmán. Dijo el mercader: si viniera sola vuestra merced, convidáramosle; más para tantos no hay aparejo.»

CUENTO XL

Por qué se dijo: *Perdices me man la mi padre que coma.*

Un padre envió á su hijo á Sa'amanca á estudiar, mandóle que comiese de las cosas más baratas. Y el tazo en llegando, preguntó cuanto valia una vaca: dijéronle, que diez ducados, y que una perdiz valia un real. Dijo él entónces: «segun eso, perdices mandá mi padre que coma.»

CUENTO XLI

Por qué se dijo: *He miedo que me diga de sí.*

Estando en un sarao de damas ciertos caballeros, concertálos de requebrarse cada uno con la suya, y como al más galán le cu-

piese la más fea, echóse á sus faldas, y como no le dijese ningún requiebro, preguntóle otro caballero qué era la causa que no le decia ninguna cosa. Respondió: « he miedo que me diga de sí. »

CUENTO XLII

Por qué se dijo: *No hará sino cenar y partirse.*

Concertado con un pintor un gentilhombre, que le pintase en un comedor la cena de Cristo, y por descuido que tuvo en la pintura pintó trece apóstoles, y para disimular su yerro, añadió al treceno insignias de correo. Pidiendo pues la paga de su trabajo, y el señor rehusando de dársela por la falta que había hecho en hacer trece apóstoles, respondió el pintor: « no reciba pena vuestra merced, que ese que está como correo no hará sino cenar y partirse. »

CUENTO XLIII

Por qué se dijo: *Atravesárades la espadilla.*

Fué un amigo á visitar á otro, que estaba malo de unos palos que le habían dado, el cual era gran jugador del triunfo; y como entrase, y viese á la cabecera una espada corta, que siempre traía consigo, él dijo: « pues salió el triunfo de bastos, atravesárades la espadilla. »

CUENTO XLIV

Por qué se dijo: *Porque mintamos los dos.*

Eran dos amigos, el uno tejedor, y el otro sastre: vinieron por tiempo á ser enemigos, de tal manera que el sastre decia en ausencia del tejedor mucho mal, y el tejedor mucho bien en ausencia del sastre. Visto por una señora lo que pasaba, preguntó al tejedor qué era la causa que decia bien del sastre, diciendo él otro tanto mal dél. Respondió: « señora, porque mintamos entrambos á dos. »

CUENTO XLV

Por qué se dijo: *Si dijera ojte, sacara su pierna.*

Habiendo un caballero muerto una grulla mandó á su cocinero que la asase; y como el señor tardase, comióse el cocinero la una pierna. Y venido el señor, y puesta la grulla en la mesa, dijo: « ¿qué es de la otra pierna? » Respondió el cocinero que no tenía más de una. Calló por entonces el señor, y cuando fué otro día á caza de grullas, dijo el cocinero: « mire, señor, que no tiene más de una (y es porque acostumbra de tenerla otra alzada). » Entonces el caballero fué hácia ellas, y dijoles: « ojte », y volaron cada una con sus dos piernas. Y dijo el caballero: « ¿ves como tiene cada una dos

piernas?» Respondió el cocinero: «tambien si á la que estaba en el plato dijera oje, sacara su pierna coma las otras.»

CUENTO XLVI

Por qué se dijo: *Buenos dias, Pero Diaz, más querria mis dineros.*

Era un zapatero de flaca memoria, llamado Pero Diaz, el cual habia prestado un ducado, y no se acordaba á quién, y dábase tanta pena esta imaginacion, que lo dijo á su mujer, y ella dióle por consejo, que á cualquiera que le dijera buenos dias, Pero Diaz, que le responda: «más querria mis dineros;» porque cuando le dijese á quien no le debía nada, pasaria á adelante, y cuando encontró con quien le debía el ducado, dijo: «yo os lo daré, sin que me lo pidais de esa manera, y así cobró el ducado.»

CUENTO XLVII

Por qué se dijo: *A la cárcel me voy.*

Cierto señor de salva se preciaba tanto en decir mentira, en especial en contar casos azañosos que le habian acontecido en la guerra, para lo cual alegaba por testigo de vista un mayordomo suyo, hombre de mucho crédito. Fué una vez el señor desbaratándose en contar cierta mentira, dijo: «mi mayordomo hará fe que es así.» Corrido el mayordomo, dijo: «señor, no sé tal cosa.»

Recibió tanta afrenta el señor de su respuesta que lo mandó poner en la cárcel; pero ya que lo hizo soltar no dejaba de hacer lo mesmo, tanto que ofreciéndosele en otra cosa semejante alegar con su mayordomo, y preguntándole si era como decia, le respondió: «señor, á la cárcel me voy.»

CUENTO XLVIII

Por qué se dijo: *De donde salió se volvió.*

Habia un tabernero, muy diestro en baptizar el vino, con lo cual allegó á tener quinientos ducados; y tomó la dicha cantidad envuelta en un paño colorado, se fué á comprar vino fuera de la ciudad, y por el gran calor que hacia le fué forzado apearse junto á una fuente, á do se asentó y sacó los dineros, y púsoles cabe sí. Viendo una águila que iba volando el paño colorado con que estaban atados, pensando que era algun pecazo de carne, apanó súpitamente dellos. El tabernero, siguiéndola de rastro, vido que se cayeron con el peso tan grande en medio de una laguna de agua, do probó por diversas veces de entrar por ellos. Y por ser tan sabrada el agua determinó de dejarlos, diciendo: «vaya en buen hora mi bien, que de donde salió se volvió.»

CUENTO XLXIX

Por qué se dijo: *Sed vos el que se salvó, y callad.*

Un caballero vino á posar en uno de dos mesones que estaban á los lados de una cruz de piedra, y pidió para su cuartago medio celemin de cebada, y vuelto á reconocerle, halló que le habian quitado della. Salió á la puerta y dijo razonando con la cruz: «¡oh señor! y hasta aquí os habeis puesto entre dos lodrones?» Respondió el mesonero del otro meson que estaba á la puerta: «señor y qué merezco yo?» Respondió él: «sed vos el que se salvó, y callad.»

CUENTO L

Por qué se dijo: *Ya estoy prometida con otro.*

Teniendo un viejo celos de su mujer, por ser moza y hermosa, y de un cierto amigo suyo mercader viudo, cayó malo de cierta enfermedad, de la cual (no dándole vida) llamó á su mujer diciéndola: «ya sabeis, señora mia, que no puedo escapar con aquella dolencia de muerte; lo que os suplico es, si placer me habeis de hacer, que no os caseis con este amigo mio, que suele venir á casa, de quien algunos celos he recibido.» Respondió la mujer: «marido, aunque quiera no puedo, porque ya estoy prometida con otro.»

CUENTO LI

Por qué se dijo: *Ni la una ni las dos.*

Una mujer de un rústico labrador tenia amores con un licenciado, el cual era compadre de su marido. Y el labrador convidóle un dia á un par de perdices. Como la mujer las hubiese asado, y se tardasen, y á ella le creciese el apetito, se las comió. Venidos á comer, no tuvo otro remedio, sino dar á su marido la cuchilla que la amolase. Estando amolando, acercóse al licenciado, y djíjole: «idos de presto, señor, porque mi marido ha sabido de nuestros amores, y os quiere cortar ambas orejas: ¿no veis cómo está amolando la cuchilla?» El entonces dió á huir. Dijo la mujer: «marido, el compadre se lleva las perdices.» Saliendo el labrador á la puerta con la cuchilla en la mano, decia: «compadre, á lo menos la una.» Respondió el licenciado: «¡oh hideputal ni la una ni las dos.»

CUENTO LII

Por qué se dijo: *Bien podríades, mintiendo como yo.*

Fué un soldado muy feo con un guárdenos Dios muy cumplido por la cara, el cual iba muerto por alcanzar una mujer, la cual no era hermosa, sino muy fea, y decia: «Perla graciosa, volveos acá, y vea yo ese hermoso rostro, el cual á mí da gran pena

por no poderle gozar.» Volvióse la mujer, y desque lo vió tan feo, le dijo: «eso no puedo decir por cierto de vuestra merced.» Respondió él: «bien pudiéradas, mintiendo como yo.»

CUENTO LIII

Por qué se dijo: *Si los rocines se mueren de amores.*

Hubo un galán gran componedor de versos y epitafios, que en otra cosa no se ocupaba ni tenía gracia. Éste servía una dama, y corriendo su cuartago delante de la, cayó súbitamente el cuartago en tierra y murió. La dama, por burlarse dél, le dijo: «señor, veamos qué epitafio le ponéis por haberse muerto delante de mí.» Dijo: «señora, este:

Si los rocines
Mueren de amores,
¡Friste de mí!
¿Qué harán los hombres?»

CUENTO LIV

Por qué se dijo: *Délo á mi burra, que llegará antes que yo.*

Una moza aldeana llevaba delante de sí una burra, que por ir á su mesmo lugar, do tenía un pollino, caminaba más que la moza. Encontrando con un cortesano, dijole, «hermana, ¿de dónde bueno sois?» Respondió: «de Getafe.» Decidme, ¿conoceis en ese lu-

gar la hija de Lope Hernandez?» Dijo ella: «muy bien la conozco.—Pues hacédme tan señalado placer que de mi parte le lleveis un beso.» Respondió la aldeana: «señor, déselo á mi burra, porque llegará antes que no yo.»

CUENTO LV

Por qué se dijo: *Aun no me han dado la carne, ¿é ya me pides los huesos?*

Un colegial del colegio del arzobispo de Sevilla, estando comiendo á la mesa, el racionero iba repartiendo sus raciones á cada uno: descuidóse de dar carne al dicho colegial; él no sabiendo de qué manera pedilla, vido que un gato le estaba maullando delante. El entonces dijo á altas voces, que el mismo racionero lo oyese: «¿qué diablo me estás maullando y moliendo? El racionero aún no me ha dado la carne, y tú te abajanzas con priesa á demandarme los huesos?»

CUENTO LVI

Por qué se dijo: *¿Qué moneda corre?*

En un banquete, que hacia un gran señor á unos caballeros, servía un paje que tenía á la mesa muy gran goloso; y como traían al principio de la comida unos pedazos de longanizas á la mesa del señor, y él muy de presto se puso un gran pedazo en el escarcela. Venido delante de su señor, vió cómo se le asomaba la longaniza por la bolsa.

Dijole al paje: «dí, ¿qué moneda corre?»
Respondió viendo que era descubierto: «señor, longanizas.»

CUENTO LVII

Por qué se dijo: *Por mí cantó el cuculillo.*

Paseándose por fuera de la ciudad unatar de dos pacíficos, honrados y buenos hombres, que iban en busca de sus mujeres, oyeron cantar un cuculillo. Dijo el uno dellos: «por vos ha cantado el cuculillo, compadre.—No, sino por vos,» dijo el otro. Vinieron en tanta contienda sobre esto, que fueron delante del juez para que lo averiguase. Viendo el juez la locura dellos, hízoles formar proceso, y al cabo de haber ellos gastado algunas blanquiilas, sentenció diciendo: «habeis de saber, buenos hombres, que por mí ha cantado el cuculillo; por eso andad con Dios.»

CUENTO LVIII

Por qué se dijo: *A buen capellán mejor sacristán.*

Comiendo en una aldea un capellán un palomino asado, rogábale un caminante que le dejase comer con él, y que él pagaría su parte; y no queriendo, el caminante comía su pan á secas, y después dijo: «habeis de saber, reverendo, que vos al sabor é yo al olor, entrambos hemos comido del palomino,

aunque no querais. Respondió el capellán: «si eso es así, vuestra parte quiero que pagueis del palomino.» El otro que no, y él que sí, pusieron por juez al sacristán del aldea, que estaba presente, el cual dijo al capellán, que cuánto le había costado el palomino; dijo que medio real: mandó que sacase un cuartillo el caminante, y el mesmo sacristán lo tomó, y sonándole encima de la mesa, dijo: «reverendo, teneis por pagado del sonido, así como él del olor ha comido.» Dijo entonces el huésped á los dos: «á buen capellán mejor sacristán.»

CUENTO LIX

Por qué se dijo: *Nunca mas perro al molino.*

Escondió un ciego cierta cantidad de dineros al pié de un árbol en un campo, el cual era de un labrador riquísimo. Un día yendo á visitallos, hallólos menos; imaginando que el labrador los hubiese tomado, fué á él mesmo, y díjole: «señer, como me pareceis hombre de bien, querria que me diédes un consejo, y es: que yo tengo cierta cantidad de dinero escondida en un lugar bien seguro, agora tengo otra tanta, no sé si la esconda donde tengo los otros, ó en otra parte.» Respondió el labrador: «en verdad que yo no mudaria lugar, si tan seguro es ese como vos decís.—Así lo pienso de hacer,» dijo el ciego; y despedidos, el

labrador prestamente tornó la cantidad que le había tomado en el mismo lugar, por coger los otros. Vueltos, el ciego cogió sus dineros que ya perdidos tenía, muy alegre, diciendo: «nunca más perro al molino.» De aquesta manera quedó escarmentado.

CUENTO LX

Por qué se dijo: *No de aquellos, que están contados.*

Cierto mercader se puso en la faldriquera cincuenta reales para dello: á uno á quien los debía, y acaso estando arrodillado oyendo misa, sintió un famoso ladron le estaba tentando la faltriquera, por do le dijo: «tate, hermano, no de aquesos, que son contados.»

CUENTO LXI

Por qué se dijo: *Sospirastes, Valdovinos.*

Arrodillándose un alguacil real llamado Valdovinos delante un presidente de Granada para que le firmase cierta provision, (no pensándolo hacer) tiró un pedo á medio tono, de lo cual hubo sentimiento un caballero que estaba en el mesmo aposento, apasionado del mesmo mal, y dijo: «sospirastes, Valdovinos, las cosas que yo mas queria.» Oyendo la gracia, dijo el presidente: «yo nunca he visto hasta agora que ningun alguacil tenga poder para soltar, sino para

prender.» Respondió el alguacil: «pues sepa vuestra señoría que necesidad no tiene.»

CUENTO LXII

Por qué se dijo: *¿Qué más crédito tiene e asno que yo?*

Pidió un labrador á otro amigo suyo dentro en su casa, que le prestase un asno que tenía, para ir con él á la ciudad. El otro, excusándose que no lo tenía, que lo había prestado á otro, sucedió que en este medio comenzó de roznar el asno en el establo. Entonces dijo el que se lo demandaba: «decid, compadre, ¿no es aquel que rozna vuestro asno?» Respondió el dueño: «necia condición es la vuestra, compadre; qué, ¿más crédito tiene el asno que yo?—Así me paresce.—Pues entrad por él.»

CUENTO LXIII

Por qué se dijo: *Anda de ahí, no creas en sueños.*

Estando en conversacion el rey de Aragon una noche con muchos grandes señores, y tratando de sueños, dijo un gentilhombre de su casa: «pues sepa vuestra alteza que esta noche pasada soñé que de su mano era armado caballero, y me proveyó de muy buenas armas y caballo.» Á esto respondió el rey: «pues así es, razon será que se cumpla tu sueño;» y así le armó caballero y le

dió grandemente de comer. Oyendo esta grandeza otro criado, hijo de un caballero muy rico, deseoso de cierta villa, aguardó que el rey estuviese en semejante conversacion que la pasada, y viendo su lance le dijo: «sepa vuestra alteza que soné la otra noche que me hacia merced de tal villa.» Conociendo el rey la trampa y cobdicia deste su criado, respondió: «anda de ahí, no creas en sueños.»

CUENTO LXIV

Por qué se dijo: *Mejor partido es morir que vivir.*

Viviendo con un gran señor muchos criados, dábales tan poco salario, y tan mal pagado, que pasaban con harto trabajo. Dejado esto aparte, tenia otro, que si por caso en su casa se le moria alguno de sus criados, gastaba tan largo en su enterramiento, que era cosa de extremo. Visto esto por un truhán suyo, dijo: «con este señor mejor partido es morir que vivir.»

CUENTO LXV

Por qué se dijo: *Músicos y poetas carecen de seso.*

Estaban en corte juntos en una posada dos amigos en ciertos negocios, y el uno era poeta, y el otro era un músico, á los cuales servia un solo mozo. Y estando los dos solos

una noche platicando, dijo el uno al otro: ¿qué os parece, señor? no veis en qué reputacion y estima tienen estos cortesanos á los poetas y músicos, que nos llaman hombres sin seso?—Para eso buen remedio, dijo el otro: Ven acá, mozo, mañana traerás un par de cabezuelas de cabrito; toma, cata ahí los dineros.» El mozo, comprado que hubo por la mañana las cabezuelas de cabrito, y puestas á punto para las comer, viendo que sus amos se tardaban de venir, aquejándole la hambre, sacó los sesos, y comidos, atólas como se estaban. Puestos sus amos á la mesa, y ellas delante vacías, así dijeron: «ven acá, mozo, ¿qué es esto?—Músico y poeta, que carecen de sesos.»

CUENTO LXVI

Por qué se dijo: *La vuestra por ser honesta se viste de negro.*

Un caballero en Sevilla tenia amores y acostamiento de una cortesana, la cual se revolvía con un mercader indiano muy mulato. Estando un dia en gran conversacion entre muchos caballeros, dijo éste hablando de las cortesanas de Sevilla: «Fulana harto es hermosa, si no fuese un poco sucia, y Fulana desgraciada, y Fulana soberbia, y Fulana interesada.» Hubo uno dellos que le dijo: «La vuestra, señor, por ser honesta se viste de negro.»

CUENTO LXVII

Por qué se dijo: *Pon un tajado á asar.*

Llegando dos vizcainos que venian de camino á una venta, preguntaron si habia algo que cenar. Dijo la huéspedea que no tenia otra cosa sino un panal de miel. Respondió el uno dellos: «no entiendes, señora, qué cosa es panal de miel.» Dijo el otro su compañero presumiendo de muy agudo: «deja estar, señora, este mi compañero, que es un asno, y pon un tajado á asar.»

CUENTO LXVIII

Por qué se dijo: *Sin este no sabrás guisallas.*

Un caballero dió á un mozo suyo vizcaino unas turmas de carnero para que se las guisase; y á causa de ser muy ignorante, dióle un papel por escripto cómo las habia de guisar. El vizcaino púsolas sobre un poyo, vino un gato y llevóse las turmas; al fin no pudiendo haber las, teniendo el papel en las manos, dijo: «¡ah gatol poco te aprovecha llevallas, que sin esto no sabrás guisallas.»

CUENTO LXIX

Por qué se dijo: *En todas ellas no hay una blia na.*

Paseábase un galán delante de unas damas que todas eran morenas, á las cuales llegó

un pobre á pedir limosna, y ellas enviáronle al galán el cual le dió medio cuarto. Llamando ellas al pobre, y sabiendo la cuantía que le habia dado corrientele diciendo: «pues cómo, señor, no habia un cuarto en poder de vuesa merced?» Respondióles él: «no se maravillen vuestras mercedes que en mí no haya un cuarto, pues en todas ellas no hay una blanca.»

CUENTO LXX

Por qué se dijo: *Porque comprais muy barato.*

Tenia un mercader un hijo pródigo que robaba la casa de su padre cuanto podia. Dándole reprehension un dia sobre ello le dijo: «hijo, así como vendes á otros lo que me quitas de casa por poco precio, véndemelo á mí.» Respondió el hijo: «pues sus, padre, haced cuenta que os he hurtado aquellos cántaros de cobre; ¿qué me dareis por ellos.» El padre dijo: «ves aquí cinco reales por ellos?» Respondió el hijo: dádmelos acá; pero yo os prometo que de aquí adelante no os venderé más cosa ninguna, porque comprais muy barato.»

CUENTO LXXI

Por qué se dijo: *Que se ha vestido primero el jubon que la camisa.*

Estándose vistiendo un mancebo ladron

que acababan de azotar, y dándose prisa por ahorrar la grito de los moachos, dijo uno de dos hombres que lo estaban mirando al otro: «¿habeis visto, y qué prisa se está dando en vestirse?» Respondió el otro: «mirad qué tanta, que se ha vestido primero el jubon que la camisa.»

CUENTO LXXII

Por qué se dijo: *Que amor con amor se paga*

Yendo perdido un gentilhombre harto rico, por amores de una cortesana, y habiéndole escrito infinitas cartas, y á ninguna le hubiese respondido, suplicóle mucho, que por uso de buena crianza le respondiese alguna cosa, la cual le escribió desta manera: «señor, si tanto me quereis como decís, suplicóos que al presente me deis cincuenta ducados, que tengo mucha necesidad dellos.» Dióle por respuesta: «señora, á eso que decís de dar, dar da la, que amor con amor se paga.»

CUENTO LXXIII

Por qué se dijo: *Que se moja y se gasta mi ropa.*

Habia prometido un señor de salva una capa riquísima á un truhán, la cual había sacado en un recebimiento del rey. Ya que hubieron dejado el rey en su posada, parándose el dicho señor á tener plática con

unas damas que estaban en una ventana, comenzó de lloviznar; el truhán congojado, dijo: «aguije, señor, que llueve y se moja.» Respondióle: «y qué te da á tí que me moje?—Dáseme, porque se moja y gasta mi ropa.»

ESTANZA.

Aquí se cumple, amigos, la promesa
Que en el sarao de amor fui prometiendo;
Aquí acaba y da fin el *Sobremesa*,
Sus cuentos en dos libros repartiendo;
Aquí se humilla, y lleva por empresa
A toda corrección irse poniendo;
Aquí pide y suplica á los lectores,
Que enmienden y perdonen sus errores.

